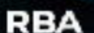
ARNALDUR

INDRIDASON

Bettý



Título original: *Bettý*

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: ODBO030
ISBN: 9788490568125

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Índice

Aquel iba a ser un crimen tan miserable que ni siquiera podía llamarse así. Tan solo iba a ser un vulgar accidente de tráfico, con tipos borrachos, bebidas en el coche y demás.

JAMES M. CAIN,
El cartero siempre llama dos veces

1

Todavía no he llegado a entender del todo lo que ocurrió, pero por fin sé cuál fue mi función en esta historia.

Llevo tiempo tratando de ensamblar las piezas, pero no es sencillo. Por ejemplo, no sé cuándo comenzó todo. Sé en qué momento entré en juego, recuerdo cuándo la vi por primera vez, pero quizá mi papel en aquella extraña maquinación estaba adjudicado desde hacía mucho tiempo. Mucho antes de que ella se acercara a hablar conmigo.

¿Podría haberlo visto venir? ¿Podría haberme percatado de lo que pasaba y haber escapado? ¿Haberle puesto fin y desaparecer? Ahora, tras haberse esclarecido lo que realmente sucedió, me doy cuenta de que podría haber adivinado hacia dónde se encaminaba todo. Debería haber detectado las señales de peligro. Debería haber entendido mucho antes lo que pasaba. Debería... debería... debería...

Qué fácil es cometer errores cuando se vive en la ignorancia. Ni siquiera son errores hasta que no nos damos cuenta, mucho tiempo después, de lo que ha ocurrido; hasta que no echamos la vista atrás y vemos cómo se han producido los acontecimientos y por qué. Cometí un error. Caí en una trampa tras otra. En ocasiones queriéndolo. En mi fuero interno sabía que era peligroso, pero había cosas que no sabía.

A veces pienso que seguramente volvería a caer otra vez en algunas de ellas, si tan solo tuviera la ocasión de hacerlo.

Aquí todo el mundo me trata bien. No recibo ningún periódico, ni tengo radio ni televisión, así que no me llegan noticias. Tampoco recibo ninguna visita. Mi abogado viene a verme de vez en cuando, más que nada para comunicarme que no parece haber esperanza. No lo conozco muy bien. A pesar de su amplia experiencia en casos criminales, admite que este podría irle demasiado grande. Ha hablado con todas las mujeres que localicé y que pensé que quizá me podrían ayudar, pero, según él, será difícil que lo puedan hacer. Prácticamente

nada de lo que ellas puedan declarar guarda relación directa con el caso.

He pedido un bolígrafo y unas hojas de papel. Lo peor de este lugar es la calma. Aquí impera un silencio que me envuelve como una gruesa manta. Todo funciona como un reloj. Me traen la comida a horas fijas. Me ducho todos los días. Luego vienen los interrogatorios. De noche apagan las luces. Es entonces cuando me siento peor. En plena oscuridad, a solas con todos esos pensamientos. Me torturo sin cesar por haberme dejado utilizar. Debería haberlo visto venir.

Debería haberlo visto venir.

Y de noche, en la oscuridad, me invade ese profundo deseo por ella. Ojalá pudiera verla una vez más. Ojalá pudiera estar con ella una vez más.

A pesar de todo.

Ya no recuerdo sobre qué trataba el congreso que se celebraba en el cine de la universidad. Ni siquiera recuerdo el título de mi charla. Al fin y al cabo, ya no importa. Era algo acerca de negociaciones del sector pesquero islandés en Bruselas, algo relacionado con la Unión Europea y nuestras pesquerías. Proyecté unos gráficos. Lo sé, yo también me habría dormido.

Ella estaba allí. Llegó tarde y me fijé en ella inmediatamente porque era... maravillosa. Maravillosa desde el momento en que la vi entrar en la penumbra de la sala. La luz del pasillo a sus espaldas la iluminaba como a una estrella de cine. No tenía miedo de ser femenina, a diferencia de tantas otras mujeres; por ejemplo, en la sala había una con anorak que apoyaba las piernas sobre el respaldo de la butaca de delante. En cambio, la mujer que acababa de entrar llevaba un vestido ajustado de tirantes finos que dejaban a la vista sus preciosos omoplatos; su abundante cabello moreno le caía hasta los hombros y en sus ojos hundidos y marrones relucía un ligero destello blanco. Y cuando sonreía...

Me fijé en los detalles cuando se acercó hasta el estrado para hablar conmigo nada más terminar la charla. Traté de mostrar indiferencia o, mejor dicho, evité quedarme mirándola fijamente. Sus pechos eran

pequeños y sus pezones se apretaban contra el vestido. Era delgada, de muslos robustos y tobillos finos, casi frágiles, como los pies de una copa de champán. En uno de ellos llevaba una cadenilla de oro. Mi madre habría encontrado una palabra para describir su caminar. «Majestuosa», habría dicho.

Me presenté y nos dimos la mano.

—Sí, conozco tu nombre —dijo—. Me llamo Bettý —añadió—. He oído hablar bien de ti.

Cerré mi maletín y la miré. ¿Cómo es que había oído hablar de mí? Tan solo hacía un año que había regresado del extranjero y que había abierto mi bufete. Pocos de mis clientes, me parece que solo dos, guardaban relación con mi especialidad: la industria pesquera. El resto del trabajo era realmente tedioso: disputas en bloques de pisos, conflictos entre aseguradoras tras accidentes automovilísticos, herencias. No me iba particularmente bien. Hasta que la conocí. Dijo que había oído hablar bien de mí. Tal vez fuera mentira. Había cuidado hasta el último detalle antes de hacer su entrada estelar en la sala. Un vestido en el que asomaban sus pequeños senos. El bonito surco entre ellos. El oro en su tobillo de copa de champán. Quizá la escena estuviera planificada para mí. Una función privada.

El baile privado de Bettý.

Él llegaría después.

—Has oído hablar bien de mí —dije—. No se me ocurre por qué...

—Por tu especialidad —me interrumpió.

—¿Cómo es que conoces mi trayectoria académica? —pregunté. Traté de sonreír fingiendo que me hacía gracia en vez de parecerme extraño o fuera de lo normal.

—Mi marido está buscando a alguien que le asesore legalmente —dijo—. Hemos estado buscando... —titubeó antes de concluir la frase— ... a la persona adecuada.

Tenía marido. Un conocido armador del norte del país. Recordé de pronto haberlos visto a los dos en una revista de cotilleos.

—¿Cómo te fue estudiando en Estados Unidos? —preguntó.

Las pocas personas que habían ido a escuchar mi charla salían de la sala mientras hablábamos. Un hombre se detuvo frente al estrado y

nos miró fijamente, como esperando a que Bettý terminara, pero, al ver que nuestra conversación se alargaba, decidió marcharse.

—¿De dónde has sacado toda esa información? —pregunté dejando de sonreír.

—Me leí tu trabajo final de carrera. Me pareció muy interesante. Además, algo había salido en las noticias, si no recuerdo mal.

No recordaba mal. Todo lo que hacía estaba bien. Caí en la cuenta de que probablemente me conociera porque el tema mi tesis había suscitado cierto debate. Su publicación había despertado interés porque ponía de manifiesto la influencia del sistema de cuotas en el desarrollo económico de las poblaciones islandesas y argumentaba por qué la industria pesquera debía pagar un impuesto especial. Había olvidado lo pequeña que era Islandia. Los medios publicaban a diario noticias sobre las conclusiones de mi investigación mientras las partes interesadas del sector pesquero se tiraban los trastos a la cabeza. Durante un tiempo breve fue una de las cuestiones más candentes. Hasta que a alguien se le ocurrió subir el precio de los pepinos.

—¿Te lo leíste? —dije.

—Sí —respondió Bettý.

—No es que pueda considerarse una joya literaria precisamente.

—¿Y a quién le gusta la literatura?

Nos echamos a reír. Miré disimuladamente sus pezones y ella se dio cuenta.

2

Lo peor es el silencio.

La soledad y el silencio y todo este tiempo sin fin en el que no ocurre nada. No tengo ni idea de cuánto llevo en prisión preventiva. Se lo pregunté a mi abogado cuando vino hace dos días —o lo que a mí me parece que han sido dos días— y me dijo que íbamos por la segunda semana. Como si estuviéramos detenidos los dos. Yo habría preferido defenderme sin su ayuda, pero no sé prácticamente nada de asuntos criminales.

Solo de este.

El tiempo, que transcurre en ese profundo silencio, lo paso agudizando el oído en busca de algún sonido. De alguien que recorra el pasillo. En busca de los pasos de algún carcelero. Cada uno de ellos tiene su forma de caminar. El gordo lo hace con un andar más pesado y a veces se le oye resollar cuando llega a la puerta. Nunca dice nada. Abre, me da la bandeja de la comida y vuelve a cerrar. No sé ni cómo se llama.

Sé que hay uno que se llama Finnur. Prácticamente no deja de hablar mientras me conduce a los interrogatorios. Luego está Guðlaug. Nunca había pensado que podía haber carceleras. Al fin y al cabo, ¿quién piensa en los carceleros? Me ha hablado de sus dos hijos. Una vez también me explicó que los carceleros tienen prohibido hablar conmigo o con cualquiera que esté en prisión preventiva. No es que Guðlaug se atenga mucho a esa norma. Cuando se acerca a la puerta resuenan sus zapatos, clic-clac, clic-clac. Cuento los clic-clac. Desde el momento en que comienzan a escucharse hasta que desaparecen oigo sesenta y ocho pasos.

Un día, Guðlaug me habló de un hombre que había estado en prisión preventiva sin ninguna razón. Lo tuvieron retenido siete semanas. Cuando lo soltaron era capaz de separar sus manos un metro

exacto. Ni un milímetro más ni un milímetro menos. Podía estar callado sesenta segundos justos. No fallaba ni por una fracción de segundo.

Yo pensaba que la prisión preventiva se cumplía en Reikiavik, pero se cumple fuera, en la cárcel de Litla Hraun. Estoy en Litla Hraun. ¿Acaso hay algo más desolador?

Pienso en los míos. En lo que mi madre piensa de mí. En todos los quebraderos de cabeza que le he causado. No solo ya por este caso. Sino por todo. Y en la reacción de mi hermano. No nos llevamos bien. ¿Habrá vuelto de Gran Bretaña? Según mi abogado, mi hermano tenía la intención de coger un avión a Islandia, pero, si realmente la hubiera tenido, ya habría venido. ¿Qué habría dicho mi padre? También pienso en lo que estarán diciendo los medios, aunque tampoco tiene mucha importancia. Hacía tiempo que no se encontraban con algo así. Hacía tiempo que no tenían entre manos una noticia semejante. Dicen que se trata de un caso sin precedentes. Con toda esa premeditación. Casi nunca ha ocurrido algo así en Islandia.

No sé. Como ya he dicho, no sé nada de asuntos criminales.

Y paso el tiempo pensando en el pasado.

Pensando en Bettý.

Mi charla era la última del día y ella me invitó a tomar un café. Miré el reloj fingiendo que tenía otras cosas mejores que hacer, pero ella parecía saber que no había nada esperándome en mi despacho. Traté de buscar una excusa, pero no se me ocurrió ninguna, así que asentí. Por el modo en que me sonrió, pensé que debía de haberse percatado de mi indecisión. No se rendía. Era insistente, pero sin dejar de ser la amabilidad personificada. Mantuvo su sonrisa ante mí, esperando a que dijera: «De acuerdo».

—De acuerdo —dije—. Un café rápido, quizá.

Estaba acostumbrada a que la gente le dijera «De acuerdo».

Nos trasladamos al hotel Saga. Allí la conocían. Me dijo que todos los armadores de renombre que no vivían en Reikiavik se alojaban en el hotel Saga. Daba el mejor servicio. Y no mentía. Los camareros se desvivían en atenciones. La tarde llegaba a su fin y Bettý pidió dos

cafés acompañados de un buen licor y un pequeño trozo de tarta de chocolate. Lo dejaron todo encima de la mesa sin que nos diéramos cuenta.

—¿Lo anotamos en la cuenta de su habitación? —preguntó el *maître*. Se frotaba las manos, pero reparé en que era un gesto involuntario.

—Sí, muchas gracias —respondió ella—. Tenemos una casa aquí en Reikiavik —me explicó—, pero la están renovando. Está en el barrio de Þingholt. Mi marido la compró hace dos años, pero nunca la hemos usado. Su idea era derribarla y construir una nueva en la misma parcela, pero luego se replanteó las sugerencias del arquitecto de interiores y…

Se encogió de hombros, como si le diera igual que la casa de Þingholt siguiera en pie o se viniera abajo.

—Mmm… —mascullé mientras saboreaba un delicioso trozo de tarta.

Empecé a pensar en mi pequeño apartamento. Mis compañeros de la Facultad de Derecho se habían mudado enseguida a una casa unifamiliar. Tenían cochazos, iban a esquiar a Austria, a tomar el sol a Italia o a comprar a Londres. Quizá a mí también me apeteciera seguir sus pasos y hacer fortuna. Quizá fuera esa la razón por la que estoy aquí. Nunca he sabido manejar bien el dinero. Cargaba a mis espaldas con enormes préstamos universitarios. También pagaba mi diminuto apartamento a base de préstamos. Mi coche no siempre arrancaba cuando yo quería.

La situación tenía que cambiar.

—Pasamos mucho por Reikiavik —dijo Bettý. Abrió una pitillera y sacó un cigarrillo sin filtro. Más tarde me comentó que eran unos cigarrillos griegos que importaban especialmente para ella. Los fabricantes se negaban a colocar una advertencia en las cajetillas aunque sus cigarrillos contuvieran una mayor cantidad de sustancias tóxicas que los estadounidenses. Lo encendió con un mechero de oro. Al retirárselo de la boca se quedó marcado en la boquilla el rojo de sus labios.

—¿Dónde vivís, por cierto?

—En el norte, en Akureyri. Mi marido es dueño de una naviera. Es

del este. Yo soy de Reikiavik. Llevamos viviendo juntos siete años.

—¿Y es él quien busca asesoramiento jurídico?

—Sí. Ahora está reunido con los de la asociación de armadores islandeses. Vendrá en cualquier momento.

—Y, para hacer tiempo, te vas a un congreso sobre gestión pesquera y la Unión Europea.

Se echó a reír.

—Mi marido sabía que ibas a estar en ese congreso y me pidió que hablara contigo. A veces hago algo de utilidad para su empresa. Sobre todo cuando a él le toca entretener a otros armadores o a los copropietarios de todas esas sociedades anónimas. O a los extranjeros con los que negocia, casi todos alemanes.

—¿Y te pidió que te pusieras en contacto conmigo?

—¿Lo podrías ver hoy? Mañana nos vamos al norte, pero esta noche se celebra un baile de la asociación. Aquí en el hotel. Si te interesa, puedo... Aunque a lo mejor no tienes tiempo. O quizá no te apetezca...

—¿Por qué le hace falta asesoramiento jurídico?

—Por los extranjeros. Necesita tener clara su posición ante la Unión Europea. Ya conoces todo ese rollo burocrático. Además, no comprende los acuerdos. Están redactados en ese lenguaje jurídico que solo saben descifrar los expertos en el tema. Tú ya me entiendes. Apenas sabe inglés.

Apagó el cigarrillo.

—Paga bien —comentó. El cigarrillo debía de ser fuerte. Su voz se había vuelto más ronca. Tenía esa clase de voz áspera, grave y sexi—. No tienes que preocuparte por eso —continuó—. Perdona, ¿fumas? Debería haberte ofrecido.

—No, gracias, no fumo.

—¿Más café?

—No puedo —dije—. Tengo que irme.

—¿Te veré esta noche?

La misma insistencia educada. Quería decirle que lo dejara correr, levantarme y marcharme; había algo en ella que me irritaba. Me daba la impresión de que yo no tenía nada que ver con ella. Y de que tampoco tenía nada que ver con su marido ni con su enorme naviera

en el norte de Islandia; ni con su riqueza ni con su casa en el barrio pudiente de Þingholt, esa que podrían derribar tranquilamente. De que no pintaba nada en aquel mundo donde los camareros se desvivían por servir platitos de tarta.

—Sé que mi marido tiene muchas ganas de conocerte —dijo.

Seguía insistiendo.

—Es que... —dije tratando de buscar las palabras adecuadas—. Agradezco todo esto, pero no entiendo a qué viene. No sé quién eres, nunca te he visto antes. Tengo una ligera idea de quién es tu marido y conozco por encima su empresa, probablemente como todo el mundo en Islandia. Si tiene interés en que trabaje para él o en darme algún proyecto, puede contactar conmigo en mi despacho, como los demás. Gracias por el café.

Me levanté y ella me dio la mano mientras también se levantaba.

—¿Entonces no vas a ir al baile esta noche? —preguntó. Me miró con sus ojos marrones como si le hubiera pasado desapercibida mi tentativa de hacerle ver que no necesitaba nada ni de su marido ni de su dinero.

—No conozco a nadie.

—Me conoces a mí —dijo sonriéndome con los ojos, como si ya compartiéramos un pequeño secreto.

He declarado una y otra vez mi inocencia en los interrogatorios. Mi abogado me había recomendado hacerlo desde el principio.

No sé qué piensa él del caso. He dejado mi vida y mi honor en sus manos, así que debo confiar en él. Sé que ha llevado importantes casos criminales. Una vez fue a la Facultad de Derecho para hablarnos de algunos de ellos en las clases de Derecho Penal. Ha defendido a traficantes de drogas, ladrones, agresores y asesinos. La policía lo conoce muy bien. Es casi como un viejo amigo de los carceleros. Es delgado y calvo, tiene unos sesenta años y su bigote caído le da un innecesario aire de tristeza.

—¿Qué dice la gente? —le pregunté un día—. ¿Qué piensa la gente?

—No te preocupes por eso —dijo mientras abría su gran maletín.

—¿Cómo va el recurso?

—El Tribunal Supremo lo ha denegado. Estarás aquí todo el tiempo que quiera la policía.

—Supongo que no colaboro lo suficiente —admití.

—Ni siquiera has querido hablar conmigo —dijo acariciándose el bigote.

Era verdad. Me costaba hablar de lo sucedido. Me costaba reconocerlo. Mi abogado afirmaba ser una persona paciente. Decía que al fin y al cabo era mi vida. Pero también insistía en que mi actitud no mejoraba mi situación. Que debía cooperar más con él y con la policía. Sé muy bien a qué se refería. La prisión preventiva te hace reflexionar y poner las cosas en su contexto.

—De todas maneras —dijo—, te he traído algunos libros para que tengas algo para leer.

Me dio una novela, la biografía de un político y la historia de un hombre inocente que había pasado semanas y meses en prisión preventiva.

—He pensado que podrían ayudarte un poco —me explicó.

—Todavía tendré que pasar mucho tiempo aquí dentro, ¿no? —dije.

Se encogió de hombros.

—No tiene buena pinta —reconoció—. Ojalá quisieras contar exactamente lo que ocurrió.

—¿Qué dice la gente? —pregunté de nuevo.

—No te preocupes por eso —insistió—. Hay otras cosas que me preocupan más que el qué dirán.

Los agentes que llevan la investigación son al menos cuatro. Aunque doy por hecho que les estará asistiendo todo un ejército de policías. Son ellos cuatro los que me interrogan, de dos en dos. Como en las películas. Siempre se piensa que la vida no es como en las películas, pero luego sí lo es. En la sala de interrogatorios hay un espejo enorme y sé que en ocasiones hay gente detrás, aunque no pueda verla. Seguramente altos cargos. Pero no siempre hay alguien observando. Según el comportamiento de los agentes, puedo deducir cuándo hay alguien al otro lado. Se les ve más inquietos y están más alerta. Cuidan su lenguaje. Muestran algún tipo de síntoma. También están mucho más preocupados que yo. Cuando sus superiores no están al

otro lado del cristal, bajan la guardia. Los cuatro pertenecen a la policía judicial y me interrogan siempre en pareja, como por turnos.

Entre ellos hay una mujer. Me causa algo de recelo. Guarda cierta distancia. Los otros tres hacen bromas, aunque se esté hablando en serio. Ella, en cambio, no sonríe nunca. Quizá sea solo su manera de ser. Quizá me tenga miedo. Me mira con dureza y me hace preguntas que lleva escritas en una hoja, lo que le da a la escena un aire teatral. El interrogatorio en sí no es más que una gran función teatral. El escenario está delimitado, hay pocos actores, mucho drama y, como siempre, la paga el que peor lo hace.

Cuando les pregunté acerca del espejo me dijeron que lo acababan de poner, igual que la grabadora. Se había celebrado un juicio contra la policía y a partir de entonces grababan todos los interrogatorios.

—¿Quién hay detrás del espejo? —pregunté.

—Nadie —me respondieron.

—Entonces ¿por qué tenéis aquí un espejo tan grande?

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas —cortaron.

—¿Y no os parece raro? ¿Un espejo de esas dimensiones en una sala tan pequeña?

—Eso no es asunto nuestro.

Una vez trataron de montar el numerito que sale en todas las películas de policías. Su investigación no avanzaba y volvieron a llamarme para interrogarme. Cuando llegué, saltaba a la vista que no había nadie detrás del espejo porque no cuidaban especialmente su lenguaje y se les veía relajados; entonces uno de ellos comenzó a exaltarse haciendo como que me iba a atacar mientras el otro trataba de tranquilizarlo.

Al verme sonreír parecieron perder fuelle y lo dejaron.

Es la única vez que me he reído aquí.

3

Bettý me llamó al final de la tarde.

Yo acababa de llegar a casa después de haberle dedicado unas cuantas horas a un contrato de división de propiedad relativo a un inmueble en el barrio de Breiðholt. Uno de mis compañeros de la universidad era el presidente de la comunidad de propietarios y me había encargado el proyecto porque sabía que tenía poco trabajo. A menudo pensaba en buscar alguna cosa en condiciones. Especializarme en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Trabajar en otros gabinetes. Solo me hacía falta la energía para hacerlo. En realidad, disfrutaba de la soledad. De algún modo, nunca he podido imaginarme trabajando para otros o con otros. Yo soy así, y así he sido toda mi vida.

Lo más sorprendente era que no podía quitarme a Bettý de la cabeza desde que nos despedimos ese mismo día en el hotel Saga. Tenía algo, pero solo ahora creo saber lo que era. La envolvía un halo de confianza y seguridad en sí misma del que no me había percatado en ese momento. Para ella todo era un juego al que ya había jugado antes. Era muy consciente de su belleza y probablemente siempre la había utilizado para obtener lo que quería. Conozco pocas mujeres tan conscientes de la fuerza que les concede su belleza y atractivo sexual. Llevaba toda la vida manipulando a la gente a su antojo y era tan hábil que nadie se daba cuenta de ello hasta que no había caído ya en sus redes.

—Me ha regañado —dijo al teléfono con la voz ronca, como si se hubiera fumado uno de sus cigarrillos griegos.

—¿Quién? ¿Tu marido?

—Por no haberte mencionado los honorarios —dijo—. No hemos hablado de lo que cobrarías.

—Tampoco hemos quedado en que fuera a hacer algo para vosotros.

—Él quería que te dijera lo que cobrarías. ¿Podrías venir esta noche? Está ansioso por conocerte y contratarte.

Ahora, echando la vista atrás, pienso que quizá fue en ese momento cuando ocurrió. Si me hubiera negado, me habría dejado en paz y se habría marchado. Tal vez lo habría vuelto a intentar al día siguiente. O tal vez no. Pero fue en ese momento cuando cometí mi primer error.

Probablemente lo que pasaba es que me aburría. No ocurría nada emocionante en mi vida. En realidad, no es que buscara emoción, pero sí quería un cambio. Quizá aquel trabajo que me ofrecían pudiera servirme de trampolín. Podría haber otras navieras que se interesaran en contratarme. Podría dedicarme a lo que realmente dominaba y a mi especialidad. Ya no más contratos de división de propiedad en Breiðholt.

Y, además, estaba el dinero. Puede que fuera mera curiosidad. Puede que simplemente quisiera saber cuánto estaba dispuesto a ofrecerme ese tipo de gente y dónde estaban los límites de su mundo de multimillonarios. Era verdad que me hacía falta el dinero y, a poder ser, en grandes cantidades. No es que me encontrara rozando el umbral de la pobreza, pero no tenía ni un céntimo.

—¿Cómo funciona lo del baile? ¿Tengo que pagar para entrar?

—Nos alojamos en la suite más grande del hotel —dijo, y visualicé su sonrisa—. Acude allí.

Tenía algo de ropa elegante de cuando me gradué en la Facultad de Derecho, aquí en Islandia. Llevaba tres años colgada en mi armario. No tenía nada más que ponerme. Me miré al espejo y pensé que bastaría para salir del paso. No había ganado peso en esos tres años. Más bien al contrario. Ya digo que no podía permitirme muchos lujos.

No sabía que el hotel Saga tuviera una suite especial de lujo y menos tan ostentosa. Bettý me explicó que la acababan de renovar. Seguramente se había fijado en que me había quedado con la boca abierta, como los niños pequeños. La chica de la recepción me había dedicado una extraña sonrisa al decirle que me dirigía a la suite para ver a Bettý y a su marido. No tendría más de treinta años, era rubia y un poco regordeta, con pechos grandes y unas caderas anchas muy bonitas. Me señaló el ascensor y me dijo que me divirtiera.

«Que se divierta».

Pensé que se refería al baile. Pero ahora creo saber lo que quería decir realmente. Era ese tipo de sonrisa, como si ella ya hubiera estado alguna vez allá arriba. En la suite.

Bettý me recibió en la puerta. La suite tenía tres estancias. El salón era gigantesco y una espesa moqueta blanca tapizaba todo el suelo, incluso el de los dos cuartos de baño. En las paredes colgaban obras recientes de pintores islandeses. Niños desnudos con alas de ángel e inquietantes caras de adulto. La mesa del comedor era de roble argentino, o eso creo que me dijo Bettý. Le encantaba hablarme de todos aquellos objetos. Me ofreció una copa de champán que cogió de una bandeja de plata. La suite estaba en penumbra, con todas las cortinas cerradas y las luces atenuadas. Había hecho su suite-apartamento lo más acogedora posible. Bebí un sorbo de champán y me pareció oír cómo tintineaba su cadenilla de oro.

—Está reunido —señaló—, pero vendrá enseguida. Cuánto me alegro de que hayas podido venir.

Sonrió. Y su sonrisa... Por fin entendí por qué había ido. La razón principal era ella. Bettý. En el fondo, deseaba verla otra vez. Verla sonreír. Dios mío, qué guapa era.

Dios mío, qué ganas tenía de ella.

—No tenía nada decente que ponerme —comenté mirando su elegante vestido de fina seda, que realzaba cada curva de su cuerpo. No llevaba sujetador, como cuando la vi por la tarde ese mismo día.

Di otro sorbo de champán y traté de mirar a otra parte. Traté de mirar los cuadros.

—No te preocupes —dijo—. Casi todos los armadores llevan chaleco de lana y botas de goma. Además, seguro que ya van todos como cubas por ahí abajo.

—Esta suite no es una bagatela —dije—. ¿La costean los beneficios de las cuotas?

No quería sonar mordaz, pero tampoco tenía nada que perder y quizá no fuera más que envidia. No sé. Me indignaba toda aquella opulencia. Gastaban más en una escapada a Reikiavik para asistir a un baile de lo que gana un asalariado normal y corriente en medio año.

—Todavía tienes que conocer a mi marido —dijo soltando una carcajada. Al echarse a reír me di cuenta de que se tocaba una ceja con prudencia, como si le doliera. La miré sonriendo y me fijé en que tenía un ojo morado, aunque cuidadosamente disimulado por los cosméticos más caros del mundo. No lo tenía así cuando nos habíamos visto por la tarde. Algo había ocurrido entre nuestros dos encuentros. Algo entre ella y su marido, supuse. No los conocía de nada y tampoco tenía claro que tuviera ganas de conocerlos. Salvo a ella. Le pregunté directamente:

—¿Llevas un ojo morado?

—¿Se nota mucho? —preguntó preocupada.

—¿Por qué llevas un ojo morado? Esta tarde no lo llevabas.

—Torpe de mí —dijo—. Estaba en el baño con la puerta abierta cuando ha sonado el teléfono. Al salir a cogerlo, me he dado de bruces contra la puerta. No la he visto. No me había pasado nunca una cosa así. ¿Se nota?

—No —respondí.

—Pero tú sí que lo has visto.

—Nadie más se va a fijar —dije.

Dudó por un instante.

—¿Seguro?

—Van todos como cubas con sus botas de goma —le recordé.

En ese momento se abrió la puerta de la suite y entró su marido.

Lo reconocí enseguida porque era uno de los peces más gordos y los medios recurrían a él cuando sucedía algo digno de mención en el sector pesquero. Era alto, corpulento y se le veía siempre bronceado. Tenía las facciones marcadas y una incipiente calvicie. Pensé que me saludaría al verme. Bettý había dado a entender que para él era crucial contratarme y, sin embargo, allí en la suite hizo como si no existiera.

—¿Todo bien? —le preguntó a Bettý dándole un beso en el ojo morado.

Ella me sonrió misteriosamente con la mirada.

—¿Es que no vas a saludar a tu especialista en temas jurídicos? —preguntó modulando de repente su voz griega.

—Ah, ¿eres tú? —dijo en tono seco girándose hacia mí.

Nos dimos la mano. Brevemente. Traté de mirarle a los ojos, pero su mirada ya estaba posada en el bar.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó a Bettý caminando hacia el bar y haciendo como si yo no estuviera. Me parecía una extraña forma de comportarse para lo mucho que le interesaba contratarme.

—Ginebra —respondió—. ¿Y tú? —me preguntó.

—Yo creo que ya me voy —dije—. No puedo quedarme.

—¿Tanto tienes que hacer? —dijo el armador sirviéndose una copa de ginebra.

—Hasta luego —le dije a Bettý.

—¿Cuánto ganas al año? —me preguntó él.

Di media vuelta y, cuando estaba a punto de salir de la suite, se echó a reír. Me detuve y lo miré sin entender qué le hacía tanta gracia.

—Estos picapleitos... —dijo.

—¿Qué pasa con ellos? —dije.

—Se creen superiores.

Miré a Bettý y vi que estaba abochornada.

—¿Siempre eres así de grosero? —le reproché.

Caminó hacia mí.

—No sabía que los picapleitos pudieran ser tan susceptibles.

—Tozzi —dijo Bettý—, ¿es que siempre te tienes que comportar así?

Recuerdo haber pensado que el dinero había creado a aquel hombre. Podría haberle dado mi opinión sobre toda aquella panda de necios a los que no les había apetecido estudiar y a los que la educación les parecía una estúpida pérdida de tiempo. Tenían complejo de inferioridad porque sabían que la gente que contrataban era mucho mejor que ellos. Seguro que aquel hombre no sabía ni leer en otro idioma. Pero tenía seguridad en sí mismo, como todos los que no necesitan preocuparse de ganarse la vida. Pensaba que podía permitirse el lujo de comportarse como le diera la gana porque era rico. Su confianza en sí mismo apestaba a dinero.

Ella lo llamaba Tozzi.

No sé por qué me fijé en eso. Quizá por la manera en que ella lo

miraba. Había algo entre ellos que no entendía bien y que todavía no entiendo. De alguna forma no pude evitar una pregunta:

—¿Podría ir al baño un momento? —dije mirando a Bettý.

—Faltaría más —dijo aliviada al ver que se distendía ligeramente el ambiente. Miré en dirección a Tozzi esbozando una sonrisa.

Me miré en el espejo del cuarto de baño. Mientras tanto, ellos discutían acaloradamente en la suite. Discutían sobre mí. Yo no llegaba a comprender lo que sucedía: ella había dado a entender que su marido estaba deseoso por contratarme, pero luego él no me había recibido precisamente de una forma muy amigable. Miré a mi alrededor. Mis sospechas resultaron fundadas. Había un teléfono en el cuarto de baño. Siendo una suite de lujo, seguro que en el otro cuarto de baño también había otro.

Me había dicho que se había golpeado contra la puerta al salir del baño para coger el teléfono. ¿Por qué no había respondido desde el propio baño? ¿Por qué había mentido sobre su ojo morado? ¿Sería Tozzi el responsable? ¿Era Tozzi tan rico como para pensar que podía pegar a su mujer?

Tiré de la cadena y dejé que corriera el agua del grifo del lavabo. Esperé medio minuto y salí. Habían estado discutiendo todo el tiempo que pasé en el baño.

—Ya está todo arreglado —dijo Bettý mirando a Tozzi—. Solo queda saber cuánto cobras por hora.

Me lo pensé un poco. Después dije una cifra disparatada.

—De acuerdo —convino él.

—Pero no me interesa trabajar para ti —dije caminando hacia la puerta.

Escuché su carcajada detrás de mí. Abrí la puerta, me giré y la miré.

Sus pequeños pechos se dibujaban bajo el vestido. La luz incidió sobre ella de tal manera que pude ver que no llevaba ropa interior.

4

¿Cómo he llegado hasta aquí?

¿Qué tiene que ocurrir para que alguien como yo termine en un sitio como este?

No arrastro un pasado delictivo. Nunca he tenido problemas con la justicia, como suele decirse. Supongo que soy como el resto de la gente: respeto la ley, pago los parquímetros y nunca me salto los semáforos. Como mucho, cuelo en la aduana una botella de alcohol más de lo permitido. Casi todos somos así.

¿Qué es lo que se ha torcido? ¿Cómo he pasado de llevar una vida tranquila y monótona a vivir este infierno?

Tal vez llevara una vida más solitaria de lo que creía. Tenía muy pocos amigos y seguramente ahora no me quede ninguno después de lo ocurrido. Nunca he necesitado tener amigos. Mi familia es pequeña y tiene muchos defectos de los que prefiero no hablar. Quizá no presto mucha atención a la gente. Quizá…

Bettý rompió mi aislamiento. Quizá fuera esa otra razón por la que me parecía una mujer interesante. Apareció en el momento adecuado, detectaba enseguida el punto débil de la gente y era peculiarmente resuelta y atrevida. Bettý no tenía escrúpulos.

Puede que yo fuera una presa fácil y seguramente no opusiera demasiada resistencia al principio. No tengo ninguna excusa, salvo el hecho de que no sabía ni de dónde soplaba el viento. Bettý me pilló por sorpresa. No me esperaba en absoluto que fuera tan atrevida. Sin apenas conocernos. Y eso la hacía irresistible. Aquella desinhibición.

Sé que era todo por deseo.

El deseo que habitaba en ella y el deseo que habitaba en mí.

No dejó de llamarme durante las semanas siguientes.

Le costó conseguir que volviéramos a vernos. Su voz griega podía aparecer al otro lado del teléfono en cualquier momento. A veces pasaba varios días sin llamarme y a veces recibía dos llamadas suyas la misma tarde. Quizá me irritaba menos de lo que yo creía. Su insistencia y su tenacidad no me molestaban. Bettý nunca podía molestar. Es más, a veces, cuando me aburría por las tardes, deseaba que me llamara. Y entonces pensaba en cómo se le marcaban sus pequeños pezones bajo el vestido.

Una tarde me rendí finalmente tras una conversación telefónica un tanto arisca.

Acababa de entrar por la puerta de casa cuando comenzó a sonar el teléfono. El trabajo en el bufete me había quitado todas las ganas de cogerlo. Los dueños del bloque de Breiðholt llevaban todo el día quejándose porque todos veían algún tipo de pega en el contrato. Reconocí su número en la pantalla. Dejé que sonara. Entré en el cuarto de baño y abrí el grifo de la bañera. Busqué un disco de Bob Dylan, lo puse en el tocadiscos, me metí en el agua caliente y dejé que el cansancio se disipara. El teléfono volvió a sonar en el salón. Sabía que era ella.

Nunca debí haberlo cogido. Si hubiera sabido todo lo que sé ahora, jamás habría respondido. Pero ¿qué sabemos del futuro? Eran las nueve pasadas y ya había llamado dos veces más. Pensé que no me dejaría dormir, así que lo cogí. Quería colgar pronto.

—¿Quieres dejar de llamarme? —pregunté sin darle tiempo a que dijera quién era.

—¿Sabías que era yo? —dijo.

—Déjame en paz.

—¿Has dejado que te llamara toda la tarde sin cogérmelo?

—Deja de llamarme. No te conozco de nada. No sé qué quieres de mí. Tu marido es un mamarracho que, a la vista está, no tiene ninguna intención de contratarme, así que no entiendo cuáles son tus propósitos y ¡quiero que me dejes en paz!

No se inmutó.

—¿Podemos vernos? —preguntó—. Tozzi quiere que trabajes para él. En el hotel solo se estaba haciendo el chulo. Siempre tiene que

andarse con chulerías. Solo quería ver cómo reaccionabas. No lo decía en serio.

Decidí preguntarle por su ojo morado. Todavía no lo había hecho y, de pronto, me pareció que era un buen momento.

—¿Por qué no cogiste el teléfono del baño? —le pregunté.

Tardó un poco en responder. Cuando por fin entendió la pregunta, trató de eludir el tema.

—No sé de qué estás hablando. ¿Podemos vernos?

—De cuando te diste contra la puerta —expliqué—. Dijiste que estabas saliendo del baño para coger el teléfono del salón, pero había otro teléfono en el mismo baño que también había sonado y podrías haber cogido.

Silencio de nuevo.

—Te lo contaré si quedas conmigo.

Me estaba empezando a irritar.

—Déjalo —dije—. No tengo ningún interés en saberlo. No tengo ningún interés en tus secretitos con «Tozzi». Déjame en paz. No vuelvas a llamarme.

Acto seguido colgué el teléfono. Pasó una media hora hasta que volvió a sonar. Lo miré fijamente. Era el mismo número que había estado llamando toda la tarde. Sonreí. Y respondí.

—No piensas darte por vencida —dije.

—No hasta que me prometas que vas a quedar conmigo —insistió. Pude oír su bocanada de humo griego; me imaginé el rojo de sus labios y la marca del carmín sobre el papel del cigarrillo.

—¿Dónde? —pregunté.

Su casa de Þingholt era inmensa. Había salido en las noticias el día en que la había comprado su marido porque había competido con un vendedor de coches por su adquisición. Al finalizar la puja, había pagado por la propiedad veinte millones de coronas más de lo que costaba inicialmente. Por dentro solo quedaba lo que creo que se llama la obra bruta. Hasta habían arrancado las puertas. Habían demolido una pared para ampliar la cocina y habían tirado todos los equipamientos. En el resto de las estancias y habitaciones solo se veía un suelo de piedra desnudo. Habían abierto vanos para colocar

puertas nuevas y habían agujereado el suelo para construir una escalera de caracol que llegaría hasta el sótano, todavía por hacer. Las ventanas estaban cubiertas con trapos para protegerlas de la pintura.

Cuando llegué, Bettý estaba fumando en uno de los tres salones de la casa. La puerta de la entrada estaba abierta. Llamé y la oí decir que pasara. Lucía un elegante conjunto beis. Llevaba una falda corta que apenas le cubría la mitad de los muslos y unos zapatos claros de tacón alto. Nos dimos la mano y se ofreció a enseñarme la casa. Recorrimos las habitaciones y me pareció una casa fría y desolada. Recuerdo haber pensado que, por mucho que el rey de las cuotas invirtiera otros cien millones en ella, seguiría siendo una casa fría y desolada.

—¿Tenéis hijos? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Aquí vais a tener mucho sitio para los dos —comenté.

Estábamos en la cocina y me enseñó dónde iban a instalar la cocina de gas. Mostraba un especial interés en describirme la casa y me explicaba detalladamente cómo eran las baldosas y el parqué. Me dijo que, aun así, la casa era sobre todo cosa de Tozzi. Toda aquella construcción monstruosa.

—Dice que los hijos ya llegarán. Ahora no está para otras cosas que no sean ganar dinero —explicó.

Daba la impresión de que su marido no tenía tiempo para ella. Hablaba en un tono desganado y triste. No me sentía a gusto en aquella cocina y no tenía claro si quería conocer a aquel matrimonio. Tenían algo de despiadado, una especie de falta de escrúpulos, algo de descarado, como si no conocieran límites. Los dos tenían algo de repulsivo y burdo, pero al mismo tiempo poseían un extraño encanto.

—¿Te gustaría tener hijos? —pregunté.

—Lo hemos intentado —dijo—. Quizá ocurra algún día.

Siguió mostrándome la casa hasta que llegamos a la estancia más grande del piso de arriba. Dijo que iba a ser el dormitorio de matrimonio y me describió cómo lo amueblaría ella si estuviera en su mano decidirlo.

Asentí sin mostrar más interés del necesario.

—¿Vas a trabajar para nosotros? —preguntó.

—Creo que no tengo ningún...

—Ya lo creo que sí —interrumpió. La palabra volvió a venirme a la cabeza: «majestuosa». No sabía qué perfume usaba, pero nos había seguido por toda la casa como si fuera la advertencia de algo peligroso y a la vez excitante.

—Hazlo por mí —pidió acercándose a mí.

—En cualquier caso, necesito el dinero —dije por decir algo.

Se me acercó todavía más con sus tacones de aguja y su falda ajustada, que hacía sus muslos tan seductores que me costaba apartar la vista de ellos. La miré sin moverme del sitio. Miré el brillo de sus ojos castaños, sus labios gruesos y su bello rostro, casi sureño.

Llegó hasta mí.

—Te prometo que no te arrepentirás —dijo bajando la voz.

No había nadie en la casa salvo ella y yo. Me había contado que las obras comenzarían al día siguiente y que esperaban la llegada de una horda de obreros para decorar el palacio del rey de las cuotas. Me invadía la confusión. No sabía si debía quedarme allí, si debía disculparme y despedirme amablemente o salir corriendo para no volver jamás a aquel lugar.

Tuve la impresión de que me estaba leyendo el pensamiento.

—No te preocupes —dijo en un tono casi imperceptible.

Entonces hizo algo que no podré olvidar en mi vida.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo, me cogió la mano y la dirigió hacia su muslo. Yo no le quitaba los ojos de encima. Guio mi mano hacia arriba hasta alcanzar el dobladillo de su falda, la introdujo por debajo y continuó deslizándola. No llevaba pantis sino unas medias altas de nailon con liguero. Mis dedos acariciaron el elástico. No sabía qué hacer. Nunca me había ocurrido nada semejante. Su boca se abrió y dirigió mi mano por el interior de su muslo hasta que pude sentir su dulce calor. Entonces me di cuenta de que no llevaba ropa interior.

Iba a retirar mi mano, pero ella lo notó y me agarró con fuerza de la muñeca.

—No te preocupes —repitió con suavidad.

Su rostro se acercó al mío y me besó. Casi instintivamente abrí la

boca y sentí su lengua penetrar en mí, ligera, prudente y temblorosa.

5

Quieren saber cómo y cuándo comenzó todo.

Hemos abordado ese tema una y otra vez, pero supongo que mis declaraciones deben de prestarse a confusión, ya que no dejan de preguntarme al respecto. Me rebaten algunos puntos. Otros les parecen creíbles. Me he propuesto colaborar todo lo posible, pero no sé cuántas cosas les debo contar. Probablemente me estén sometiendo a una especie de guerra de nervios. Podría contarles toda la verdad, pero dudo que la creyeran. Por eso trato de mentir. De forma comedida. Todavía no he contado ninguna mentira importante, pero de vez en cuando sí introduzco alguna irrelevante para que mi relato parezca más verosímil. Evidentemente, si refutan algo que he dicho será porque no es creíble, pero también saben que todos los que han entrado en esta sala han mentido. Ellos incluidos.

Naturalmente, debería decir «ellos y ella». Durante los interrogatorios, la mujer del equipo se sienta frente a mí manteniendo siempre la misma expresión de severidad y sin creerse nada de lo que digo. Es una persona normal y corriente, una mujer cansada de unos cuarenta años. He estado preguntándome si habrá muchas mujeres en la policía judicial. Su cara es anodina, del montón, no tiene las facciones marcadas ni nada que indique ningún rasgo de su personalidad, salvo el hecho de que es tan vulgar y corriente como su ropa barata, la piedra falsa de su anillo, su pésimo pintaúñas y su corte de pelo de hace seis meses.

En una ocasión, estuvimos esperando a solas a su compañero, uno de los que llevan la investigación del caso, un hombre flaco con ojeras oscuras bajo unos ojos en constante movimiento. Me dijo que se habría entretenido al teléfono, seguramente por algún estúpido robo de bicicleta. Alguna vez los había oído hablar sobre ese tipo de delitos menores. Estaba sentada frente a mí mientras esperábamos. La

grabadora no estaba en marcha y creo que no había nadie detrás del espejo. Dirigí mi mirada hacia el cristal. Ya lo había hecho mil veces antes, pero no había manera de poder ver a través de él. Lo único que veía era mi propia cara corroída por la culpa, una cara con la que prefería no encontrarme.

Y allí pasamos un rato, dos almas solitarias, hasta que no aguantó más.

—¿De verdad crees que vas a salirte con la tuya? —preguntó paseando su dedo índice por el botón de encendido de la grabadora.

—No tengo que salirme con nada —respondí.

—Esa actitud no te hace ningún favor —dijo.

—¿Y a ti te hace algún favor?

—¿El qué?

—¿Tu actitud?

Me sostuvo la mirada en silencio.

—Os pensáis que podéis hacer lo que os dé la gana —dijo.

—¿«Os»?

—Vosotros, los abogados —puntualizó—. Los ricos. Os creéis que la vida no es más que un juego y que nunca debéis asumir las consecuencias.

—Nunca he creído algo así —afirmé—. No sé de qué estás hablando. No sé por qué piensas que me conoces. Nunca he creído que la vida sea un simple juego.

—No —dijo—. Seguro que no. Seguro que nunca sabes de qué habla la gente normal como yo. Y tampoco lo quieres saber porque te crees más importante que nosotros. Un ser superior. Te crees un ser superior porque te mueves entre esa gente podrida de dinero que puede comprar todo lo que quiere. Incluso a ti.

—¿Entonces me crees? —pregunté.

—No te cree nadie —respondió.

En ese momento llegó su compañero, el de las ojeras. Llevaba una camisa azul con pequeñas manchas de sudor bajo los brazos. A veces me llegaba su olor. Llevaba una taza de café que dejó en la mesa junto a la grabadora.

—Bueno —dijo—, ¿empezamos?

Me dieron ganas de decirle lo de las ojeras. Miré a la mujer a los ojos. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo. No dijimos nada.

Cada vez que me preguntan cómo empezó todo, no sé qué responder. Ya he dicho que no sé cómo ni cuándo comenzó. Solo sé que no fui yo quien comenzó. No era en absoluto consciente de mi participación. No descubrí hasta más tarde que todo estaba preparado.

Seguramente todo empezó en la casa de Þingholt, en aquella habitación de matrimonio todavía por amueblar. En aquel enorme y frío dormitorio donde sentí su dulce calor por primera vez.

Más tarde salió a la luz que también había otra cosa en la mansión que a Bettý le quedaba por acondicionar: yo.

6

Nunca lo llamaba de otro modo que no fuera Tozzi. Se llamaba Tómas Ottósson Zöega y no trató siquiera de mostrarse amable conmigo cuando tomé asiento al otro lado de su enorme escritorio. Daba la impresión de que tenía cosas mejores que hacer con su tiempo que hablar con abogados. He de decir que al menos no iba borracho. Parecía atareado, se había quitado la chaqueta, se había arremangado la camisa y de vez en cuando se estiraba unos tirantes anchos que yo creía muy pasados de moda. Me miraba con gravedad, como si yo lo necesitara más a él que él a mí. Me hizo una descripción de la compañía jactándose de haber transferido las cuotas de bacalao y de otros tipos de pescado entre los pueblos de todo el país, sobre todo en los fiordos del oeste. Me explicó que a veces había tenido que firmar acuerdos que lo obligaban a dejar los barcos en su sitio para evitar que se paralizara la pesca, el principal medio de subsistencia de las poblaciones. «Pero no respetamos esos acuerdos —dijo estirándose los tirantes—. Cuando compramos las cuotas, todo el mundo sabía que nunca los cumpliríamos. No es nuestro deber mantener a las zonas rurales. Estamos en esto para ganar dinero. Ya iba siendo hora de que alguien le sacara partido a la pesca».

Antes de coger mi avión hacia el norte para reunirme con él, Bettý me había advertido de que era un hombre a quien no le importaba nada más que él mismo y, de hecho, me parecía una persona repugnante. Sin embargo, había algo en él, quizá su patanería y su vulgaridad, que despertaba mi interés, como cuando alguien se siente atraído por un animal peligroso.

Siento repulsión por los hombres como Tómas Ottósson Zöega. Por los hombres que miran a los demás por encima del hombro y realmente creen que nadie les llega a la suela del zapato.

Hasta cierto punto lo podía entender, ya que había sabido salir de

una extrema pobreza y convertirse en uno de los hombres más ricos del país. Fue uno de los primeros en darse cuenta de cómo funcionaba el sistema de cuotas, así que comenzó a comprarlas y coleccionarlas. Mientras casi todos los demás veían las cuotas como una forma rápida de lucrarse y las canjeaban por dinero sin pensárselo dos veces para luego desaparecer del sector pesquero, Tómas Ottósson Zöega miraba unos años e incluso unas décadas más allá. Había acumulado cierta fortuna antes de que se implantara el sistema de cuotas. Había comprado un barco junto con cuatro amigos a quienes más tarde les compró su parte, se convirtió en capitán y se volvió un próspero pescador. Sus barcos aumentaron en número y se añadieron pesqueros de arrastre. Así, cuando se estableció el sistema de cuotas, Tómas estaba preparado. La empresa floreció durante unos años a medida que caían más cuotas en sus manos y comenzó una nueva fase de expansión más allá de las fronteras del país.

De su vida privada, sin embargo, sabía mucho menos. Me preguntaba qué demonios estaba haciendo yo allí en su despacho. Había cogido el avión a Akureyri por la mañana. Había pasado una semana desde mi encuentro con Bettý en su mansión de Þingholt. Cuando conseguí librarme de ella, se arregló la falda sonriendo, como si me hubiera gastado una broma. Yo estaba en estado de shock. Nunca se me había lanzado así una mujer y me preguntaba qué cosas sabría de mí antes de haberse puesto en contacto conmigo por primera vez, al terminar mi conferencia. Cuanto más tiempo pasaba, más pertinaz era la pregunta. ¿Habría investigado sobre mi vida privada? Aun en el supuesto de que hubiera sabido algo de mí, que hubiera conocido mi trayectoria académica y todo eso, ¿es que también sabía cosas personales? ¿Acaso había hablado con mis amigos? ¿Por qué me había escogido a mí? ¿Qué había visto en mí que pudiera serle de ayuda?

Yo apenas sabía nada de ella. Una vez, en una sala de espera, había visto que en una popular revista del corazón aparecía una noticia con una fotografía de ella y Tómas Ottósson Zöega. Hablaban sobre el nuevo amor que había aparecido en la vida del «rey de los armadores», o algo así. La foto estaba hecha durante un baile en el

lujoso restaurante Perlan y ella aparecía sonriendo inclinada sobre él. Tómas también sonreía a la cámara dejando asomar su robusta dentadura mientras agarraba a Bettý de la cintura como si fuera una de sus cuotas. Tenía ese nombre tan peculiar y exótico: Bettý. Tómas Ottósson se había divorciado de su segunda mujer. No tenía hijos.

Lo que no mostraba la glamurosa foto de la revista era que él, de vez en cuando, pegaba a su Bettý.

Me lo había contado en su mansión de Þingholt. Justo cuando nos íbamos a ir. No me encontraba bien tras lo ocurrido en su dormitorio y ella pareció darse cuenta de mi malestar. Pero hizo como si nada. Estábamos en el vestíbulo. Yo ya estaba abriendo la puerta cuando de pronto ella la empujó y la volvió a cerrar.

—A veces me pega —confesó.

—¿Qué?

—Me preguntaste por el ojo morado que me viste en el hotel. Me pegó. Aquí.

Posó dos dedos con cuidado sobre uno de mis pómulos para mostrarme dónde había recibido el golpe.

—Luego me dio un beso en la pupita —dijo—. Eso dice siempre: «Déjame que te dé un beso en la pupita». Y le dejo hacerlo. Es muy bueno conmigo. Me quiere. Dice que, si lo abandonara, me mataría.

La miré fijamente.

—Y yo lo amo con locura —concluyó—. No te equivoques. Es verdad.

Volvió a arrimarse a mí. Yo todavía tenía el pomo de la puerta agarrado. Había pronunciado sus palabras como si dijera en serio cada una de ellas.

—Pero lo de antes —dije notando cómo enrojecía mi cara de nuevo —. Lo de antes ahí arriba. ¿Entonces eres…?

—¿Es que eso te parece mal? —preguntó.

—¿Por qué debería trabajar para una persona como él? —pregunté.

—No pierdes nada por hacerlo.

—Os debéis de llevar unos veinte o veinticinco años de diferencia — dije—. ¿En qué estás pensando?

—Hazlo por mí. No te arrepentirás. Te prometo que no te

arrepentirás.

Se inclinó hacia mí y me besó levemente en la mejilla. Agarré el pomo con fuerza y por fin abrí la puerta.

—Me pondré en contacto contigo —la oí decir detrás de mí mientras bajaba corriendo las escaleras de la entrada.

Y allí estaba yo, en el despacho de su marido, sin tener ni idea de dónde me estaba metiendo.

—No me estás escuchando, ¿verdad? —dijo Tómas Ottósson Zöega reclinándose en su silla. Me estaba hablando del aumento de los beneficios, creo. Yo estaba en las nubes pensando en aquella extraña y cautivadora visita a su mujer en su mansión. Le estaba poniendo los cuernos y ahí lo tenía sentado en su propio despacho frente a mí.

—Sí, perdona —dije—, es que… mi madre está enferma en su casa, en Reikiavik, y me he acordado de ella. Disculpa.

El despacho no ostentaba ningún tipo de lujo salvo los dos grandes armarios de madera de roble con puertas de cristal que custodiaban lo que, según me explicaría Bettý más adelante, solo era una parte de la colección de armas de Tómas. Yo evitaba dirigir excesivamente la mirada al interior de aquellos armarios. Nunca en mi vida había visto tantas armas juntas.

—Evidentemente se trata de un trabajo temporal, pero necesito que te impliques al máximo, así que, si tienes ahora otro proyecto entre manos, me gustaría que te lo quitaras de encima lo antes posible —explicó Tómas—. Probablemente estemos hablando de que trabajes para mí y mi empresa durante al menos un año. Tendrás tu propio despacho aquí y también en nuestras oficinas de Reikiavik. Aquí, en Akureyri, tenemos a tu disposición una pequeña casa adosada. Así que estarás a caballo entre las dos ciudades. Bueno, la empresa es…

Desde mi silla al otro lado del escritorio, asentía cuando pensaba que correspondía, pero mi cabeza vagabundeaba en todas las direcciones. Me preguntaba cómo un hombre como él había podido levantarle la mano a una mujer como Bettý. Si un hombre como él, mucho mayor, se merecía tener a una mujer como Bettý. Pero ¿qué pensaba la propia Bettý? ¿Cómo podía vivir con un hombre como Tómas? No veía que tuvieran nada en común. Ella, tan guapa, tan

femenina, de algún modo solitaria y vulnerable, pero también feroz cuando quería. Él, en cambio, no era más que un puñado de hormonas masculinas, agresivas e incontrolables.

—... así que cuanto antes te instales aquí, en Akureyri, mejor. Bettý y yo vamos a invitar a algunos amigos el sábado y me gustaría que vinieras. Ella ha insistido en que lo hicieras y yo estoy de acuerdo. Tienes que conocerlos. Luego vas a trabajar con ellos.

Apretó un botón y llamó a alguien. Nos levantamos. La reunión había terminado. La puerta se abrió y entró un hombre. Tómas le pidió que me enseñara la casa adosada y que estuviera a mi disposición hasta que regresara a Reikiavik por la tarde. Se refirió al hombre como Leó, y él fue quien me guio por las dependencias de la empresa mientras me daba detalles sobre la misma. La visita duró cerca de dos horas. Me invitó a comer en la cantina. Como no podía ser de otra manera, para comer había pescado, que, de hecho, me pareció mucho mejor que el de la mayoría de los restaurantes de Reikiavik.

Después de comer me llevó en coche a la casa y me la enseñó. No era ninguna fruslería, como cualquier otra cosa que tuviera que ver con Tómas Ottósson Zöega. Tenía doscientos metros cuadrados, muebles de cuero, un pequeño gimnasio, una cocina equipada a la última y un enorme espacio con televisión y cine en casa. Me dio la impresión de que solo el televisor ya debía de costar un millón de coronas.

Leó sonrió al darme las llaves de la casa. También me dio las llaves del coche mientras me señalaba el jeep aparcado en la entrada y me decía que lo podía usar cuando estuviera allí, en el norte. Luego se despidió recordándome que mi avión salía a las cuatro.

Allí, en mitad del salón de la casa, me estaba preguntando si la opulencia conocería algún límite cuando, de pronto, sonó mi móvil. Era Bettý.

—¿Qué tal ha ido? —quiso saber.

—Bueno —dije—, hemos revisado las condiciones. Quiere que me aloje en la casa en la que estoy ahora, aquí, en Akureyri, y que vea una televisión de un millón de coronas.

—¿A que es fantástica? ¿O es que no quieres aprovechar la casa?

—Pensaba que a lo mejor podía trabajar simplemente desde Reikiavik. En mi propio despacho. Me ha ofrecido sitio aquí, en sus oficinas. Pero hay cosas que…

—Ya —dijo con indiferencia sin dejarme terminar la frase—. Como tú veas, claro. ¿Te ha invitado a lo del sábado?

—¿Quién irá?

—Sus amigos —respondió dando a entender que no eran precisamente amigos de ella.

—¿Hay que ir elegante?

—No estaría de más —dijo—. ¿Cuándo vuelves a Reikiavik?

—Cojo el avión de la tarde.

—Estoy sola en el hotel.

Guardé silencio.

—No voy al norte hasta mañana —añadió—. ¿Puedes pasarte? Podríamos…

—Bettý —la interrumpí.

—Qué.

Guardé silencio de nuevo. Todo era demasiado precipitado. Había ocurrido repentinamente. Aun así, había algo de atractivo en lo decidida que era. Sabía bien lo que ocurriría si me pasaba a verla por el hotel. No me concedió mucho tiempo para pensármelo. Quizá yo no quería pensármelo mucho. Quizá ella lo sabía. Para ella, yo era como un libro abierto.

—¿Qué? —dijo—. ¿Estás ahí?

—Sobre las ocho —respondí.

—Nos vemos entonces —dijo, y pude visualizar su bella sonrisa y el brillo de sus ojos castaños.

Luego nos despedimos.

7

En la oscuridad de mi cama, cuando no se escucha ni un solo ruido en el pasillo ni en el resto de las celdas, pienso sobre todo en los momentos que pasé con ella. En los momentos íntimos en que me hablaba de sí misma. Ya no sé qué era verdad y qué era mentira. Ya no me creo nada, pero en aquellos días, al escucharla cuando me hablaba de sus deseos y sus ilusiones, sentía cuánto me atraía, sentía cuántas cosas teníamos en común, incluso experiencias similares de las que podíamos hablar libremente y sin vergüenza cuando empezamos a conocernos mejor. Mi interés se trasformó poco a poco en un desenfrenado amor por Bettý y por todo lo que tenía que ver con ella.

Me han preguntado repetidamente acerca de mi pasado, sobre todo el hombre de las enormes ojeras y la mujer. Se llaman Lárus y Dóra. Yo pensaba que nadie podía llamarse Dóra, creía que era un diminutivo, pero me ha dicho que es su nombre de pila. No sé por qué trabajan juntos, pero, en cualquier caso, los prefiero a sus otros dos compañeros. A veces tengo la sensación de que hay algo entre la mujer y el hombre ojeroso. Es algo muy sutil y no tengo nada en lo que sustentar mi teoría, pero enseguida me dio esa impresión y desde entonces me entretengo buscando indicios que la confirmen.

—Hiciste la secundaria en el instituto de Hamrahlíð —me dijo una vez el hombre mientras fingía que leía unos documentos. Se había duchado esa mañana. Llevaba el pelo recién lavado y se había cambiado de camisa. Según mis cálculos se duchaba dos veces a la semana, lo que distaba mucho de ser suficiente. La mujer había ido a la peluquería. Su aspecto mejoraba algo. Y no lo digo con mala intención. Dóra despedía un aire de tristeza. No parecía tener mucho dinero y quizá su vida privada no le había brindado muchas ocasiones para sonreír. Quizá fuera solo aquel trabajo. Tal vez no la motivara y

no hiciera nada al respecto. Hay personas que se pasan toda la vida haciendo trabajos que no les satisfacen lo más mínimo pero nunca hacen nada para cambiarlo.

—Sí —dije.

—¿Y luego hiciste Derecho?

—Me parecía interesante —expliqué.

—Yo empecé Derecho —comentó Lárus—. Pero no era para mí.

—¿Suspendías?

—Lo dejé —se apresuró a añadir.

—Hay muchos que «lo dejan» —puntualicé.

—Eres del barrio de Háaleiti —dijo Dóra. Todavía no habían encendido la grabadora—. Un barrio agradable para criarse, ¿no?

—Sí, mucho, pero no sé por qué...

—No —interrumpió—, es que me acabo de mudar allí, a un bloque de pisos en la parte baja de Miklabraut, junto al campo de fútbol.

Ya lo habían intentado antes. Sin duda alguna, lo que querían era que los detenidos se relajaran y tuvieran la impresión de que los policías confiaban en ellos. Quizá les habían mandado hacer un cursillo práctico. O quizá habían leído acerca de esa metodología. A veces habían hablado conmigo en tono personal con el pretexto de que estaban obteniendo información sobre mí. Una información que no guardaba ninguna relación con lo ocurrido, ninguna relación con el crimen, pero que, según ellos, formaba parte del «perfil» que querían elaborar de mí. En aquel momento nos habíamos relajado tanto que parecíamos casi amigos íntimos. Y no había nadie detrás del espejo. O eso me parecía.

Me había percatado de aquel método unos días antes, cuando los otros dos agentes comenzaron a hacerme preguntas sobre la profesión de mi padre.

—Falleció hace unos años, ¿no es así? —había preguntado el que se llamaba Albert. Baldur y él dirigían aquel interrogatorio. Se notaba que la compasión de Albert era forzada. Puso la misma cara que si le hubieran pedido que se preparara él mismo el café.

—Mi padre era corredor de seguros en una gran aseguradora —dije.

Sufría del corazón y murió con sesenta años. Era un buen hombre.

Fumaba demasiado y pesaba unos kilos de más. Le gustaba la buena comida y acompañarla con un buen vino tinto. Jugaba al golf, salía a pasear y disfrutaba de la vida, de las pequeñas cosas que nos ofrece. No supo que padecía del corazón hasta que los médicos se lo comunicaron después de haber sufrido un grave infarto. Le dijeron que no podían hacer nada.

Siempre estuvo a mi lado cuando mi madre se enfurecía y comenzaba a llorar por mi culpa.

A los agentes no les conté nada de eso. Me parecía que no era asunto suyo. Les dije que había sido corredor de seguros y un buen hombre.

—¿Os llevabais bien? —preguntó Albert. Estaba gordo, como mi padre, y tenía la misma edad que él cuando murió. Me entraron ganas de preguntarle si cuidaba su dieta. Estaba claro que era un fumador empedernido. Una de las primeras cosas que me había preguntado era si podía fumar dentro de la sala de interrogatorios. Había un cenicero sujeto a la mesa. «Baldur me da permiso», me dijo. Pero yo me negué. No quería tragarme el humo de su cigarrillo y se lo dije. Me ignoró. Desde entonces no nos hemos llevado especialmente bien.

Baldur no fumaba. Era de la edad de Albert, pero físicamente no tenía nada que ver: calvo, delgado y de aspecto enfermizo. Parecía estar siempre resfriado. Llevaba un pañuelo que me daba asco. Se sonaba con él y se lo guardaba en el bolsillo; luego lo volvía a sacar y se sonaba de nuevo. Era un hombre callado y creo que me inspiraba más desconfianza que los otros.

—Nos llevábamos muy bien —dije—. ¿Qué tiene que ver eso con el caso?

—Cálmate —dijo Albert—. Estamos hablando, nada más.

—¿Cómo pretendes que me calme? —espeté—. ¿Es que tú te calmarías en mi lugar? ¡Cálmate tú!

Las preguntas sobre mi padre me habían dolido. Sé lo que él habría pensado de todo esto y yo evitaba pensar demasiado en ello. Evitaba pensar mucho en aquella infamia.

Intercambiaron una mirada.

—Es decir, si quieres hablar de él... —comenzó Albert.

—Continuemos —dijo Baldur sonándose de nuevo, callado, enfermizo y resfriado.

8

Nuestro primer encuentro furtivo en el hotel Saga tuvo lugar cuando volví de Akureyri, después de haberme reunido con su marido, Tómas Ottósson. Escogí cuidadosamente lo que me iba a poner. Me calcé mis mejores zapatos. Me miré en el espejo del hall. Me invadía una excitación que no había sentido antes. Un deseo que, a decir verdad, no sabía dónde nacía. Excitación, deseo, Bettý. Una tríada peligrosa y al mismo tiempo irresistible.

La recepcionista de pechos grandes se fijó en mí cuando pasé por delante del mostrador. Me sonrió, pero yo solo le lancé una mirada fugaz y, sin saludarla, me dirigí directamente hacia los ascensores. Podía sentir cómo me seguía con la mirada y tenía la certeza de que estaba al corriente de todo lo prohibido que acontecía en aquel hotel, incluido mi encuentro con Bettý.

Me di cuenta inmediatamente de que Bettý también se había arreglado. Llevaba unos elegantes zapatos bajos y un escotado vestido de verano que realzaba las delicadas curvas de sus pequeños pechos. Iba impecablemente maquillada, con un lunar en la mejilla en el que no me había fijado antes.

—¿Quieres una copa de champán? —dijo cerrando la puerta.

—Sí, gracias —respondí maravillándome de nuevo ante el esplendor de su suite. La misma donde había conocido a Tómas Ottósson. Pero, aquella noche, el ambiente era muy distinto. Era otra historia. Ella también lo sabía. La excitación. El deseo. Bettý.

—¿Qué tal en Akureyri? —preguntó mientras servía una copa de champán.

—Muy bien —dije—. Un hombre me ha ido mostrando todos los...

—Leó es un encanto, ¿no te parece? —Me acercó el champán, se sentó en un amplio sofá blanco e hizo un gesto para que tomara asiento yo también. Me dispuse a sentarme enfrente, pero ella golpeó

el sofá con la palma de la mano. Me senté a su lado.

Hablamos un poco de Leó. Y otro poco de Tómas y la empresa. De la suite. Buscábamos algo para llenar el vacío. Lo único que pasaba por mi mente era el momento en que me había besado en su mansión de Þingholt. Quizá a ella le ocurriera lo mismo.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué me puedes contar de ti?

Dudé un segundo. No tenía claro qué quería saber.

—¿Estás con alguien?

Negué con la cabeza.

—No, es que... No llevo mal la soledad. Hay gente que parece tener la necesidad de estar siempre con alguien. Yo no soy así. Nunca lo he sido.

—A mí me hace falta la compañía —me explicó—. No podría quedarme ahí asqueada sin gente alrededor. Eso es lo mejor de Tozzi, que siempre hay movimiento a su alrededor. Con toda esa gran empresa y todo ese personal que dirige. La gente con la que negocia. No hay ni un momento de respiro en su vida y eso me encanta. Me gusta que siempre haya ajetreo.

Dio un sorbo de champán y dejó la copa sobre la mesa. Luego se levantó para ir a buscar la botella y rellenó las copas.

—Pero, por otro lado, es lo único que me gusta de él —dijo sentándose de nuevo—. Lo único que me gusta de Tómas Ottósson Zöega. Porque también puede ser un cabrón de mierda.

Guardó silencio.

—Un cabrón, como todos los hombres —añadió reflexionando en voz alta—. Un bestia de mierda. —Me miró sonriendo.

Bebí de mi copa. Nunca le había visto antes esa rabia y me preguntaba de dónde procedería.

—¿Por qué te pega? —pregunté.

No respondió inmediatamente. Quizá estuviera buscando la mejor manera de contestar. Quizá no debí haberle preguntado.

—¿Por qué no te separas de él y ya está? —añadí en el silencio que siguió a mis palabras.

—¿De qué cuento de hadas sales tú? —preguntó mientras me miraba como compadeciéndose de mi ingenuidad—. ¿Siempre es todo

así de fácil para ti?

—¿Es esa la impresión que te doy? —pregunté.

—No —respondió—. Claro que no. No podrías pensar así. La cosa ha ido a peor últimamente —aclaró—. Al principio no era más que un juego, ya sabes, en la cama. Le gusta en plan duro.

—¿En plan duro?

—Se lo he permitido. Le he permitido ir cada vez más lejos. Ahora ya no tiene gracia. Si es que la ha tenido alguna vez. Se pasa. ¿Entiendes?

—No —respondí.

—Ahora ya no es solo en la cama —dijo mirándome con sus ojos castaños y hundidos.

Permanecimos en silencio. Trataba de entenderla. Trataba de entender qué hacía una mujer como ella con aquel hombre. Me miró como si me hubiera adivinado el pensamiento. Se me debía de haber quedado cara de idiota porque se echó a reír.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo—. Me quiere. Lo sé. Y nunca me haría nada. Ni se te ocurra pensarlo. Controlo la situación.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que controlo la situación?

—No, que te quiere.

Sirvió más champán en las copas.

—Ya sabes cómo es —dijo—. No piensa más que en ganar dinero. No piensa más que en el dinero. Es su única y verdadera pasión. Amasar dinero. Sé que me quiere porque, de los más de tres mil millones de coronas que creo que tiene, una buena parte irá a parar a mí en caso de que fallezca antes que yo. Ha asegurado mi futuro y, viniendo de un hombre como Tozzi, sé que eso solo puede significar una cosa: que me quiere.

—¿No estáis casados?

—No.

—Entonces, ¿ha hecho un testamento?

—Sí.

Puede que mi pregunta fuera de mala educación. En realidad, apenas la conocía, pero la veía tan desenvuelta y desinhibida que me

parecía que le podía preguntar todo lo que quisiera.

—¿Por eso estás con él? ¿Por el dinero?

Bebió de su copa.

—¿Qué harías tú por dinero? —me preguntó sin responderme—. ¿Qué harías si tuvieras más dinero del que pudieras gastarte en toda tu vida por mucho que lo intentaras? No te haría falta trabajar. Nunca más tendrías que preocuparte por nada y podrías hacer todo lo que quisieras, lo que fuera. Serías libre. Todo lo libre que una persona puede ser.

—No sé —dije—. A veces me pregunto cómo sería tener más dinero del que una persona se puede gastar en toda una vida, si realmente la vida se convertiría en un sueño. Nunca he tenido dinero. Siempre me ha hecho falta y, además, nunca lo he sabido gestionar bien. No me parece que...

Me di cuenta de que no me estaba escuchando. Sacó un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y lo encendió. Era de la marca Hellas. Se los enviaban en unas cajas de hojalata que me había enseñado. Cuarenta paquetes en cada una. Al ritmo que fumaba, me imaginé que serían sus provisiones mensuales.

—Por supuesto que no estoy con él solo por el dinero —me aclaró riéndose. Pero el tono de su voz era hueco. Estaba pensando en otra cosa. Su voz era distante y hablaba con la mirada perdida—. Hay mucho más aparte del dinero...

Guardó silencio.

—¿Sabe cómo... —traté de buscar la palabra correcta hasta que la encontré— ... funcionas? ¿Sabe cómo eres? —pregunté—. O sea...

—¿Cómo funciono? —dijo con cara de interrogación.

—Sí, cómo funcionas.

—No —dijo soltando una ronca carcajada—. No tiene ni idea y no tiene por qué enterarse.

Di un sorbo de champán y recuerdo haber pensado que nunca había conocido a una mujer como Betty. Tenía algo de desenfrenado e inmoral pero, al mismo tiempo, algo extrañamente inocente.

—No puedes dejar que te pegue —le dije.

—No es nada grave —aseguró—. Lo tengo todo bajo control.

—¿Maquillándote los moratones?

Permaneció callada.

—Os debéis de llevar al menos veinte años —señalé.

—Veintitrés —concretó.

Se inclinó hacia mí y susurró:

—Por eso me gusta tanto estar contigo.

Me quedé inmóvil. Se acercó hacia mí con su mano apoyada sobre mi rodilla.

—¿Y si se entera? —pregunté.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos las arreglaremos —dijo—. Te preocupas demasiado. Si te preocupas mucho, te salen arrugas en la cara. Tú no te preocupes.

Se acercó hasta mí y, antes de que pudiera darme cuenta, la estaba besando suavemente en los labios. Le besé el mentón y el cuello, le desnudé uno de sus pechos y le besé el pezón. Le retiré los tirantes de sus hombros esbeltos y le besé ambos pechos. Le bajé el vestido y le besé el vientre, el ombligo y la fina línea blanca del bikini. Se levantó, le quité el vestido y lo dejé caer a sus pies. Luego le besé el vello púbico al tiempo que sentía el tacto de sus dedos.

9

Ellos dos eran los únicos que conocía en la fiesta que había organizado Tómas Ottósson Zöega en Akureyri. Quiero decir personalmente. Reconocí a dos ministros, a varios famosos de la televisión que no podía ni ver, a algún diputado que otro y a dos o tres ejecutivos que salían de vez en cuando en las noticias. También había trabajadores de la empresa; algunos de ellos llevaban con Tómas Ottósson desde el principio, mucho antes de que comenzara a levantar su imperio pesquero. Leó me recibió en la puerta al llegar y me saludó cordialmente. Tozzi estaba pletórico y Bettý se paseaba entre los invitados, simpática y sonriente. Parecía conocer a todo el mundo y todos se sentían a gusto en su compañía.

Yo me había mudado a la gran casa adosada de Akureyri. Estaba amueblada, así que solo me había hecho falta llevar un poco de ropa, unos libros y algunos objetos personales para darle un toque más hogareño. Evidentemente la casa era demasiado grande para mí, pero me gustaba. No podía ser más distinta a mi cuchitril de Reikiavik, donde apenas podía poner un pie en el suelo entre todos los trastos que había ido amontonando con el tiempo, sobre todo durante mi época de estudiante, tanto en Reikiavik como en Estados Unidos. La casa de Akureyri era espaciosa, de techos altos, y por ningún sitio había trastos que me recordaran mi vida anterior.

Exactamente. Mi vida anterior. De algún modo me daba la impresión de estar empezando una nueva vida. Nunca había trabajado para un cliente tan importante y sabía que, si lo hacía bien, los beneficios podían ser muy provechosos. Podría pagar todos mis préstamos y comprarme un piso más grande y hasta un coche en condiciones.

Y luego estaba Bettý.

Nunca antes había hecho el amor con una mujer como Bettý. Poco a

poco fui dándome cuenta de que la amaba. Le confesé que había sido amor a primera vista cuando la vi entrar en la sala de cine durante mi conferencia y cuando luego se acercó al estrado para hablar conmigo.

En la cama del hotel Saga, aquella gran noche, nuestra primera noche, me cogió de la mano y me dijo que nunca se había sentido tan bien. Que yo la había hecho feliz. Me dio la sensación de que no había sido feliz muchas veces. Le conté cómo me había sentido desde que la había visto por primera vez y ella me respondió riendo que había leído en mi cara que no pondría ninguna dificultad.

—¿Tanto se me notaba? —pregunté.

—Quizá no fuera más que tu honestidad —dijo—. Ojalá fuera así yo también. Ojalá fuera una persona honesta.

—¿No eres honesta?

—¿No estás aquí conmigo en la cama mientras mi marido está en el norte?

—Visto así, no es que yo sea el colmo de la decencia —dije.

—Quizá nos parecemos más de lo que piensas —sugirió.

—Quizá.

Y puede que fuera así. No lo sé. Solo sé que me sentía bien allí en la cama, entre sus brazos, al inicio de aquella extraña y peligrosa relación.

En la fiesta de Tozzi la vi hablar con uno de los ministros y su mujer. Debía de haber dicho algo gracioso porque el ministro se reía a carcajadas y su mujer se tapaba la boca con la mano, como si su broma hubiera ido demasiado lejos.

—¿No te aburres aquí como una ostra? —me dijo tras haberse abierto paso entre los invitados para llegar hasta mí.

—Como una auténtica ostra —dije junto a un mueble bar sintiéndome fuera de lugar, al margen del resto. Nadie me conocía y yo no conocía a nadie. Por otro lado, nunca había sido muy sociable. No era mi fuerte mantener educadamente conversaciones intrascendentes. Leó se detuvo a mi lado un momento para preguntarme si me encontraba bien y una de las figuras de la tele me preguntó dónde había un baño en la casa. Le dije que creía que había cuatro, pero no sabía dónde estaban.

—¿Estarás luego en casa? —preguntó Bettý.

—No vuelvo a Reikiavik hasta pasado el fin de semana —dije.

—Es un poco más difícil aquí en Akureyri —dijo—. Es un lugar pequeño y la gente te espía. Los de aquí no se apartan de las ventanas.

Encendió un cigarrillo e inhaló el humo profundamente.

—Me cuesta imaginar que alguien pudiera sospechar algo —susurré y vi que sonreía.

Vino a verme por la noche y en aquella ocasión no hubo conversaciones ni dudas. Solo pasión ardiente durante horas.

—¿A qué te dedicabas en la empresa? —me preguntó Albert mientras se ajustaba el nudo de la corbata—. ¿Cuál era tu puesto?

Me miraba con atención. Baldur estaba a su lado sin haber sacado todavía el pañuelo del bolsillo. Estaban sentados con la espalda recta. La grabadora, en marcha. Nadie fumaba. Nadie decía nada que no se ciñera al interrogatorio. Se les veía muy formales. Muy serios. Miré hacia el espejo. Sabía que detrás había alguien que les imponía.

Desvié la mirada del espejo y comencé a explicarles en qué consistía mi trabajo. No guardaba ninguna relación con lo que había ocurrido, pero si pensaban que de ahí iban a obtener alguna información valiosísima, tampoco veía por qué se lo iba a impedir. Les hablé de mi especialidad, los contratos internacionales. Les hablé de mi tesina sobre el sector pesquero islandés y la Unión Europea. Les dije que Tómas Ottósson Zöega necesitaba asesoramiento jurídico en relación con la adquisición de unas compañías pesqueras británicas y alemanas, y que habíamos trabajado codo con codo en el momento en que más le interesaban las negociaciones. También había intervenido en la formalización de unos acuerdos sobre venta de pescado con grandes cadenas comerciales. Pero mi historia no parecía interesarles demasiado. Baldur desvió la mirada hacia el espejo y, al volver a mirarme, me di cuenta de que se contenía un bostezo.

Les expliqué que tenía un despacho en la sede central de Akureyri y otro en Reikiavik, y que solía viajar con Tómas al extranjero.

—¿Y su mujer también iba? —preguntó Albert, visiblemente aburrido de escuchar la parte comercial.

—A veces sí —dije—. Otras no. Eran muchos viajes. Pero sí recuerdo algunos en los que ella iba con Tómas.

—¿Y adónde...?

—¿Quién hay al otro lado? —pregunté interrumpiendo aquel interrogatorio tan formal. Miré hacia el espejo—. ¿Quién se esconde detrás del espejo?

Me miraron.

—Nadie —dijo Baldur—. ¿Qué función desempeñabas en esos viajes al extranjero?

—Ya lo creo que hay alguien —dije—. Ya lo creo que hay alguien ahí detrás, de lo contrario no estaríais tan agobiados.

No sé cuánto tiempo llevaba en prisión preventiva ni tampoco soy especialista en los efectos que puede tener una detención prolongada. Probablemente llevara en ese lugar unas dos semanas, pero empezaba a tener la sensación de que iba a quedarme allí hasta el final de mis días. Me correspondían cinco semanas de prisión, pero sabía que podían prolongarlas tanto como quisieran. En el peor de los casos, había gente que había pasado más de un año en prisión preventiva. Me imagino que para la policía esa es la ventaja de la detención preventiva. Tarde o temprano la gente dice lo que sea con tal de que la suelten y pueda volver a su casa o a otra prisión o adonde sea. Yo no había confesado nada, pero comenzaba a sentir el deseo de hacerlo.

—¿Podemos continuar? —dijo Albert.

—No hasta que me digáis quién hay al otro lado del cristal —repuse —. No quiero que me espíe nadie.

—No hay nadie al otro lado —dijo Baldur con gravedad.

—Entonces, ¿por qué sudáis de esa manera?

No llevaba esposas. Al principio me las ponían para llevarme de la celda a la sala de interrogatorios, pero hacía tiempo que lo habían dejado de hacer, probablemente porque nunca les había montado ninguna escena.

Ambos miraron al espejo. Me puse de pie. Albert me miró y se levantó de un bote.

—¡Siéntate! —ordenó.

Baldur se levantó también.

—Siéntate —dijo con calma.

Clavé la mirada en el espejo, pero no vi más que nuestro propio reflejo en aquella sala estrecha y diminuta que apestaba a tabaco viejo, con baldosas de plástico rotas en el suelo y unas paredes que no parecían haber vuelto a pintar desde la construcción del edificio.

—¡¿Quién eres?! —grité hacia el espejo.

Cuando Albert se disponía a agarrarme, di un salto en dirección al espejo y le di un puñetazo con todas mis fuerzas. Le di un cabezazo gritando:

—¡¿Quién coño eres?!

Sentí que me agarraban y cierta capacidad de reacción sí debían de tener, porque en un abrir y cerrar de ojos me encontraba en el suelo boca abajo sin poder respirar. Pensaba que me iban a arrancar los brazos. Sentí cómo se cerraban las esposas alrededor de mis muñecas. No dejaba de gritar y continué haciéndolo cuando me llevaron hasta la celda arrastrándome por el pasillo y mucho después de que cerraran la puerta.

Estuve llorando en el suelo sin cesar. ¿Cómo podía haber ocurrido todo aquello? ¿Cómo podía haber dejado que ocurriera? ¿Por qué yo? ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Qué podía hacer?

Y Bettý. El perfume de Bettý.

Todo aquel irrefrenable deseo por ella.

¿Cómo podía haber ocurrido?

¿Cómo podía haber dejado que ocurriera?

10

Nuestra relación amorosa era distinta a cualquier otra que hubiera vivido antes. Y no es que yo contara con una amplia experiencia en esas cuestiones. Había tenido alguna que otra buena amiga, sobre todo una que había conocido mientras estudiaba en Estados Unidos, pero nuestra historia había sido efímera. Nunca había encontrado ninguna relación más seria, aunque tampoco la buscaba especialmente. Me parecía que tenía tiempo de sobra para pensar en esas cosas. Bettý lo cambió todo.

Ocultábamos celosamente nuestra relación. A mí me daba igual que se enterara todo el mundo, pero ella quería ir con la mayor cautela posible. Tómas Ottósson Zöega no podía descubrir nada. No podía sospechar lo que ocurría. No volvimos a vernos en el hotel. Solo lo hicimos la primera noche. Venía a mi casa cuando no había duda de que Tómas estaba ocupado en el norte y aprovechábamos la casa adosada de Akureyri cuando Tómas estaba de viaje de negocios en el sur o en el extranjero. A menudo Tómas quería que Bettý lo acompañara en sus viajes y, en ocasiones, según el tipo de negociaciones, iba yo también. En esos casos, Bettý y yo jugábamos a ser formales, a hacer como si casi no nos conociéramos. A veces se metía a escondidas en mi habitación y hacíamos el amor en las narices de Tómas Ottósson Zöega.

Era insaciable en la cama y me enseñó a que lo fuera yo también. El sexo con ella era celestial y aprendí cosas de las que nunca había oído hablar o cuya existencia ignoraba, cosas que despertaban en mí un placer y una plenitud hasta entonces desconocidos. A veces quería que viéramos películas porno mientras hacíamos el amor. Otras quería probar prácticas sexuales que eran nuevas para mí. Con el tiempo terminé accediendo a todo. Me tenía totalmente en su poder.

Solo tuve ciertos reparos al principio, por el hecho de que todo me

resultaba nuevo. No quería ir demasiado rápido y, además, tampoco tenía una gran experiencia en cuestiones sexuales. Llevaba el pudor en mis venas, algo que siempre me ha impedido llevar con naturalidad mis relaciones con las mujeres y ha sido mi principal escollo. Por el contrario, Bettý no había oído nunca mencionar aquella palabra. No sabía lo que era el pudor. Más bien daba la impresión de que quería explorar exhaustivamente mi cuerpo y el suyo. Ni un solo milímetro quedaba a salvo de sus esbeltos dedos inquietos y su insaciable lengua.

Me fascinaba que el comportamiento de Bettý fuera tan distinto al mío. Era abierta, espontánea, divertida y disfrutaba de la vida como si cada día fuera el último. Yo tenía un carácter mucho más cerrado, o quizá es que actuaba siempre con mayor discreción. Por otra parte, todavía no tenía claro quién o qué era yo, unas preguntas a las que llevaba enfrentándome desde que tenía uso de razón. Bettý, sin embargo, no tenía dudas. Vivía en el presente. El pasado quedaba atrás y no tenía ninguna importancia para ella. El futuro era un mundo emocionante que aguardaba para ser explorado y conquistado.

Por otro lado, me aterraba y me excitaba a la vez saber que Tómas Ottósson se encontraba tan cerca. Bettý estaba engañándolo conmigo y ese mero hecho parecía estimular su placer sexual. Siempre existía el riesgo de que nos descubrieran, pero ella parecía disfrutar con ello. Me fascinaba. Tómas Ottósson Zöega me traía sin cuidado. Me importaba un carajo que se enterara de todo. Yo animaba a Bettý a que lo abandonara, pero ella no quería ni oír hablar del tema. Yo sabía por qué. Sabía que nada de lo que yo pudiera ofrecerle estaría a la altura del dinero de Tómas.

Bettý era mi amante y con el tiempo se convirtió en mi mejor amiga. Me parecía que me entendía mejor que cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Me ayudó con mis dudas y temores, y me hizo entender que no importa quiénes somos sino simplemente cómo somos.

También me gustaba la riqueza, más de lo que habría podido imaginar. Tal vez fuera la llegada de la novedad, lo exótico que era para mí poder gastar dinero sin tener que preocuparme de mi saldo bancario; siempre había dinero de sobra. No creo que nadie en mi

situación se hubiera podido resistir. Yo, que antes no había tenido más que plazos vencidos y un trasto de coche que no valía para nada, me veía de repente pagando mis préstamos y zambulléndome en el mundo del consumismo. De pronto nada me parecía caro y las cosas que antes no podía permitirme caían en mis manos por arte de magia. Se convirtió en una especie de adicción que quizá tuviera algo que ver con lo que ocurrió más adelante.

Bettý me había abierto las puertas a aquel universo. Me había trasladado a un nuevo mundo que me gustaba y poco a poco fui dándome cuenta de que sería capaz de hacer lo que fuera por ella.

Recuerdo cómo se reía la primera vez que le dije en serio que dejara a Tómas Ottósson.

Estábamos en mi casa de Reikiavik. Ella iba a ir con él a una cena y se había pasado un momento a verme. Se habían mudado a la casa de Þingholt. Llevábamos ocultando nuestra relación casi medio año. Tómas Ottósson pasaba casi todo el tiempo en Akureyri, expandiendo su imperio. Yo solía pasar dos días a la semana con él y el resto en Reikiavik. Bettý era libre como el viento. Solo nos separaban cuarenta minutos de vuelo. No creo que Tómas sospechara nada. Al menos nunca dio muestras de ello. Siempre se mostraba igual de frío conmigo. Aunque no tardó en ver que yo le podía ser de ayuda, de alguna manera no acababa de estar conforme con mi llegada. Actuaba como si yo fuera una especie de objeto extraño en su vida, lo que, en cierto modo, era verdad. A veces me daba la impresión de que me había contratado a la fuerza.

—No sé qué quieres decir —dijo Bettý cuando saqué el tema en mi casa.

—A veces tengo la impresión de que Tómas habría preferido a otra persona experta en jurisprudencia para encargarse de sus asuntos —dije.

—«Jurisprudencia» —repitió Bettý—. Cómo se nota que hiciste Derecho.

—Puede. En todo caso, es la impresión que me da.

—Bobadas —dijo—. Es así con todos a los que tiene que pagar. Le

parece como si tuviera que sacarlo de su propio bolsillo. Los hombres como Tozzi no piensan más que en el dinero. Para ellos es la medida de todas las cosas. Y si pudieras hacer que ganara más, por él como si eres un mono de circo.

—¿Por qué sigues con él?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué haces con él?

—No me des la lata con eso —dijo.

—¿Por qué no le abandonas? —pregunté.

—¿Es que no estamos...? —titubeó—. ¿Otra vez vas a darme la lata? Pensaba que ya habíamos hablado del tema.

Llevaba sus mejores galas y se tomaba un Drambuie con hielo sentada en mi sofá. Se había escapado pronto de un cóctel e iba de camino a una cena. Tómas había quedado allí con ella. Cuando estaban en Reikiavik iban siempre de fiesta en fiesta. No teníamos mucho tiempo. La miré. Siempre estaba arrebatadora. Siempre irresistible.

—Podrías hacerlo si quisieras —le dije—. Todo el mundo se separa. Es mucho mayor que tú. Ya no puedo soportar la idea de que estéis juntos. No se merece estar contigo.

Yo amaba a Bettý. No quería que estuviera con nadie más, y menos con Tómas. Quería tenerla toda para mí. Cuidar de ella. Estar siempre con ella. Amarla. Lo despreciaba por levantarle la mano y deseaba con todas mis fuerzas que ella lo dejara. No había querido hablar de ello durante los primeros meses, pero, cuanto más pasaba el tiempo, más me obsesionaba la idea. Quizá fuera egoísta por mi parte. Al comenzar nuestra relación no existía la condición de que abandonara a su marido. Era un deseo que había nacido en mí en cuanto empecé a estar con ella. Un deseo únicamente mío.

—No digas esas cosas —dijo.

—¿Por qué no, Bettý? Sé que no estás bien con él. Es un bruto. Es como otro bruto cualquiera, solo que es millonario. ¿Por qué no puedes dejarlo? Podrías mudarte a mi casa y vivir conmigo. Aquí. Yo podría buscar más trabajo.

Paseó la mirada en silencio por mi diminuto apartamento y me miró

como sintiendo una profunda lástima por mí. Era la primera vez que me alteraba así con ella. Habíamos hablado alguna vez sobre su relación con Tómas y yo sabía perfectamente que no estaba contenta. De lo contrario, no estaría conmigo. Al menos eso era lo que yo creía, pero sabía que me estaba moviendo en terreno peligroso. Bettý era hedonista. Nuestra relación estaba bien mientras yo le diera placer.

—Entonces, ¿qué soy para ti? —pregunté—. ¿Una diversión? ¿Un pasatiempo?

—No te pongas así, cariño —dijo encendiéndose un cigarrillo.

—¿No será que no quieres dejar escapar el dinero?

—No —dijo con calma—. No es tan sencillo. Tú quieres que todo sea sencillo.

Se quedó pensativa y luego continuó:

—Está bien, pongamos que ese fuera el caso. Pongamos que estoy con él por dinero. ¿Tú qué harías? Y no me vengas con ingenuidades. ¿Qué harías en mi lugar? Probablemente podrías romper la relación en un momento dado, pero ¿podrías dejar todo lo que supone tener una fortuna así? ¿Serías capaz?

Un tiempo atrás la habría despreciado por pensar así, pero en aquel momento sabía a qué se refería. La entendía. Entendía lo que decía sobre el nivel de vida y la opulencia, sobre la riqueza que permite a las personas vivir como reyes y que no tengan que preocuparse porque no tienen suficiente para comprarse algo. Pero era Bettý. Era incapaz de despreciar a Bettý. Todo lo contrario. Me hundía cada vez más en sus redes. Vivíamos, por así decirlo, nuestra luna de miel. Y yo la idolatraba. La adoraba.

—¿Y tú y yo? —pregunté haciendo aspavientos—. ¿No te parece que estás jugando con fuego? ¿Qué pasará si se entera de lo nuestro? ¿Si se entera de que estás conmigo?

Me miró fijamente sin decir una palabra.

—¿Crees que sabe algo de lo que hay entre tú y yo? —añadí.

—No —respondió—. Imposible. Nadie sabe nada. Y no lo debe saber nadie. Nunca. ¿Está claro?

Se calló un momento.

—Él hace exactamente lo mismo —continuó—. Solo que él mucho

más.

—¿Exactamente lo mismo?

—Él también me pone los cuernos —respondió Bettý.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo cuenta.

—¿Te lo cuenta?

—Se pavonea de ello. Se ríe en mi cara y se pavonea. Me compara con ellas.

—¿Qué?

—Él es así. Para él todo esto no es más que un gran juego con el que divertirse. Es un cazador. Les habla a sus amigos de sus conquistas. Lo sé. Leó me lo ha contado.

Yo iba a indignarme, pero ella se dio cuenta antes. Me miró y entendí que no éramos mejores. Me sonrió.

—Y entonces, ¿qué? ¿Hay… hay un acuerdo entre vosotros? —pregunté.

—¿Acuerdo? No, no hay ningún acuerdo. Él hace lo suyo. Y yo hago lo que me parece.

—¿Solo que él no lo puede saber?

—Nunca —dijo Bettý poniéndose seria—. Si se enterara de lo nuestro podría cometer alguna tontería. Puede ser completamente impredecible. Violento. Lo sé porque lo he presenciado. Ya has visto las armas que tiene en su despacho.

Se acarició la ceja.

—Te llevarás algo aunque lo abandones —dije—. No te dejaría tirada sin nada.

—Te dije que no me vinieras con ingenuidades. Es…

Guardó silencio.

—¿Qué?

—No veré ni una corona si lo dejo. Eso está claro.

—Pero me habías dicho que había redactado un testamento y que se había ocupado de dejarte una buena parte si falleciera. ¿No demuestra eso que no le da igual lo que te pase?

—Está cambiando de opinión.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo presiento.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero sé que tiene la intención de modificar su testamento. Tengo ese presentimiento.

—Toda esta relación tuya con él me parece… me parece tan… sucia…, tan miserable —dije.

—Conozco relaciones mucho más miserables —dijo sonriendo y luego se echó a reír—. ¡Vaya cara has puesto! —dijo riéndose en mis narices con su voz ronca de fumadora hasta hacerme sonreír.

—Estás loca —concluí.

—Si tú supieras…

11

«Si tú supieras».

Cuando pienso en las conversaciones que habíamos tenido antes de que todo comenzara y de que ya no hubiera vuelta atrás, me doy cuenta de que algunas frases han quedado enterradas en mi memoria como si fueran minas antipersona que piso continuamente. ¿Fue entonces cuando nació la idea? ¿Sería verdad lo que dijo sobre el testamento? No sé si me estaba mintiendo. No se me ocurrió pensarlo en aquel momento. Pero, cuando más adelante salió a la luz que me había contado una mentira tras otra, ya era demasiado tarde.

He tenido tiempo de sobra para pensar en lo que ocurrió y torturarme por ello. Bettý siempre será un misterio para mí. Sé que nunca llegaré a comprenderla del todo. Mis pensamientos nunca llegaron tan lejos como los suyos. Nunca vi el objetivo final. Confiaba demasiado en ella. Nunca tuve una visión de conjunto, tan solo veía el pequeño punto que yo representaba, sin saber realmente qué lugar ocupaba ese punto en el mapa de Bettý. No me di cuenta de nada hasta que ya era demasiado tarde. Confiaba en ella.

Le habría confiado mi vida.

Poco después de nuestra conversación sobre Tómas, llamaron al timbre de casa. Yo había estado todo el día en mi despacho de Reikiavik y sabía que Tómas y Bettý estaban en la ciudad. No esperaba a nadie, pero a veces Bettý aparecía sin avisar, como hizo aquella noche.

Se tapaba la cara con un pañuelo.

—Me lo ha hecho él —dijo llorando mientras se desplomaba en mis brazos—. Pensaba que me iba a matar.

La cogí entre mis brazos y sentí cómo me invadía la rabia. Cerré la puerta, la llevé al salón y nos sentamos en el sofá. Traté de retirarle el pañuelo de la cara, pero no me dejaba.

—¡Hijo de puta! —grité.

—Le había pedido que no me diera en la cara.

—¿Qué ha pasado?

—¡Pensaba que no iba a parar nunca! ¡Malnacido!

—Deja a ese hombre, Bettý. ¡Por Dios, déjalo!

Me entraron ganas de ir a casa de Tómas y matarlo. Matarlo, sencillamente. Me poseía la rabia. Ese era el premio que ganaba Tómas por su dinero: la cara ensangrentada de Bettý.

—¿Qué ha pasado?

Bettý no respondió.

—¿Sabe algo de lo nuestro? —pregunté—. ¿Por eso te ha pegado?

—No —dijo—. No sabe nada. Me ha golpeado la cabeza contra el borde de la cama. Sin parar. Le he rogado que...

—¿Dónde está ahora?

—En la casa de Þingholt.

—¿Sabe adónde has ido?

—No. Se ha quedado dormido. Estaba borracho.

—¿Qué jueguecito os lleváis entre manos? —dije—. ¿Se puede saber qué estás haciendo con él?

—Nada. No hago nada con él. Se comporta así. Quiere que sea así. ¡No me eches la culpa a mí!

—Le has dejado ir demasiado lejos. Tienes que...

—¡¿Me estás diciendo que yo tengo la culpa de esto?! —gritó retirándose el pañuelo de la cara. Llevaba medio rostro ensangrentado. En la ceja se veía un corte y un bulto azul oscuro. Se cubrió de nuevo la herida con el pañuelo. Me levanté y fui a buscar hielo al congelador. Lo envolví en una toalla y se lo di.

—Tienes que ir a que te lo miren —le dije—. Tienes que ir a urgencias.

—Se curará —dijo.

—Esto no puede continuar así —insistí.

—¡Bastardo!

—Tienes que dejarlo. Dile que ya basta. Dile que lo abandonas.

—A lo mejor es que sospecha algo —dijo Bettý.

—¿Te lo ha dicho? ¿Te ha dicho algo?

—No, pero… nunca lo había visto tan… furioso —explicó—. Nunca había llegado tan lejos. Y aún dirá que no ha sido más que un accidente. Que no era su intención. Que me he dado contra la cama. Que me he caído.

—Bettý…

No sabía qué decir. No tenía palabras.

Permanecimos en silencio.

—Déjalo —dije finalmente.

—No podría aunque quisiera —dijo—. Ya lo hemos hablado. Sé que me he burlado de ti y te he dicho que no lo dejaría nunca y tú crees que solo es por el dinero. Pero hay muchas cosas más. Íntimas. Algo inherente a él y a su maldito ego. Sé cómo es. Sé que nunca dejará que me vaya. Me lo ha dicho. Que nunca me dejará marchar. Que estaremos siempre juntos. Jamás podría soportar enterarse de lo que está pasando entre tú y yo. No soportaría que lo abandonara. Sobre todo si supiera que lo hago por ti. Tienes que… Nunca se recuperaría.

La miré fijamente.

—¿Lo has intentado? —pregunté—. ¿Alguna vez? ¿Has intentado dejarlo?

Asintió.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo…?

—Me había hartado de él. Me la pega con otras cuando le apetece. Por ahí hay un montón de mujeres esperándolo con los brazos abiertos.

—Bettý…

—Me ve como si fuera de su propiedad —continuó Bettý—. Y él no deja escapar lo que tiene. Me lo ha dicho.

—Será hijo de puta —mascullé entre dientes.

Era lo que realmente pensaba de él. Nunca había sentido una rabia igual. Hasta aquel momento no me di cuenta de cuánto amaba a Bettý y cuánto deseaba pasar el resto de mi vida con ella; cuánto deseaba que fuera mía y cuántos celos llegaba a sentir de su pareja. En aquel momento, en aquel lugar, comencé a odiar a Tómas Ottósson Zöega.

Era un sentimiento que nunca antes había sentido hacia nadie. Un

sentimiento que Bettý se encargaría de cuidar y regar como una flor delicada.

Vista desde fuera, la relación entre Bettý y Tómas parecía ser buena. Una vez los oí hablar de su vida privada. Nos alojábamos en un hotel de Londres y seguramente pensaban que podían hablar en islandés tan alto como quisieran porque nadie los entendería. Tómas trataba de cerrar un acuerdo con una gran cadena comercial. Yo estaba a su disposición, tanto para ayudarle con su inglés, que era macarrónico, como con la firma del contrato, donde sí se encontraba en su terreno.

Habíamos quedado en el vestíbulo del hotel antes de ir a cenar. Al no verlos allí, entré en el bar. La sala era enorme y espaciosa —era uno de los mejores hoteles de la ciudad—, con una barra circular en mitad de la estancia. Bordeando el salón había una serie de compartimentos separados y en uno de ellos escuché las voces de Tómas y Bettý. Me acerqué con la intención de unirme a ellos, pero entonces oí que estaban discutiendo, así que me detuve y presté atención.

—... y no me parece justo —escuché decir a Tómas—. Me parece muy mal por tu parte.

—Déjame tranquila.

—Soy lo bastante bueno para entretenerte. Soy lo bastante bueno como para hacerte rica y ofrecerte todos los lujos con los que siempre has soñado, pero luego no puedo acostarme contigo.

—Tómas, simplemente no estoy de humor.

—Llevas un mes sin estar «de humor».

—Tómas...

—Cualquiera diría que hay alguien más —dijo Tómas.

—Cariño...

—Serías capaz.

—Dice el hombre que se niega a casarse conmigo. ¿Cuánto tiempo tenemos que estar juntos antes de...?

—Empiezo a pensar que he hecho bien en esperar.

—Había empezado a planear la boda...

—¡Ni siquiera has esperado a que te pida matrimonio!

—… cuando de repente decidiste que no era el momento adecuado. ¿Y cuándo llegará? ¿Cuándo llegará el momento adecuado? ¡Dime!

—Mmm… ¿le gustaría tomar algo?

Un camarero se había acercado hasta mí y me sobresalté al escuchar la pregunta. Caminé por delante de la mesa de Tómas y Bettý e hice como si me los acabara de encontrar.

—¡Conque estáis aquí! Pensaba que habíamos quedado en el vestíbulo.

Tómas no dijo ni una palabra y Bettý me dirigió una fría sonrisa mientras me tendía una copa vacía.

—Un Manhattan —dijo—. Lo necesito. Tómas se cree que le estoy poniendo los cuernos.

Me quedé de piedra.

—Cállate —dijo Tómas.

—Seguramente contigo —dijo Bettý riéndose. Trataba de provocarlo. Y lo consiguió.

—Gilipollas —dijo Tómas mientras se levantaba y luego salió del bar.

No lo volvimos a ver aquella noche y recuerdo que al acostarme pensé: si Tómas le pega, ¿no será demasiado temerario por su parte hablarle así, y más delante de otras personas?

Nunca le pregunté a Bettý al respecto. Tampoco sé si habría servido de algo. Seguramente tendría ya una respuesta preparada. Pero, a partir de aquella conversación, me quedó claro que Bettý quería casarse con Tómas, aunque a mí nunca me lo hubiera dicho. Él se había negado. Él, que no la privaba de nada.

Quizá fue entonces cuando comenzó todo.

12

Clic-clac… clic-clac… clic-clac…

Desde mi cama reflexiono sobre el amor. Y la lujuria. Y el egoísmo y los celos y esa enorme montaña de fuego llamada Odio. ¿Qué tipo de sentimientos son y por qué nos gobiernan con tanta vehemencia? ¿Qué los despierta? ¿Qué hace que se despierte el amor y el odio, dos sentimientos tan distintos y a la vez tan similares? ¿Qué nos ciega y nos hace perder la cordura hasta que no hay vuelta atrás? ¿Qué es lo que nos hace desdeñar las señales de peligro y los errores, lo que hace que nos neguemos a ver o entender lo que sentimos cuando nos dirigimos hacia el abismo? ¿De dónde procede esa negación? ¿Por qué preferimos no ver los peligros a pesar de tenerlos delante de nuestras narices? ¿Será el amor? ¿Será esa la razón de nuestra ceguera?

Todas esas preguntas se arremolinan en mi cabeza a lo largo de estas noches eternas y me exigen respuestas que no tengo. Porque encontrarlas implicaría tener que autoanalizarme a fondo, y eso es algo que no quiero hacer. ¿Hay alguien capaz de examinar su vida bajo el microscopio? ¿Quién tiene el valor? Nadie puede soportar un autoanálisis certero, despiadado e incondicional. Quien diga que puede, miente.

Aunque lo evite con todas mis fuerzas, no tengo nada más que hacer en estas noches eternas que enfrentarme a mi frágil persona, enfrentarme a partes de mí que están tan ocultas que ni yo sabía que existían, partes que no conozco y preferiría no conocer. Aun así, continúo haciéndome preguntas sobre el amor y el odio, y sobre toda esa profunda oscuridad sin fin que me hace reflexionar en todo lo que ocurrió después.

Clic-clac… clic-clac… clic-clac…

Escucho cómo se acerca el carcelero y cómo camina por delante de la gruesa puerta de acero para luego alejarse. Supongo que ya es de

noche. He perdido la noción del tiempo. Creo que apagan la luz a distintas horas para confundirme. A veces pienso que los interrogatorios tienen lugar por la noche. No lo sé, pero me da esa impresión. Los veo más irascibles. Como si prefirieran mil veces estar tumbados en sus camas antes que ocuparse de mí y de todo lo que no les quiero contar.

No sé cuántas horas duermo y me da igual saberlo. El reloj se me estropeó durante mi detención y, cuando les pregunto en qué día estamos, siento que no tengo por qué creerme su respuesta. A veces me parece que duermo varios días seguidos. En ocasiones no tengo ganas de hacer otra cosa. Soy como una persona con depresión. No me quiero despertar. No quiero saber nada del mundo que me rodea. Solo quiero estar en la cama y hacer como si no existiera. Como si lo único que existiera fuera esta oscuridad en la que me hundo hasta que siento que me estoy ahogando y emerjo rápido a la superficie para coger aire.

—¿Qué nos puedes decir de Tómas y tú? —me preguntó Dóra en la sala de interrogatorios—. ¿Tú y Tómas?

—¿Qué pasa con Tómas y conmigo? —pregunté.

—Háblanos de él.

Había algo de mundano en la forma de hablar de Dóra que inspiraba confianza. Cada vez me caía mejor. Lárus era distinto. Sentado junto a ella, me miraba dirigiéndome una especie de sonrisa de lástima.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté clavándole la mirada.

Negó en silencio con la cabeza. La grabadora estaba en marcha. No había nadie detrás del espejo. Dóra fumaba. No la había visto fumar antes. Me ofreció un cigarrillo, pero no lo acepté. Lárus dijo que tenía que ir al baño. Apagó la grabadora y salió. Dóra lo siguió con la mirada.

—Qué pesados son estos hombres —murmuró.

Sonreí por primera vez en mucho tiempo. Nos mantuvimos la mirada y por un momento me dio la impresión de que quería decirme algo, pero se lo estaba guardando. Permanecimos en silencio mientras ella fumaba. Cuando volvió Lárus, se sentó en su silla, junto a Dóra.

—¿Podemos hablar de cuando Tómas te agredió? —preguntó Lárus.

—¿Tómas?

—Tenemos entendido que te agredió —dijo Lárus—. ¿Qué nos puedes contar al respecto?

Paseé la mirada de uno a otra. Nadie sabía que Tómas me había agredido. Nadie excepto Bettý. ¿Qué les había dicho? ¿Qué historia les había contado? ¿Qué imagen les había dado de mí?

—No os creáis todo lo que os cuente —dije—. No os creáis todo lo que os cuente Bettý.

—No nos digas lo que debemos o no debemos hacer —dijo Lárus.

—¿Qué ocurrió entre Tómas y tú? —preguntó Dóra. Noté en sus palabras que trataba de ser prudente, de ir con delicadeza.

—Nada —respondí—. No os creáis todo lo que os diga Bettý.

Intercambiaron una mirada.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿Cuándo habéis hablado con ella?

Me miraron en silencio.

—Tranquilízate —dijo Dóra.

—No pienso tranquilizarme —respondí—. ¡Tranquilízate tú!

—No tenemos por qué decirte cómo llevamos a cabo nuestra investigación —me cortó Lárus—. Háblanos de cuando Tómas te agredió. Tú fuiste a verlo. ¿Qué ocurrió?

—Nada —insistí—. No os voy a hablar absolutamente de nada. Dejadme en paz de una vez. Quiero volver a mi celda. No os creáis nada de lo que os cuente Bettý. ¡No la creáis!

Lárus quería seguir insistiendo. Pensaba que lo que Bettý les había contado podía ponerme en un compromiso. Dóra lo agarró del brazo y le hizo una señal. Me dejaron volver a la celda.

Estoy sobre la cama escuchando en la oscuridad cómo se alejan los pasos.

Clic-clac... clic-clac... clic-clac...

¿Quién soy?

¿Por qué no puedo ser como los demás?

13

A menudo pienso en el momento en que comenzó todo.

¿Fue antes de conocer a Bettý o antes de que empezara nuestro romance? Puede que la idea fuera madurando en su cabeza desde que comenzamos a engañar a Tómas. ¿Tal vez pensó que, al haberle salido bien lo del engaño, también podrían salirle bien otras cosas?

Quizá fue aquella tarde de invierno en la que el viento azotaba su mansión de Þingholt mientras hacíamos el amor sobre las sábanas negras de seda de su lecho conyugal. Insisto: no sé dónde ni cuándo empezó todo, pero sí recuerdo el momento en que escuché la idea por primera vez. Fue en casa de Bettý, en Þingholt. En su mansión, una larga noche de invierno. Hacíamos el amor sin ninguna prisa. Había distribuido velas por todo el dormitorio y el tenue resplandor de las llamas proyectaba un baile fantasmal en las paredes y el techo. Fuera rugía una helada tormenta del norte y las ráfagas de nieve azotaban la casa con violencia.

El orgasmo recorrió todo mi cuerpo como un millón de pequeñas y deliciosas descargas eléctricas y me desplomé sin fuerzas sobre la almohada. Puede incluso que me durmiera. En todo caso, no fui consciente de nada hasta que Bettý se sentó en albornoz al borde de la cama para hablar conmigo.

—Hay algo que debes tener claro —empezó—. Tozzi nunca va a permitir que me vaya. Nuestra relación, ya sabes, la relación entre tú y yo nunca podrá ir más allá de esto. ¿Entiendes?

No respondí.

—¿Eres consciente de ello?

Era de nuevo ese ímpetu que ya había visto antes en ella. Sostenía un cigarrillo entre sus dedos y aspiraba el humo.

—No veo por qué tendría que ser así —dije tras un largo silencio—. Creo que no amas a ese hombre, ni siquiera pienso que tengas algún

interés en él.

—Llevamos juntos muchos años —dijo—. Tozzi tiene muchas cosas buenas. Solo es que...

—Te pega —le recordé—. Te humilla delante de sus amigos. Tú le pones los cuernos. ¡Conmigo! ¿Qué crees que le parecería? ¿Y qué tipo de relación es esa, basada en mentiras, traiciones, palizas, enormes sumas de dinero y en nada más?

—No debe saber nunca lo que hay entre tú y yo —dijo Bettý—. Nunca. Ya sabes cómo es. Solo cree en la virilidad, en la codicia y en sus intereses egoístas, y... nunca soportaría saber lo que hacemos tú y yo aquí...

—Saldríamos adelante —dije.

Nos miramos a los ojos y pasó un largo rato hasta que pronunció aquellas palabras que lo cambiarían todo. Ahora sé que la idea no se le ocurrió en ese momento, pero actuó como si así hubiera sido. Hizo como si se le hubiera ocurrido allí mismo a raíz de lo que le había dicho.

—¿Y si le sucediera algo? —dijo expulsando el humo griego.

—¿Si le sucediera algo? —repetí.

—Sí, si le sucediera algo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé —respondió—. Un accidente de coche. Algo.

Guardamos silencio.

—¿Qué podría sucederle? —pregunté—. ¿De qué estás hablando?

—De nada —dijo—. Déjalo.

Sonrió.

—Déjalo —repitió.

Sé que no era eso lo que quería. Su intención no era que dejara el tema. Era lo que había dicho, pero no era lo que quería realmente. Con sus palabras había abierto una nueva dimensión en nuestra relación y desde entonces nada volvió a ser como antes. No tocamos más la cuestión aquella noche ni tampoco cuando nos volvimos a ver en un encuentro mucho más relajado, como cada vez que Tómas salía de viaje al extranjero. No hablamos del tema en un mes. Todo seguía como siempre, pero, de alguna manera, todo había cambiado. Al

menos en mi cabeza. Sus palabras habían provocado que cierta inocencia se perdiera. El mundo era otro. En las reuniones miraba a Tómas Ottósson con otros ojos. Aquel hombre siempre me había despertado cierto temor; al fin y al cabo, yo mantenía una relación pasional con su mujer y él no tenía precisamente buen carácter. Pero con el tiempo le perdí el miedo. De alguna forma, Tómas se volvió más ruin. Era como si hubiera perdido su poder sobre mí, aunque no hubiera pasado nada ni nunca fuera a pasar. La sola idea me bastaba.

¿Y si le sucediera algo a Tómas?

Una inocente pregunta con mil facetas distintas.

Entonces, ¿qué?

Evidentemente, todo debería haberse quedado en una mera idea planteada como por casualidad. Nunca debería haber ido más lejos. Pero Bettý había verbalizado una posibilidad que ya no me podía quitar de la cabeza y que con el tiempo terminó convirtiéndose, por muy absurdo que parezca ahora, en una alternativa. No ocurrió de un día para otro, sino al cabo de un largo periodo de tiempo. Ocurrió porque al final era una de las pocas soluciones que nos quedaban. Ocurrió a causa de mi amor por Bettý, de los celos y del dinero que estaba en juego.

Pero sobre todo ocurrió por Bettý. Porque sabía cómo manipularme.

Sé que, al contarlo, suena como si me encontrara todavía en fase de negación, tratando de eludir mi responsabilidad. No es fácil vivir con lo que sucedió. Pero es la verdad. Ahora creo que Bettý sabía en todo momento lo que estaba haciendo. Había planeado hasta el más mínimo detalle. Hasta el más mínimo detalle.

Había pasado un año desde que Bettý entrara en la sala de cine de la universidad. Desde entonces mi amor por ella había crecido día a día hasta que llegó un punto en que tenía que verla o escuchar su voz a diario. No nos resultaba difícil ocultar nuestra relación. De hecho, nos gustaba hacerlo. Nos gustaba que nadie lo supiera. Nos gustaba compartir un secreto.

—¿Recuerdas aquello que dije sobre Tómas? —preguntó un día en que salimos a cenar. El camarero se había llevado los platos y

estábamos tomando un cóctel de champán. El plan era ir después a mi casa.

—¿Eso de si le sucediera algo? —dije recordándolo perfectamente. Llevaba tiempo esperando a que volviera a mencionarlo. Como digo, se trataba de una posibilidad disparatada, pero aun así había estado pensando en sus palabras más que en cualquier otra cosa desde que salieran de su boca. Eso deja claro el poder que ejercía Bettý sobre mí. Tómas Ottósson Zöega se interponía entre ella y yo. Así de sencillo. Quería examinar con ella las opciones que teníamos.

No sé en qué estaba yo pensando. Seguramente solo en Bettý y en la manera de no perderla. Tal vez, pienso ahora *a posteriori*, y hacerlo me reconforta un poco, tal vez también estuviera midiendo hasta dónde estaba dispuesta a llegar Bettý. Tampoco conocía mis propios límites; no sabía hasta dónde podía llegar yo. Pero una cosa es pensar y otra es pasar a la acción. Quería conocer a Bettý. Saber qué pasaba por su cabeza. Entonces comencé a insistir, medio en broma. Así es como empiezan las cosas. Medio en broma.

—No lo decía en serio —afirmó.

—¿Ah, no?

—¿Qué insinúas?

—Creo que sí lo dijiste en serio —aseguré—. Si no, no lo habrías mencionado. Tú no eres así. No dices las cosas así porque sí.

En sus labios se dibujó una leve sonrisa.

—Crees que me conoces —dijo.

Tenía razón. Creía que la conocía, pero a la vez dudaba que alguien pudiera llegar a conocer a Bettý. Sabía que confiaba en ella. Lo de los cuernos era nuestro secreto. Nadie sabía que traicionaba a Tómas. Que lo traicionábamos. Yo sabía que ella confiaba en mí. Éramos cómplices. Compartíamos una traición. Y compartíamos aquel extraño amor del que nos nutríamos.

—¿Todavía crees que se trata solo de su dinero? —pregunté—. ¿De su testamento?

—Se trata de ti y de mí —respondió—. De lo que queremos hacer. ¿Qué vamos a hacer en el futuro?

—Tú ya sabes lo que quiero —le recordé—. Quiero que lo dejes.

Que vengas a vivir conmigo. No quiero que sigas con él.

—¿Y el dinero?

No le respondí. Ella deslizaba lentamente el dedo índice por el borde de su copa de champán.

—A veces pienso en un accidente —dijo mirándose el dedo—. Hay quien pierde la vida en accidentes de tráfico. Otros se caen escalando. O mueren alcanzados por una bala perdida. Se caen a un río. Se atragantan con un hueso de pollo. La gente muere continuamente. Pero a quién le toca ya es pura casualidad. No existe ninguna regla. No hay más que forzar una de esas casualidades.

—No —dije.

—¿No qué?

—No, no existe ninguna regla —dije—. ¿Estás hablando realmente en serio?

—¿Qué diferencia hay? —preguntó—. Estamos hablando de ello. ¿Crees que importa si es en serio o no?

—Me parece que hay una pequeña diferencia entre jugar con una posibilidad y tomarla en serio, como creo que estás haciendo. Aunque espero estar equivocándome.

—Relájate —dijo Bettý.

Volvió a deslizar el dedo índice por el borde de su copa, que debía de estar resquebrajada porque de repente se rompió y se cortó. Se formó una pequeña gota de sangre en la yema de su dedo y miró cómo se expandía, la observaba casi científicamente, como si fuera un fenómeno extraño, como si la herida no fuera con ella. Levantó el dedo, lamió la sangre y se lo introdujo en la boca. Me miró y entonces supe que lo decía en serio.

14

Bettý.

Nunca he conocido tan bien a una mujer y, al mismo tiempo, ninguna me ha resultado tan desconocida. Para mí era a la vez un libro abierto y el más indescifrable de los misterios.

Mi abogado y yo hemos tratado de investigar el pasado de Bettý. Le he explicado todo lo que sabía y le he consignado una serie de personas, sobre todo mujeres, con las que ya se ha puesto en contacto. Hemos hallado información sobre su infancia que yo desconocía, pero no tenemos en nuestras manos muchos datos relativos a los años que transcurrieron desde su adolescencia hasta que conoció a Tómas Ottósson Zöega.

Nació en 1967 y se crio en un bloque del suburbio de Breiðholt, en construcción en aquella época. Sus padres eran problemáticos. La policía recibía continuas llamadas para acudir a su casa debido a los ruidos o para ocuparse de su padrastro, un delincuente habitual. Su padre había fallecido cuando ella era muy pequeña. Las autoridades de defensa del menor intervenían frecuentemente en los problemas familiares de Bettý y sus dos hermanos mayores. Bettý creció rodeada de alcohol, drogas y mala vida, lo que, en mi opinión, le había dado la visión de que todo estaba permitido y de que solo podía confiar en ella misma. Al llegar a su adolescencia, sus experiencias vitales eran seguramente más amplias, y más difíciles, que las de la mayoría de los jóvenes de su edad. Sabía arreglárselas. Aprendió a contar únicamente consigo misma y sabía que solo dependía de ella. Antes de cumplir los catorce años ya había caído en manos de la policía por delitos de varias clases, robos y tráfico de drogas. Más adelante denunció a su padrastro por intento de violación. Se fue de casa a los dieciocho.

En una ocasión me enteré de uno de los incidentes más peculiares de su vida. Yo estaba en un restaurante de Akureyri con unos

compañeros de trabajo cuando alguien comenzó a contar una historia extraña sobre Bettý.

Cuando tenía unos veinte años vivió una temporada en el norte, en Dalvík, donde trabajaba en la factoría de pescado. En aquella época se celebró un concurso de belleza en el norte de Islandia. Bettý ganó el primer premio. La joven considerada como la favorita sufrió un accidente dos días antes del concurso y cuestionó los resultados alegando que el chico que vivía con Bettý la había atropellado mientras iba en bicicleta. Había anotado la matrícula, pero resultó ser un coche robado. No hubo testigos de lo ocurrido. Bettý y su novio negaron rotundamente las acusaciones de la chica y Bettý mantuvo el título de Miss Islandia del Norte.

Escuché la historia tratando de conocer más detalles sin mostrar excesiva curiosidad. Sin embargo, la persona que la contaba no sabía nada más. Nunca le pregunté a Bettý sobre aquel incidente. Quizá fue un error por mi parte no haberlo hecho.

Unos años después del concurso de belleza, Bettý comenzó a verse con Tómas Ottósson Zöega, el doblemente divorciado rey pesquero de Akureyri. Él le sacaba más de veinte años. La noticia suscitó un gran interés en la prensa rosa, que publicó fotos de ambos divirtiéndose.

Bettý siempre había sabido arreglárselas.

Tozzi amaba a Bettý. Cuando ella se quedó embarazada, él redactó un nuevo testamento y puso a su nombre propiedades que en aquel entonces estaban valoradas en doscientos millones de coronas. Tómas no tenía hijos y su deseo de tenerlos aumentaba con el tiempo. Quería un heredero. Alguien a quien dejar su riqueza al fallecer. Bettý debía darle aquel heredero.

Llevaban dos años juntos cuando se quedó embarazada y él le demostró su ilusión con el nuevo testamento. Pero Bettý tuvo un aborto natural a los dos meses y desde entonces no hubo más embarazos. No parecía que un pequeño Tómas Zöega estuviera destinado a venir a este mundo y Bettý tuvo que pagar por ello. Su relación se volvió más tensa. En realidad él no modificó el testamento, o todavía no lo había hecho, pero a Bettý le parecía que Tómas estaba perdiendo el interés por ella.

Bettý me lo contó más adelante. Una tarde, sin venir a cuento, se puso a hablar sobre la ley que regía el matrimonio y la herencia. En Islandia, el cónyuge es el llamado heredero legal, lo que implica que en caso de que, por ejemplo, fallezca el marido, la viuda es su heredera sin mediación de papeles. Así es la ley, sin más: la esposa se queda con todo. Si Tómas fallecía, Bettý se quedaba con toda su fortuna.

Si hubieran estado casados.

—¿Por qué no os habéis casado? —le pregunté recordando su conversación en el hotel de Londres.

—Esa fue siempre la idea —dijo Bettý. Se encogió de hombros—. Ya había estado casado antes y me dijo que con nuestra relación quería ser prudente. Pero ahora...

—¿Qué?

—Todo ha comenzado a agriarse entre nosotros —dijo—. Se lo noto. No nos queda mucho.

—¿Es esa la razón por la que no os habéis casado? —pregunté—. ¿No quiere que heredes la empresa?

—He visto el testamento —dijo Bettý—. Me quedo con más que suficiente en caso de que algo sucediera.

En esas circunstancias se hallaba Bettý cuando la conocí. Su relación se estaba desintegrando. Tómas Ottósson andaba a la búsqueda de otra mujer, una con la que pudiera tener hijos, una incluso más joven que Bettý.

Bettý se echó a llorar al contarme lo del aborto.

Cuando más tarde descubrí la verdad sobre las lágrimas que discurrían por sus mejillas, ya era demasiado tarde.

A veces me visita la psicóloga que trabaja para la oficina del fiscal general. También lo hace la psiquiatra, que viene para hablar conmigo y hacerme alguna prueba. Dos mujeres. Sé que no me juzgan. Parecen muy liberales. La psicóloga me lleva diez años, siempre va bien vestida, se tiñe de rubio y realza su belleza maquillándose meticulosamente: las finas cejas teñidas de negro, las pestañas largas, lápiz de labios y un maquillaje casi brillante que esconde cada arruga

y cada mancha indeseada. La entiendo bien. Tiene una cara bonita y trata de preservarla todo lo que puede. La psiquiatra es diferente, más descuidada. A veces me invade su mal olor cuando se sienta a mi lado con su jersey grueso de lana verde y sus vaqueros. Es fea. En serio, tiene una verruga en el mentón. Al mirarla no puedo evitar pensar que parece una bruja.

Cada vez que recuerdo todo lo ocurrido, no dejo de pensar en qué momento nuestras conversaciones entre las sábanas pasaron a convertirse en el planeamiento de un asesinato. No lo llego a entender. Da igual cuánto me devane los sesos: no encuentro el instante. No sé exactamente cuándo ocurrió. No sé en qué momento la idea se convirtió en plan. Quizá haya tratado de esconderlo en mis entrañas por pura vergüenza. Enterrarlo en mi interior como un tumor. No desaparecerá aunque yo quiera. Al contrario, se hace cada vez más grande y me causa un dolor insoportable.

A veces pienso que quizá no existió ese momento. Creo que nunca dijimos en un instante determinado: «Sí, hagámoslo, matemos a Tómas». Y si así fue, lo he olvidado. Tal vez de forma voluntaria. De hecho, nunca dijimos nada; no que yo recuerde. Ni una vez. No urdimos ningún plan. No estuvimos barajando posibilidades hasta altas horas de la madrugada con el destello del asesinato en nuestros ojos. Aunque puede que así hubiera sido mejor. En ese caso habría sabido ver que era una idea incorrecta y disparatada. De alguna manera, todo salió solo.

O así es como yo lo veo. Sé que soy incapaz de cometer un acto violento. A pesar de todo. Los que me conocen lo saben. No haría daño ni a una mosca. La mayoría de las personas somos así. O, al menos, la mayoría queremos pensar que somos así. Pero nadie debería sobreestimarse.

Hablábamos de lo que haríamos si Tómas no existiera. Pero era casi como jugar a ni sí ni no ni blanco ni negro. ¿Qué harías con todos esos millones que recibirías si Tómas muriera? Hablábamos de los momentos que pasaríamos ella y yo. De la libertad. Y de nuestro amor para siempre.

Así es como creo que ocurrió. Tal vez caí en el autoengaño, no lo sé.

Pensé que estábamos en la misma onda, Bettý y yo. Con el tiempo adopté su forma de pensar sin hacer la más mínima reflexión. Así evolucionó nuestra relación. Ella decidía todo lo que hacíamos, pensábamos, decíamos. Bettý nos abocaba a la catástrofe enardeciendo mi rabia y mi odio hacia Tómas Ottósson. Pasé mucho tiempo pensando que simplemente estábamos hablando de una posibilidad remota y absurda. Era una especie de juego privado que fue haciéndose cada vez más serio hasta que alcanzamos un punto de no retorno.

Para mí era un juego, no iba en serio. Ni sí ni no ni blanco ni negro. Y aunque soy responsable hasta cierto punto, también sé que soy totalmente inocente. Así lo declaro en los interrogatorios y así lo digo una y otra vez: «Yo no hice nada». Yo no hice nada. Obviamente no me creen. Lo puedo entender. No tengo pruebas. Solo tengo la verdad: yo no hice nada.

No tengo excusas ni tampoco las busco. Creo conocer las debilidades que me han llevado a este callejón sin salida. Todos tenemos ese tipo de debilidades. No sirve de nada negarlas. Puede que haya personas más fuertes que otras y sepan dominarlas de forma que nunca lleguen a percibirlas. Pero la mayoría de nosotros hemos dicho alguna vez en la vida: «¡Joder, podría cargarme a ese hijo de puta!». Sin embargo, casi nadie lo hace. Es lo normal.

Cuando recapitulo desde mi cama, no encuentro el momento en que nuestra vida comenzó a dirigirse como por sí sola hacia el asesinato de Tómas Ottósson Zöega, el momento en que mi vida se encaminó hacia esta eterna pesadilla de la que tanto ansío despertar.

¿Quizá fue cuando Bettý comenzó a hablar sobre aquel hombre que se había caído por una grieta?

15

Podría decirse que Tómas Ottósson Zöega era un apasionado de las actividades al aire libre. Sin que eso quiera decir precisamente que se preocupara por el medio ambiente, ni mucho menos. Cazaba, pescaba y perseguía todo lo que se moviera, salvo quizá algunas aves de brezal, que en ocasiones solo salvaban el pellejo por lo veloces que eran. Aparte de eso, a Tómas le encantaba estar al aire libre. En verano pescaba salmones en los mejores ríos del país rodeado de los hombres con los que negociaba, tanto islandeses como extranjeros, amigos de toda la vida, políticos y otros compinches. En otoño se iba al este del país a cazar renos y se apostaba en los brezales para cazar zorros con sus rifles. En invierno montaba expediciones de varios días a los glaciares y a las zonas desérticas del interior, donde hacía el loco con potentes jeeps y motos de nieve. A veces en primavera salía de viaje en uno de sus barcos de arrastre o bien se iba de cacería al extranjero, a Alaska, por ejemplo. Una vez se fue de safari a Kenia.

Eran viajes de hombres robustos y casi siempre se apuntaban los mismos. Bebían, soltaban obscenidades y hacían el animal; todo formaba parte del juego. Hacían gala de un zafio sentido del humor. Dos años antes habían ido a pescar y uno de los invitados de Tómas, un inspector de Reikiavik, se había despertado de buena mañana al escuchar un balido en su habitación y encontrarse con los ojos amarillos de una oveja que sus amigos habían metido en su cuarto después de haberla cogido por la noche junto a la cabaña. Tómas Ottósson quería jaleo a su alrededor, cuanto más mejor.

Bettý casi nunca iba con ellos. No le interesaban sus cacerías y solía mantenerse al margen. Pero en ocasiones hacían algún viaje más tranquilo ellos dos solos por el interior de la isla. Tómas le había enseñado a cazar. Tenía una amplia gama de rifles, escopetas y pistolas. La joya de su colección era una ballesta francesa. Bettý era

una alumna muy aplicada y se manejaba con cosas que para mí eran desconocidas: los distintos modelos de rifles, el calibre, los cargadores y hasta las puntas de flecha. Tómas también tenía cuchillos de caza de todos los tamaños y formas. Un día, mientras Tozzi estaba en el extranjero, Bettý me mostró la colección de armas que guardaba en su despacho de Akureyri y me explicó cómo funcionaban y para qué estaba destinada cada una.

—Este lo usa para destripar los renos —dijo sacando un enorme cuchillo de un cajón.

Luego me señaló otro de menor tamaño cuyo mango remataba en una robusta empuñadura bañada en plata.

—Este es su favorito para los salmones —dijo—. Tiene también un garrote para aturdirlos. Pesa una tonelada. Cógelo. Tómas puede sacarle a un salmón los dos ojos de un solo golpe en la cabeza. Se lo he visto hacer.

Agarré la empuñadura de plata. Nunca había pescado salmones. Nunca había matado nada. Noté el peso del utensilio.

—Con esto se podría dejar inconsciente a un toro —comenté.

Bettý sonrió.

—¿Tiene licencia para tener este arsenal? —pregunté.

—No —respondió Bettý—. Algunas piezas se las traen de contrabando. En los barcos de arrastre. Tiene obsesión por las armas. Tiene otra colección aún más grande en el sótano de casa. Se ha hecho una habitación especial para sus armas y solo él tiene la llave.

Cogió el garrote y lo blandió en su mano.

—¿Has visto las noticias? —me preguntó.

—¿Las noticias? —pregunté sin saber de lo que estaba hablando—. ¿Qué noticias? ¿Sobre la empresa?

—¡La empresa! —Bettý soltó un bufido y se echó a reír—. No, lo de los hombres desaparecidos. Ahora, el fin de semana. ¿No lo has visto?

—¿Los hombres desaparecidos?

Me lanzó una mirada compasiva y me contó la historia. En cuanto comenzó vi adónde quería ir a parar. El caso había despertado un gran interés y una vez más había vuelto a suscitar el debate sobre las personas que viajan sin estar bien preparadas y sin tener ningún

conocimiento sobre el inhóspito interior del país. Al ver que la situación se había complicado, se había dado el aviso al equipo de rescate y se esperaba lo peor.

Tres hombres habían ido de caza. Eran de Reikiavik y habían salido desde Akureyri el sábado por la mañana después de haberse corrido una buena juerga en la ciudad la noche anterior. Era a finales de noviembre y el tiempo era impredecible. El parte pronosticaba intensas precipitaciones y fuertes vientos en algunas regiones del norte y un tiempo borrascoso en la zona septentrional de los fiordos del este. Se había advertido a los habitantes de la región que solo salieran en caso de necesidad.

Los cazadores consideraron que no había peligro, pero, después de su noche de fiesta en Akureyri, no se encontraban precisamente en el mejor estado para evaluar bien la situación. Bettý me dijo, y no sé de dónde había sacado esa información, que uno de ellos todavía iba borracho al salir de Akureyri y pasar por Víkurskarð. Llegaron a la zona de caza pasado el mediodía del sábado, pero, cuando salieron del jeep, el tiempo había comenzado a empeorar y continuaron a pie con sus escopetas. La oscuridad se les echó encima y el fuerte temporal que se preveía en los fiordos se desplazó hacia el oeste. Antes de que pudieran darse cuenta, los tres se habían alejado entre sí hasta perderse de vista y continuaron caminando desorientados en plena tormenta.

El domingo, al no saber nada de ellos, sus familiares habían empezado a inquietarse y llamaron a los equipos de rescate de Akureyri y del lago Mývatn y al helicóptero de la guardia costera. El temporal había amainado considerablemente y no tardaron en encontrar a dos de los hombres, desfallecidos. Los trasladaron al hospital de Akureyri. A pesar de haber rastreado intensamente la zona, no hallaron al tercero. Habían transcurrido tres semanas desde el suceso y hacía poco que se había abandonado la búsqueda.

—Lo han encontrado —anunció Bettý—. Ha salido en las noticias este fin de semana. Unos cazadores que estaban en la zona.

—¿Han encontrado al tercer hombre?

—Sí —dijo Bettý—. Su cadáver. Por fin.

—¿Dónde?

—Dentro de una grieta. Se había caído dentro y había quedado oculto por la nieve. Pero había llovido intensamente antes de este fin de semana y el perro de los cazadores olió su cuerpo. Se quedó quieto ladrando junto a la grieta. Evidentemente estaba muerto. Dicen que murió al caer.

—Pobre hombre —dije—. No sabía hacia dónde se dirigía.

—Suerte tuvieron de no morir los tres —dijo Bettý con cinismo—. Ponerse a caminar como idiotas en plena tempestad.

Guardamos silencio.

—No era muy profunda —dijo Bettý de repente.

—¿El qué?

—La grieta —explicó Bettý—. No era muy profunda. No tenía más de dos metros. Dicen que, si hubiera llevado un casco, a lo mejor se habría salvado.

—¿Un casco?

—Tenía el cráneo roto —dijo Bettý—. En esa zona hay grietas de lava con unos salientes muy puntiagudos y se rompió la cabeza al caer. Luego la nieve cubrió el cuerpo.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté—. ¿Con tanto detalle?

—He seguido las noticias —dijo Bettý—. Alguna vez deberías probar a hacerlo tú también.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese accidente? —pregunté con una sonrisa un poco idiota. Me hablaba con tanta seriedad que no sabía qué actitud tomar.

Bettý, sin embargo, no sonreía. Me miró fijamente y después recorrió con la mirada la colección de armas antes de dejar en su sitio el garrote para aturdir salmones.

—Ya sabes lo bien que se lo pasa Tómas cazando y pescando —dijo —. Siempre, todo el año. Y sabes que siempre va en jeeps y motos de nieve, como esos tres estúpidos.

—Sí —dije sin entender qué me estaba queriendo decir. Tómas era un temerario al volante de sus motos de nieve. Yo nunca lo había visto, pero era famoso por ello y la policía lo había parado alguna vez por circular a toda velocidad en Akureyri, muy por encima del límite

permitido.

—No, solo estaba pensando —dijo Bettý.

—¿En qué? ¿En qué estabas pensando?

—En que Tómas nunca lleva casco —aclaró—. Nunca. Ni siquiera tiene uno.

—No es que Tozzi suela ser muy precavido, ¿no? —dije—. Digo en lo que respecta a llevar cinturón de seguridad o casco...

Bettý sonrió.

—Exacto —dijo—. Es una de sus mayores virtudes.

El fiscal general ha solicitado un examen psiquiátrico y lo llevan a cabo conjuntamente la psiquiatra y la psicóloga. Hablamos de Bettý, de Tómas, de mí y de todo lo que ocurrió. Trato de ser lo más desagradable posible y de ponerles todo tipo de dificultades y problemas, pero ellas ya están curadas de espanto y se las han visto con casos mucho peores, así que simplemente se limitan a esperar. Dicen que tienen tiempo de sobra. Siguen un método fijo de trabajo del que raramente se apartan. Aunque lo hacen de vez en cuando.

—¿Qué relación tienes con tu madre? —me preguntó un día la psiquiatra cuando estaba a punto de marcharse después de haber guardado sus papeles en un enorme maletín. Me plantó su verruga en la cara y me preguntó sobre mi madre como si fuera una cosa sin importancia. Quizá fuera ese su método, no sé, coger a la gente desprevenida. Tal vez hubiera aprendido en la policía técnicas de interrogatorio.

—No metas a mi madre en esto —advertí.

Guardó silencio.

—¿Es que es un tema delicado? —preguntó.

—¿No habíamos terminado ya por hoy? Pensaba que te ibas a ir ya, después de haber analizado si me faltaba algún tornillo.

—¿Te incomoda hablar de tu madre?

—¿Te incomoda a ti hablar de tu madre? —dije repitiendo sus palabras.

—Para nada —respondió—. Sin embargo, nunca llegué a llevarme bien con mi padre. Con él es mucho más difícil. Es...

Se calló.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—No tengo ningún interés en hablar de mi familia —dije alterándome—. No guarda ninguna relación con el caso. Ninguna en absoluto, así que no quiero que me preguntes ni por mis padres ni por mi hermano ni nada por el estilo. No quiero, ¿te ha quedado claro?

Asintió.

—¿Por qué será que no quieres? —Pude ver la obstinación en sus ojos mientras me hacía la pregunta, la misma obstinación con que se negaba a quitarse la verruga del mentón mediante una operación sencilla, barata e indolora.

—¿Podemos dejarlo ya? —dije.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Déjame en paz.

—Está claro que se trata de algo delicado para ti —dijo.

No respondí, pero ella no se dio por vencida:

—Habrá algo que lo explique, ¿no crees? —dijo—. Que explique cómo eres. Que explique lo que hiciste.

—¡Yo no hice nada!

—Está bien.

—¿Por qué no te quitas la verruga esa? —le pregunté.

Tenía ganas de hacerle daño. Tenía ganas de saber si podía herirla. Sentía curiosidad por ver la cara que pondría. Saber si mantendría la calma o montaría en cólera. Sé que no está bien hacer esa clase de preguntas. Bajo ningún concepto. Ni siquiera debería haberme fijado en la verruga, debería haber hecho como si no estuviera. Sé que no me servía de excusa que hubiera perdido la cuenta de los días que llevaba en prisión preventiva, pero la verdad es que mi prolongada detención estaba empezando a pasarme factura. Bettý le habría preguntado lo de la verruga el primer día y no habría tratado ni de disculparse.

Pero mis preocupaciones resultaron infundadas.

—Estoy orgullosa de quien soy, de ser la persona que soy —dijo la psiquiatra—. Es una sensación agradable que creo que tú no has tenido nunca.

—¿Qué coño sabrás tú?

—Quizá esté tratando de averiguarlo.

—¡Déjame en paz!

—Muy bien —dijo—. Ya hablaremos más tarde.

—Eso o podemos dejarlo definitivamente —dije.

Se levantó.

—Perdona —me disculpé—, no quería…

—Sí querías —cortó—. Pero te parece que no deberías haberlo hecho porque en tu interior no rige la maldad sino la honestidad, como en la mayoría de nosotros.

Nos miramos a los ojos.

—Nadie puede decirte nada, ¿verdad? —dije—. Lo tienes todo muy claro, lo sabes todo, tienes respuestas para todo…

—¿Por qué crees que estás aquí dentro? ¿Por qué crees que es?

Guardé silencio.

—¿No has estado siempre buscando algún tipo de aprobación? ¿Crees que puede ser todo una cuestión de aprobación? ¿Quizá algo relacionado con tu madre?

No le respondí. Medité en silencio sus palabras mientras me invadía la rabia. ¿Tan importante era la aprobación? En aquella ocasión no me enfadé con ella sino con mi propia debilidad; llevaba toda la vida luchando contra ella y, en el fondo, sabía que era la causante de que estuviera en la cárcel.

—Vete de aquí —dije—. Vete y déjame en paz. Largo de aquí. ¡Y DÉJAME EN PAZ DE UNA PUTA VEZ! —grité.

16

Cuando se fue y volví a mi celda para tumbarme y mirar el techo en la oscuridad, mi mente regresó a aquella noche que, por muy enterrada que estuviera en mi memoria, se abría paso hacia la superficie: la noche en que fui a visitar a Tómas mientras Bettý no estaba en casa. A partir de entonces me trajo sin cuidado lo que le pudiera pasar a Tómas.

Tómas y yo nunca habíamos tenido una reunión de trabajo en su gran mansión de Akureyri. Normalmente nos reuníamos bien en su despacho, ya fuera en Reikiavik o en Akureyri, o bien a la hora de comer en un restaurante, si el asunto carecía de importancia. Pero nunca me había invitado a su casa. Eso solo lo había hecho Bettý.

Tómas Ottósson no sabía nada de mi relación con Bettý. Puede que alguna vez hubiera faltado poco para que nos descubriera, pero eso nunca llegó a ocurrir porque, al fin y al cabo, íbamos siempre con todo el cuidado del mundo. Aun así, fui a aquella reunión con pies de plomo, y más todavía cuando se puso a hablar de su mujer sin venir a cuento. Me pilló por sorpresa. Nunca habíamos tocado ningún tema personal en nuestras reuniones, solo hablábamos de todo aquello que requiriera una solución jurídica.

Creo que estaba contento con mi trabajo. Creo que no se arrepentía de haberme pagado todos esos sueldos que me habían permitido comprarme un piso más grande en Reikiavik y un coche mil veces mejor que el que nunca hubiera tenido. ¿Me remordía la conciencia? Ciertamente. ¿Lo habría dejado todo a causa de los remordimientos? Jamás en la vida. ¿Por qué no? Porque todo eso iba más allá del sexo. Porque Bettý y yo éramos un solo ser. Yo sé que Bettý me amaba. Lo sé. Me amaba. No tenía nada de malo. No era un crimen. Era amor. Sentía el deseo de decírselo a Tómas. De contárselo todo. Se lo había dicho a Bettý pero ella se había limitado a mirarme con cara de

compasión negando con la cabeza. Yo sabía que no había ninguna posibilidad de hablar del tema con su marido.

Como cada vez que me veía con Tómas Ottósson, yo estaba en estado de alerta. Esperaba que me preguntara en cualquier momento: «¿Te acuestas con Bettý?». En cada una de nuestras reuniones. Pensaba que alguien tenía que haber visto cómo nos besábamos. Que nuestro secreto ya no era tal secreto. Pensaba en cómo debería responder a esa pregunta. Qué podría contestar. Nunca se me ocurría otra cosa que no fuera un simple sí. Pero, como digo: a veces me entraban ganas de contárselo a Tómas. Desvelar nuestra relación y dejar atrás aquella maraña de mentiras, huidas y juegos del escondite.

Cuando llegué a su casa, Tómas había estado bebiendo. No iba borracho, pero le faltaba poco. Me invitó a una copa y me ofreció un Drambuie con hielo. No me había dicho para qué me había llamado. Bettý me había enviado un mensaje diciéndome que fuera a verlo. Yo estaba en Akureyri, pero tenía pensado ir al sur a la mañana siguiente. Pensé que sería algo relacionado con el trabajo, pero pronto me di cuenta de que la cosa iba por otros derroteros.

No lo vi como siempre. Salvo en cuestiones de asesoramiento jurídico, solía hacer como si yo no existiera. Nunca me preguntaba qué tal me iba, qué música escuchaba, cuál era mi postura política o qué me parecía esto o aquello. Toda nuestra relación giraba en torno al trabajo. Por eso me sorprendí cuando de repente me preguntó qué tal estaba.

—Bien —dije—. Estoy bien.

—¿Te pago bastante por lo que haces? —me preguntó.

—Eso creo —respondí—, aunque eso debes juzgarlo tú.

¿Estaba hablando del trabajo o de Bettý? No lo sabía. Me inquietaba estar allí a solas con él mientras se emborrachaba y me hacía preguntas que no sabía si eran directas o tenían doble intención. ¿Sabría lo mío con Bettý?

—Sí —dijo—. Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté como si hubiera respondido a mis pensamientos.

—Sí, lo juzgo por mí mismo y me parece que tu trabajo merece tu

salario —afirmó—. Por decir las cosas tal como son.

Me alivió oírlo. No se refería a lo mío con Bettý. Pero había algo más. Como digo, Tozzi nunca me había hecho antes ningún comentario positivo. En su día se había comportado de forma extraña al contratarme y nuestra relación siempre se había mantenido en el plano profesional. No tenía ni idea de adónde quería ir a parar. Tozzi se terminó la copa de un trago.

—¿Sabes dónde está Bettý esta noche? —me preguntó.

Reflexioné un segundo.

—Está en Reikiavik, ¿no?

Sonrió.

—Cuando comenzamos a estar juntos, Bettý era como una adolescente con problemas. Nunca he conocido a una mujer igual. No conoce límites cuando se propone algo. No tiene formación. Cuando la conocí trabajaba en nuestra centralita, y ¿sabes dónde está esta noche?

Tozzi iba más borracho de lo que me pensaba. No tenía la más remota idea de lo que quería decirme.

—No, no sé dónde está —dije dando un sorbo de licor.

—Está en Perlan con el presidente de la república, el primer ministro, algún ministro más, altos cargos, figuras notables del ámbito político y laboral, y el primer ministro danés y su séquito. Es una cena de gala. A mí no me apetecía ir.

Me miró sonriendo.

—¿No te parece fantástico? ¿No te parece fantástico vivir en este país donde el dinero es lo único que importa?

No sabía qué decir. Tozzi vació su vaso y se sirvió whisky hasta llenar la mitad.

—Bettý adora esta vida —dijo dejando la botella—. Porque ella no es nadie y es consciente de ello. Sin embargo, ahora mismo comparte mesa con el primer ministro de la nación. Si él supiera cómo es Bettý… Lo que ella piensa de esa gente… Todos esos esnobs que asisten a esas fiestas como pingüinos, con sus fracs y sus vestidos largos, y se creen que están por encima de los demás.

Me entraron ganas de decirle que se equivocaba al decir que Bettý

no era nadie. Que unos años atrás él tampoco había sido gran cosa. Pero me callé el comentario. Tampoco le mencioné lo de las lesiones que le causaba de vez en cuando. Quizá no debí habérmelo callado. Quizá entonces todo habría terminado de otra manera.

—¿Qué sabes sobre Bettý? —preguntó de repente.

Me puse inmediatamente a la defensiva. Nunca se había dirigido a mí de esa manera y no sabía lo que estaba insinuando. Lo único que quería era despedirme y largarme de allí. Cada vez iba más bebido. Nunca he sabido tratar con borrachos.

—¿Yo? No mucho. Yo...

—No vamos a tener hijos —dijo Tómas.

Su voz sonaba triste. No sabía si quería decir que habían decidido no tener hijos, como si se hubieran sentado a hablar y hubieran tomado la decisión de no tenerlos, o si no les iba bien intentándolo.

Tras sus palabras, se produjo un largo silencio que rompí aclarándome la garganta. Quería decirle algo que lo reconfortara.

—Es algo normal, y además hay métodos que...

Me interrumpió de nuevo.

—He llegado a una edad —continuó— en que lo que más deseo es tener hijos. Alguien que me suceda. Me da igual chico o chica. Quiero que...

Frunció el ceño.

—De lo contrario la empresa no vale para nada. Me di cuenta demasiado tarde. Los hijos son importantes. Es crucial tener descendencia. Ahora lo veo.

Permanecí en silencio. No sabía qué decir. No sabía qué pintaba yo allí, por qué me había llamado para explicarme, borracho, que con la edad se había dado cuenta de que el dinero no lo era todo. Un hombre que pegaba a su mujer.

Se terminó el vaso de un golpe y luego me miró a los ojos.

—Creo que Bettý me engaña —dijo.

Di un grito en mi interior. Ahí estaba la explicación. En ese instante entendí el sentido de nuestra reunión nocturna. Tozzi se había enterado de la verdad. Se había enterado de mi relación con Bettý. No habíamos sido lo suficientemente prudentes. No sabía qué hacer. Solo

podía haber una razón para que me hubiera hecho ese comentario. No éramos amigos íntimos. Nunca me había contado nada personal. Seguramente iba a decirme que lo sabía todo. Traté de no mostrar ninguna reacción. Permanecí inmóvil esperando a que el cielo se me cayera encima.

Cosa que no ocurrió. Al menos no como yo esperaba.

—Tiene que estar engañándome —dijo—. No tengo pruebas, pero hace tiempo que tengo ese presentimiento.

—¿Has hablado con ella? —pregunté titubeando.

—No —dijo Tómas—. Yo... Bettý y yo hemos terminado.

¿Terminado? No sabía qué quería decir con eso, pero tampoco tuve mucho tiempo para hacer cábalas.

Tómas se acercó hasta mí.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —pregunté con cautela.

—Sí —dijo—. Puedes hacer algo por mí.

—¿Qué?

Me recorrió de arriba abajo con la mirada y vi en su cara una expresión que, aunque no se la había visto antes, sí sabía lo que significaba. La había visto en otros hombres.

—Quiero acostarme contigo —dijo—. Me da igual lo que cueste. Quiero acostarme contigo.

Me quedé mirándolo con estupor.

—Tengo entendido que... —dijo dejando su vaso y acercándose hacia mí—. Hace mucho que quiero. No sé cómo decirlo si no es así, directamente. Tengo entendido que tú también quieres.

Di unos pasos hacia atrás.

—Quiero acostarme contigo —repitió—. Y sé que tú también quieres.

Me eché a reír. No sé por qué. Daba tanta pena. Pero me equivoqué completamente.

Se puso furioso, me pegó y me agredió.

Tozzi me violó aquella noche en la gran mansión de Bettý, en el norte.

Fue...

Yo...

No puedo describirlo...

17

Cuando viene la psiquiatra, nos sentamos en una sala que creo que está reservada para visitas. En vez de entrar en mi celda o ir a la sala de interrogatorios, vamos a una salita donde hay unas sillas tapizadas en morado y dos mesas de cocina. Hay barrotes en las ventanas y los cristales están cubiertos por una lámina de plástico que impide ver el exterior.

Si no me equivoco, la psiquiatra se encarga de evaluar mi grado de culpabilidad. Lleva un enorme maletín del que saca documentos y carpetas cuyo contenido desconozco.

—Me gustaría hablar de tu madre —dijo—. ¿Te parece bien?

—No tengo nada que decir sobre ella —respondí.

—¿Seguro?

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—No, quizá no directamente, pero...

—No hay peros —dije.

—¿Te incomoda hablar de ella?

—Esto no tiene nada que ver con ella —insistí—. ¿Es que quieres que te lo repita todo el santo día?

—La última vez que nos vimos te mencioné lo de la aprobación.

—¿Qué intentas hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál es tu función? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estoy hablando contigo? No tengo ningunas ganas de hablar contigo.

—¿Todo esto es porque no quieres hablarme de tu madre?

—¿Todo esto? ¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Esa hostilidad —respondió—. Enseguida te pones...

—Te crees que lo sabes todo, ¿verdad? —interrumpí.

—Me parece que no estamos aquí para hablar de mí.

—No, seguramente nunca se habla de ti, ¿no?

—¿Quieres dejarme hablar contigo sin mostrar esa agresividad? —dijo—. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Permanecimos en silencio.

—He hablado con tu madre —anunció.

—Quiero que dejemos este tema ahora mismo —dije levantándome.

—Me dijo que le dabas asco.

Le clavé la mirada.

—Déjame en paz —grité—. ¡Déjame en paz!

Pero no tiró la toalla. No le afectaba nada de lo que le dijera.

—Todo esto tiene que ver con la necesidad de aprobación, ¿no es así? —dijo—. ¿No se debe todo esto a que tu madre no te soporta? ¿A que no puede soportar cómo eres? Siempre tratas de complacerla. Para ti la aprobación lo es todo. Da igual quién te la dé.

—¡Cállate! —grité. Me dirigí a la puerta y la aporreé.

—Le da asco tu orientación sexual. Le das asco.

—No lo entiende —dije—. No lo ha entendido nunca. Soy así. No hay nada que pueda hacer al respecto. Soy así. ¡Nunca he podido hacer nada al respecto!

—¿Y lo detesta?

—Me detesta a mí. Me detesta por ello. ¿Ya estás contenta? ¿Ya tienes lo que querías? ¿Me puedo ir ya? ¡¿Qué te parece si lo dejamos?!

—No pasa nada porque te atraigan las personas de tu mismo sexo o de ambos sexos —dijo la psiquiatra. También se había levantado—. Nadie tiene por qué avergonzarse de su orientación sexual. No es cosa tuya si a tu madre no le gusta. Tú eres como eres y no necesitas su aprobación. No necesitas la aprobación de nadie.

—¡Déjame en paz!

—No le das asco tú, sino tu forma de vida. Son cosas distintas.

La puerta se abrió.

—Quiero volver a mi celda —le dije al carcelero mientras salía de la sala de visitas.

18

No recuerdo exactamente cómo descubrí que era lesbiana. Fue algo natural y yo lo vi siempre como lo más normal del mundo. Pero la psiquiatra tenía razón. Mi madre nunca pudo asimilarlo.

Nunca pudo aceptarme tal y como era, nunca pudo aceptar mi homosexualidad. Mi padre era más comprensivo, pero sé que tampoco lo llevaba bien. Me lo dijo antes de morir. Mi hermano piensa que soy un bicho raro. Se encargó de hacerme saber su opinión una y otra vez antes de mudarse a Londres; me dijo que les había arruinado la vida a nuestros padres. Quizá fuera cierto, pero, como dice la psiquiatra, solo puedo ser quien soy.

No salí del armario pregonándolo a los cuatro vientos ni nada por el estilo. No sé lo que es eso. No lucho por la causa homosexual ni me implico en sus reivindicaciones. No le veo el sentido. No quiero distinguirme de los demás diciendo: «Yo soy así y, por tanto, soy distinta al resto y todo el mundo tiene que saber cómo soy porque solo así puedo ser libre y hacer que otros sean libres». Soy como soy. Y lo que soy es exclusivamente asunto mío y a nadie más le importa. Los pocos amigos que tengo saben que soy lesbiana, igual que lo sabe mi familia y lo saben algunos compañeros que estudiaron conmigo, tanto aquí como en Estados Unidos. No me avergüenza ser homosexual, simplemente me parece algo que a nadie le importa. Es asunto mío y de nadie más.

De hecho, no recuerdo haber sido nunca de otra manera. Tenía un interés muy limitado por los chicos. Me parecían groseros, zafios y, de algún modo, estrechos de miras. No sé cómo describirlo de otra manera. Mi cuerpo no secretaba fluidos que me atrajeran hacia ellos. Con las chicas era otra historia: con sus elegantes y sinuosas siluetas, sus suaves caderas, sus manos finas de dedos esbeltos. De alguna manera somos obras de la creación mucho más refinadas. Por eso creo

que, si Dios existe, tiene que ser mujer. Al llegar a la pubertad me di cuenta de cómo era y me acepté. Nunca lo vi como algo anormal o extraño. No tuve una crisis existencial y, si mi familia prácticamente no me hubiera repudiado, mi homosexualidad nunca habría supuesto ningún problema. Al contrario, la habría recibido con los brazos abiertos, dejando aparte lo ocurrido en el instituto cuando mis tentativas de probar con un chico terminaron en desastre. Me picaba la curiosidad por saber cómo era, pero me pareció repugnante.

He tenido buenas amigas. Antes de conocer a Bettý, mi relación más larga había sido con una chica llamada Lydia, en Estados Unidos. Estudiaba Biología en la universidad. Nos conocimos en un bar universitario muy popular. Cuando comenzamos a hablar, le sorprendió que fuera islandesa. Había oído que en Islandia había esquimales viviendo en iglús. Enseguida nos percatamos de que estábamos en la misma onda. No hay confusión cuando se conocen dos lesbianas. Estuvimos saliendo durante mi último año en Estados Unidos. Luego yo quería volver a casa, pero ella no se veía viviendo en Islandia. Vinimos juntas de viaje, pero le pareció impensable mudarse aquí.

Mamá fue y ha sido siempre la más difícil. Mi hermano me trae sin cuidado. Nunca nos hemos llevado bien. Siempre me ha parecido insoportable, un arrogante, un niño mimado y un miserable. Creo que él tuvo la mayor culpa de que mamá fuera tan hostil hacia mí. Sé que también trató de manipular a papá para ponerlo de su bando. No sé qué beneficio sacaba de ello, pero es lo que hacía. La psiquiatra me dijo que buscaba la aprobación con tal desesperación que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por conseguirla. Quizá tuviera razón. Quizá todo esto tenga que ver con mamá. Mi intención no era decepcionarla, pero lo había hecho, y al final ya no podíamos vivir juntas bajo el mismo techo. Me excluyó. Me dijo que ya no era su hija. Hemos pasado casi nueve años sin saber una de la otra. Nada. Le he preguntado a mi abogado si ella se ha puesto en contacto con él, pero no lo ha hecho. Mamá y yo siempre nos habíamos llevado bien. Fue desolador contarle que era homosexual. No me esperaba una decepción así. Creía que la conocía bien, pero de pronto me encontré

con una persona totalmente distinta. Supongo que ella podrá decir lo mismo de mí.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —me preguntó gritando un día en plena discusión, como si mi única razón para ser homosexual fuera hacerle daño. Después dijo que le repugnaba lo que hacía, lo que quería hacer con otras mujeres—. ¡Qué asco! —me gritó—. ¡Acostarse con mujeres!

—Esto no tiene que ver con el sexo —le dije—. Es un malentendido...

—¡Fuera de mi vista! —gritó—. ¡Largo!

Papá trató de hacer que nos reconciliáramos. Sé que quería lo mejor para mí y eso era lo único que le importaba. Con todo, sé que no estaba contento. Me preguntó si estaba segura, si estaba convencida de que era así y de que era lo que yo quería.

—No es cuestión de lo que yo quiero —le dije—, sino de lo que soy. No es algo que pueda controlar, como piensa mamá. No he hecho nada para ser homosexual ni tampoco he hecho nada por no serlo. Soy así y ya está.

Papá me miró y yo sabía que entre nosotros no habría problemas.

—Nadie puede tratar de ser algo que no es —le dije sonriendo.

Me fui de casa al empezar la carrera. Pedí un préstamo y alquilé una habitación cerca de la universidad. Mi relación con mamá fue de mal en peor hasta que dejamos de hablarnos. Papá cayó enfermo y los médicos no pudieron hacer nada. La agonía duró una semana. Estuve con él todo el tiempo, y mamá también. Nos dimos una tregua para poder cuidar de él. Lo último que hizo en su vida fue intentar que nos reconciliáramos. Pero, después de su muerte, todo siguió igual.

Por algún motivo, en la Facultad de Derecho todo el mundo sabía que yo era homosexual. Sabía que a los chicos les daba morbo la idea. Lo sabía porque me lo decían y algunos hasta intentaron liarse conmigo haciendo uso de esas formas burdas, aburridas y obscenas que solo pueden tener los que piensan que ser lesbiana es como ser una estrella porno. Algunas chicas se relacionaban conmigo con cautela. Todos intentaban ser liberales. Yo era la única lesbiana de mi promoción, pero sabía que había más en la universidad y formamos

nuestro pequeño grupo. Compartí piso con una de ellas, Katrín. Al principio funcionó estupendamente, pero al final resultó que éramos como el día y la noche. Reivindicaba activamente los derechos de los homosexuales, sacaba a la gente del armario a diestro y siniestro, formaba parte de la junta directiva de la asociación LGTB y salía en televisión y en otros medios haciendo todo tipo de declaraciones. Me di por vencida cuando por culpa de su activismo exacerbado arremetió contra mí insinuando que no me involucraba en la «lucha» porque era una «floja». Poco después decidí irme a Estados Unidos.

Bettý fue el primer gran amor de mi vida. La conocí poco después de haberme instalado de nuevo en Islandia. Puede que todavía no me hubiera recuperado de lo de Lydia. No lo sé. Solo sé que Bettý despertó inmediatamente mi deseo de conocerla mejor, de estar con ella y finalmente de acostarme con ella. Ella lo incitaba. Con su manera de vestir. Con lo que decía y su manera de decirlo. Con su forma de besarme en su mansión de Þingholt. Flirteó conmigo desde el instante en que nos conocimos porque tenía planeado ir a por mí, tenía planeado atraparme, tenía planeado hacerme suya. Tenía una misión. En aquel entonces yo no lo sabía, pero ahora lo sé.

Y caí rendida a sus pies.

¿En qué pensaba yo? Bettý era la mujer de Tómas, pero a la vez mi amante. ¿De verdad pensaba que Bettý y yo podríamos ser felices el resto de nuestras vidas? ¿Tan ingenua podía llegar a ser? ¿Tan ciega estaba? ¿En serio pensaba que iba a dejar a su marido para venirse a vivir conmigo?

Cuando estoy tumbada en la oscuridad me avasallan todas estas preguntas. Y otras más que no me causan menos angustia y ansiedad. ¿Sabía Bettý quién era yo cuando se acercó a mí en la sala de cine? ¿Sabía que era homosexual? ¿Cómo lo sabía? ¿Había preguntado sobre mí? ¿Llevaba tiempo buscando una víctima como yo? Porque yo soy una víctima. Soy la víctima de toda esta historia.

Tengo la mirada perdida en la oscuridad.

Todas esas preguntas.

Echo de menos a papá más de lo que puedo expresar con palabras. Era mi mejor amigo y nunca he conocido a nadie más bueno y más

comprensivo que él. Ha sido mi modelo en la vida desde que tengo uso de razón. Recuerdo su buena voluntad, su buen hacer y su simpatía con las personas que, por el motivo que sea, se han visto abandonadas. Me desconsuela pensar que podría haber sido testigo de lo que me ha ocurrido y lo que he hecho. O no he hecho. Sobre todo, por respeto a su memoria, quiero salir de todo esto indemne y con un mínimo de dignidad. Es su recuerdo lo que mantiene mi moral intacta en esta horrible celda.

Paso las horas aquí encerrada, a solas con todos estos pensamientos insoportables. Y en cada instante que pasa solo cae por el reloj de arena un mísero granito, tan despacio que puedo seguirlo con la vista hasta que se deposita en el fondo.

Ahora empiezo a entender lo que ocurrió realmente. Y no me refiero a lo que yo pensaba que ocurría porque lo veía con mis propios ojos, sino a lo que no veía ni sabía que ocurría. Estoy empezando a entenderlo todo y a comprender que ella manejaba los hilos en todo momento. Me echo a mí misma la culpa y sé que no tengo excusa. Participé libre y voluntariamente, pero no lo habría hecho si hubiera conocido toda la historia.

La policía sabe lo que ocurrió cuando Tómas me agredió. Me lo han preguntado en los interrogatorios. Eso quiere decir que Bettý se está saliendo con la suya.

Nadie sabía lo que Tómas me había hecho. Excepto él, yo misma y Bettý.

19

Lárus y Dóra están sentados frente a mí en la sala de interrogatorios. He establecido cierta conexión con ella. Creo que es buena gente. Tengo la sensación de que me cree y eso es lo que realmente necesito: alguien que crea lo que digo. Me acepta como soy y no se imagina cosas raras. Lárus me ve con otros ojos. Lo sé. Lo noto. Para él no soy solo una asesina: encima soy lesbiana. Y eso creo que le da asco.

Por eso me dirijo a ella cada vez que hablo.

Me preguntan sobre la violación. Saben que Tómas me agredió y me forzó. Al darme cuenta de que conocen algunos detalles, trato de no sonrojarme ni inmutarme. Es duro saber que un hombre como Lárus conoce lo ocurrido. Todavía me invade la vergüenza cuando echo la vista atrás y pienso en lo que sucedió. Sé que no debería pensar así. Sé que no fue culpa mía, pero tampoco me ayuda nada borrar de mi mente esa abominación.

—¿Por qué no denunciaste la violación? —preguntó Dóra—. ¿Por qué hiciste como si no hubiera pasado nada?

—¿Qué violación? —pregunté.

Intercambiaron una mirada.

—Lo sabemos todo sobre la violación —dijo Lárus—. No nos vengas con cuentos.

—Estamos tratando de ayudarte —terció Dóra.

—Os he dicho que no os creáis todo lo que os diga Bettý.

—¿Por qué piensas que Bettý nos ha contado lo de la violación? —preguntó Dóra.

Nos miramos a los ojos.

—Sobre todo si no hubo ninguna violación —añadió.

—Porque es capaz de inventarse algo así —dije.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó Lárus.

—Porque… porque es Bettý.

Trato de no pensar en lo que ocurrió. Quiero mantenerme firme. No quiero seguir hablando del tema. No quiero dejar que abran esa puerta. Ese cabrón de Tómas. ¡Ese cabrón de Tómas Ottósson Zöega!

Me resistí, pero él era fuerte. Mucho más que yo. Nos caímos al suelo y se tumbó sobre mí y me besó y me metió mano por todas partes. Intenté quitármelo de encima, pero era fuerte. Yo llevaba falda y noté su mano cuando me la metió por debajo y me arrancó la ropa interior.

—¿Sara?

Mi mente regresó a la sala de interrogatorios.

—¿Vas a responder a la pregunta?

Dóra me lanzó una mirada inquisitiva.

—También podemos terminar por hoy —dijo.

—Esto no terminará nunca —repuse.

El día después de que Tómas me violara, Bettý vino a mi casa poco antes de medianoche. Me dio la impresión de que sabía que había ocurrido algo. Por la mañana no me había sentido con fuerzas para volar a Reikiavik. No me sentía con fuerzas para hacer nada. Me había quedado en casa, llorando en la oscuridad. Me sentía sucia. Ultrajada. No sabía qué hacer. Tenía la falda rasgada. Los labios partidos. ¿Debía denunciarlo? Por mucho que me metiera en la ducha no conseguía quitarme de encima la sensación de asco.

Bettý se sentó a mi lado, me eché a sus brazos y le conté lo que había pasado. Me acariciaba el pelo mientras me escuchaba. No le veía la cara, no sabía qué pensaba, pero sabía que estaría conmigo pasara lo que pasara.

—¡Hijo de puta! —le escuché decir.

—Podría matarlo —dije.

—Lo sé —respondió.

—Voy a denunciarlo.

—¿Para qué? —preguntó.

—Quiero que lo encierren por lo que me ha hecho.

—No lo encerrarán nunca —dijo. Su voz era profunda y

tranquilizadora. Me alegraba de que hubiera venido. Me alegraba de que estuviera a mi lado. Era mi consolación, mi amiga y mi amor. Una mezcla de vergüenza, rabia y asco estremeció mi cuerpo.

—Voy a denunciarlo —insistí—. Quiero que todos sepan lo que me ha hecho, cómo es realmente, quiero que todos se enteren de que...

—¿Y qué ganarás con ello? —dijo—. Quizá quede un poco manchada su reputación, pero la inmensa mayoría creerá que es inocente y que tú eres la zorra a la que él se negó a pagar para que mantuviera la boca cerrada, la zorra que le hizo chantaje. «No hubo ninguna violación, quería sacarme el dinero y, cuando me negué, se sacó de la manga ese disparate». Eso es lo que dirá. Pero pongamos que los jueces te crean a ti en vez de a él y lo condenen por violación. ¿Cuántos años crees que le caerán? Los jueces islandeses se ríen de ese tipo de casos. Y lo sabes. Todo el mundo lo sabe. Supongamos que consigues lo que te propones y a Tómas lo declaran culpable de violación. En el mejor de los casos, le caerían unos dieciocho meses, y pasaría la mitad de ese tiempo en libertad condicional, así que estaría encerrado la mitad, o sea, ¿cuatro, cinco meses? Eso si consigues convencer a los jueces de que es culpable.

Sabía que tenía razón. ¡Los jueces islandeses!

—Quiero que sufra —dije—. Quiero que padezca. Quiero... quiero que se muera...

Bettý dejó de acariciarme el pelo.

—Lo mejor es que no se lo cuentes a nadie —dijo—. Lo mejor es que quede solo entre nosotras.

—Lo odio.

—Lo sé —dijo Bettý.

Y así fue. No se lo conté a nadie. Fue nuestro secreto. Solo lo sabíamos nosotras.

Hasta que la policía me preguntó por «la agresión». Obviamente Tómas sabía algo al respecto, pero creo que nunca se lo contó a nadie. Yo sabía muy bien lo que Bettý estaba pensando. Todo lo que había hecho hasta ese momento estaba calculado minuciosamente. Cuando me preguntaron por ello todavía no sabía bien cómo defenderme y

hasta entonces siempre había tratado de hacer como que no sabía nada. A pesar de las circunstancias en que me había encontrado la policía y de todo lo que había ocurrido antes entre Bettý y yo. Lo que hice fue, sobre todo, negarme a hablar. Estaba cansada y tenía miedo. Estaba hundida en la desolación más profunda.

—¿Insinúas entonces que Bettý se está inventando lo de la violación? —preguntó Lárus—. ¿Que no tuvo lugar ninguna violación?

Lo miré fijamente.

—No —dije—. No hubo ninguna violación. No os creáis todo lo que os cuente Bettý.

—¿Estás totalmente segura? —dijo Dóra.

Percibí cierta compasión en su voz y agradecí oírla. Quizá entendiera lo que era que te violaran y luego te vieras obligada a declarar que nunca había habido ninguna violación. Quizá sabía cómo me sentía. Sentí náuseas.

—¿Y no será esa la razón por la que mataste a Tómas Ottósson Zöega? —preguntó Lárus.

—No sé a qué te refieres —dije.

—¿Por qué demonios crees que Bettý se habría inventado una violación? —preguntó Dóra.

—No lo sé —dije—. ¿Habéis terminado ya? ¿Habéis terminado por hoy? Quiero volver a mi celda, si no os importa.

—Te irás cuando hayamos terminado —dijo Lárus.

—Está bien —le contradijo Dóra—. Puedes irte ahora.

—No me parece… —comenzó a protestar Lárus.

—Ya seguiremos hablando con ella mañana —dijo Dóra con determinación—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Estoy tumbada en la oscuridad de mi celda pensando en Bettý. Fue después de la violación cuando comenzamos a preguntarnos en serio si sería posible que Tómas sufriera algún tipo de accidente, si existía alguna posibilidad de que pudiéramos escenificar algún accidente para librarnos de él.

Por otro lado, me asalta esa idea espeluznante que no puedo quitarme de la cabeza.

¿Acaso Bettý podía ser tan abyecta como para engañarme para que

fuera a casa de Tómas y condicionar a su marido para que me violara? No lo pensé en aquel momento, pero fue ella la que me llamó aquel día para decirme que Tómas quería verme en su casa.

Cierro los ojos.

La sangre brota de la cabeza de Tómas.

La siguiente vez que vi a Tómas solamente le quedaban unos minutos de vida.

20

Visualizo la escena como una pesadilla de color blanco.

No me atrevo a cerrar los ojos. Tengo la mirada perdida en la oscuridad y trato de pensar en otra cosa. A veces lo consigo. Pero la mayoría de las veces, no.

No quiero recordarlo. Quiero dejarlo enterrado en algún sitio donde nadie lo pueda encontrar, ni siquiera yo misma. Hay lugares de mi interior que no abro más que en muy contadas ocasiones. Otros no los abro nunca. Quiero que esta historia quede olvidada para siempre en uno de ellos. Ojalá la pudiera borrar de mi memoria. Mejor dicho: ojalá no hubiera ocurrido nunca.

Pero ocurrió.

Y no se va.

Cuando la dejo escapar, emerge en forma de pequeños fragmentos inconexos. Es como si hubiera hecho estallar el incidente por los aires y los pedazos se dispersaran en mi mente, me hirieran y se me clavaran cuando menos me lo espero. Entonces me retuerzo de dolor y gimo tapándome la cara con las manos. A veces me echo a llorar si los fragmentos que se me clavan son tantos que me hacen gritar.

La veo a punto de golpearlo.

Le grito que no lo haga.

Él me mira y cae de rodillas sobre la nieve.

Poco después lo mirábamos, cuatro metros por debajo de nosotras, desde el borde de una gran grieta. Me miraba. Parecía querer decirme algo. Sus labios se movían y alargaba el brazo en dirección a nosotras. Tenía la cabeza ensangrentada por los golpes, y la nieve bajo su cuerpo se teñía de rojo. No sabía lo que había pasado. Se notaba en la expresión de su cara. No entendía nada. Daba mucha lástima. Poco a poco se le cerraron los ojos y su brazo se hundió lentamente en la nieve hasta que su cuerpo quedó inmóvil. Entonces empezó a nevar y

unos copos enormes comenzaron a cubrirlo…

Observo el cadáver cubierto por una extraña claridad blanca.

Siempre quiero pensar que todo esto no es más que una pesadilla, que me voy a despertar y voy a ir a mi pequeño despacho en mi cuatro latas, ese que no siempre arranca, y que nunca oí hablar de Bettý ni conocí nunca a Tómas. Cada día que pasa espero despertarme y verme de repente en la vida que tenía antes de encontrarme con Bettý. Pero no se me concederá ese deseo. Es como si nunca hubiera tenido otra vida que mi vida con Bettý. No sé ya qué pensar. A veces la odio. A veces la deseo tanto que me duele todo el cuerpo.

Nos favoreció que nevara. Unos copos grandes y pesados ocultaban el crimen. Ocultaban nuestras huellas. Tómas estaba muerto y actuamos sin precipitarnos. Íbamos en dos motos de nieve. Despeñamos la de Tómas por la grieta. Bettý se encargó de hacerlo. Se alejó doscientos metros de la grieta, pisó el acelerador y justo antes de llegar al borde se tiró de la moto, que cayó al vacío y se estrelló con estruendo contra la pared de lava, antes de desaparecer en las profundidades. Salía humo de la grieta. Bettý se levantó y se sacudió la nieve de encima. Me entraron náuseas. Sentí la bilis amarga en la garganta y la escupí sin cesar sobre la nieve blanca.

Bettý se acercó a ver cómo estaba.

Me siento mejor si contemplo lo que ocurrió como si fuera un sueño. Como si no fuera real. Como algo que nunca hubiera ocurrido. Me parece la mejor manera de verlo. Como algo que veo y, sin embargo, no ocurrió nunca. Sé que pronto me despertaré y entonces ya no estaré en esta celda sucia sino en casa, en mi habitación, viendo cómo papá me sonríe como siempre desde la foto de la mesilla de noche.

No tengo más que despertarme.

Ojalá pudiera despertarme.

Bettý y yo nos asomamos a la grieta. Tal y como había quedado la moto junto a Tómas, parecía que hubiera sufrido un terrible accidente. Había salido de excursión en moto de nieve con su mujer y conmigo, su asesora jurídica, y se había producido aquella tragedia: se había caído por una grieta. Se había despedido de nosotras diciendo que

quería probar la moto. Era nueva. La había comprado una semana antes y su plan era probarla en aquel viaje. La cabaña donde nos alojábamos ese fin de semana era de un amigo suyo de Reikiavik. No estaba en una urbanización de verano sino aislada en pleno desierto invernal. Su amigo le había dicho que el sitio era ideal para excursiones en moto de nieve durante el invierno, pero también le había advertido de que debíamos tener cuidado con la zona de grietas que había al noreste, lejos de la cabaña.

Tómas era famoso por sus imprudencias. Famoso por pisar a fondo sin llevar ni cinturón ni casco.

Me alejé unos pasos del borde y caí sobre la nieve. Bettý se acercó y se arrodilló junto a mí. Me sujetó el mentón y me levantó la cabeza hasta que nos miramos.

—Llevábamos tiempo hablando de hacerlo —dijo.

—No me dijiste que iba a ser ahora. Yo…

—¿Qué?

—Una cosa es hablarlo… —dije.

—¡Todo irá bien!

—Lo dudo. ¿Sabes lo que has hecho? ¡Lo has matado! ¡Has matado a Tómas!

—Nosotras lo hemos matado —matizó Bettý levantándose—. No lo olvides. Lo hacemos por nosotras. Por nuestro futuro.

—¡Nuestro futuro! —gemí.

Mientras la nieve caía sin cesar, Bettý comenzó a explicarme en qué consistía el entramado de mentiras que había diseñado.

Al ver que anochecía y que Tómas no había regresado todavía de su paseo en moto de nieve, nos pusimos en marcha y salimos a buscarlo. Nos montamos en la otra moto y tratamos de seguir el rastro de la suya, pero no había parado de nevar en todo el día y el viento había borrado las huellas. Gritamos y lo llamamos en vano. Nos apresuramos a volver a casa. No teníamos cobertura en los móviles, así que tuvimos que regresar a la civilización. Paramos en la primera granja que encontramos y desde allí llamamos a la policía, que avisó a los equipos de rescate.

La familia de la granja nos dejó esperar en su casa. Era medianoche

y nos sentamos en el salón. La mujer preparó café. Tanto el matrimonio como sus tres hijos, ya crecidos, nos dedicaron todo tipo de atenciones.

Yo no dejaba de llorar. A pesar de lo que Tómas me había hecho. Nadie merece morir así.

Impasible, Bettý no decía ni una sola palabra.

Esa misma noche se reunieron en la granja la policía y los equipos de rescate. Los acompañamos a la cabaña, que se encontraba un tanto apartada porque el dueño quería que la gente lo dejara tranquilo. Había nevado con intensidad desde la mañana anterior y acceder allí resultó difícil, a pesar de llevar jeeps y vehículos especiales de rescate. Cuando preguntaron por la persona desaparecida y se enteraron de que se trataba de Tómas Ottósson Zöega, llamaron a más equipos y al helicóptero de la guardia costera. La empresa alquiló más helicópteros para colaborar en la búsqueda. Al amanecer, el área que rodeaba la cabaña parecía un extraño campo de batalla en el que helicópteros, jeeps, motos de nieve y decenas de hombres con perros se dispersaban en todas direcciones.

Bettý y yo nos implicamos al máximo en la búsqueda. Condujimos las motos y caminamos por la nieve con los hombres de los equipos de rescate. Bettý incluso subió a un helicóptero y sobrevolaron la zona con ella. Nuestro testimonio era fundamental. Podíamos guiarlos. Habíamos visto en qué dirección había salido Tómas y podíamos decirles dónde creíamos haberlo visto por última vez en el horizonte, hacia el este. Nos escucharon y organizaron la búsqueda de acuerdo con nuestras indicaciones.

Nada era verdad.

Se dieron cuenta de que me encontraba al borde de una crisis nerviosa. Me dijeron que me acostara. En la cabaña reinaba el caos. La habían convertido en el campamento base de la búsqueda. Encontré una habitación libre y me tumbé en la cama, desfallecida, pero no porque no hubiera pegado ojo en veinticuatro horas, sino por lo que Bettý había hecho. Quería contárselo a gritos a la primera persona que se cruzara en mi camino. Confesarlo todo. Librarme de aquel tormento.

No fui yo quien lo mató. Si es que eso vale de excusa. Ni siquiera sabía que Bettý iba a hacerlo. Me había producido cierta satisfacción acariciar la idea, planearlo todo y pensar juntas en lo que haríamos cuando todo hubiera terminado. Pero hasta que Bettý no le asestó el primer golpe, no entendí hasta qué punto su deseo era absoluto e implacable.

Yo no la había ayudado a preparar aquel asesinato. Lo que decíamos nunca llegaba tan lejos. Cuando golpeó la cabeza de Tómas con el martillo, sentí que me dejaba inconsciente a mí también.

Ya no sé qué pensar. Soy cómplice. En cierta manera.

Pero no soy una asesina.

No soy una asesina.

21

Vi salir la sangre de su cabeza en todas direcciones. Di un grito y vi a Tómas caer de rodillas y perder el conocimiento. Me entraron náuseas y vomité. Con el rabillo del ojo vi a Bettý bajar el martillo y el cuerpo de Tómas inerte sobre la nieve.

Yo había evitado a Tómas desde que me agredió en Akureyri. Bettý sabía que después de la violación no querría seguir trabajando para él. No quería verlo tras aquella experiencia escalofriante. No quería hablar con él. Quería cortar de raíz cualquier contacto. Por encima de todo quería llevarlo a los tribunales, pero Bettý me disuadió. De acuerdo con las ideas que albergaba en su cabeza, me explicó que no era recomendable. Lo tenía todo pensado. Tenía un plan y me dijo que, para que funcionara, debía hacer como si nada hubiera pasado.

Sé que le había dicho a Tómas que nos teníamos que reconciliar. Me dijo que había llegado nuestra oportunidad. Los dos salieron un día antes que yo. Cuando llegué, estaban a punto de dar un paseo en moto de nieve. Estaban ya listos para salir. Tómas y yo no nos saludamos. Estaba fuera haciendo rugir su moto. No llevaba ni casco ni gafas protectoras. Bettý me dijo que me pusiera enseguida el mono térmico y me subiera en el asiento trasero de su moto. Tómas había salido disparado delante de nosotras.

Bettý había dicho que «había llegado nuestra oportunidad». Trato de no pensarlo demasiado. Hay algo de irreal en ello, como sacado de una novela de suspense. A veces me parece que fui allí para detener a Bettý. A veces creo que lo hice para ver hasta dónde podía llegar. A veces me parece que fui para ser testigo circunstancial de un asesinato.

No me atrevo a quedarme dormida. Tómas me asalta en mis sueños. Cada vez que me duermo, veo a Tómas en el interior de la grieta lanzándome su mirada acusadora. No consigo librarme de él. Me

angustia dormirme y encontrármelo otra vez, presenciarlo todo de nuevo: la sangre, el martillo, Tómas.

Y Bettý con su escalofriante mirada asesina y su cara manchada de sangre.

No voy a eludir mi responsabilidad. Sería mezquino y no lo voy a hacer. Hice todo lo que me dijo que hiciera y la ayudé a ocultar las huellas. La seguí ciegamente. Habría hecho cualquier cosa por ella. Ya lo he dicho antes. Me había lanzado una especie de hechizo indescriptible que me dejaba ciega. Pensé que conseguiríamos salirnos con la nuestra. Pensé que podríamos lograr que pareciera un accidente y que entonces seríamos libres. Bettý tendría su dinero. Y yo tendría a Bettý.

Antes de arrancar la moto para seguir a Tómas, Bettý me preguntó si alguien me había visto salir de la ciudad.

—No —dije—. He salido muy temprano. Era noche cerrada.

—¿Has parado en algún sitio por el camino?

—No, he venido directamente. No me ha visto nadie.

—¿Quedaste con alguien ayer por la noche?

—No.

—¿Llamaste a alguien o alguien te llamó a ti?

—No —respondí.

Asintió con la cabeza.

—Venga —dijo—. Vámonos.

No hallaron el cadáver. A pesar del despliegue de vehículos, dispositivos, perros y equipos de rescate especializados. El tiempo empeoró. No podían utilizarse los helicópteros. Los equipos de rescate tuvieron que permanecer en el campamento base durante dos días y, para cuando mejoraron las condiciones, el paisaje había cambiado radicalmente. Bettý y yo no les servíamos de gran ayuda, y ella había comenzado ya a interpretar su papel de viuda desolada. Le mostraron toda la compasión que una mujer como ella podía recibir. La gente hablaba en voz baja en su presencia, le llevaban chocolate caliente y le daban sus condolencias abrazándola uno por uno. Cuando se vio que, por el momento, la búsqueda no iba a dar ningún resultado, nos trasladaron en helicóptero desde el interior del país hasta Akureyri y,

una vez allí, nos llevaron a casa en coche desde el aeropuerto. Bettý se fue a su mansión. Yo me fui a mi casa adosada y al llegar me tumbé en la cama, extenuada.

Era de noche y la casa estaba a oscuras. Noche cerrada por todas partes.

No sé si me había quedado dormida o simplemente había dado una cabezada, pero de repente escuché el teléfono de la mesilla de noche. Era Bettý. Escuché que fumaba. Su voz era ronca.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No —dije—. Nada va bien. Nada. Acabarán descubriendo lo que ha pasado. Nos van a pillar. Nos van a meter en la cárcel. ¡Nada va bien, Bettý! ¡Nada!

—Lo sé —dijo con calma.

—No sabía que lo ibas a hacer así —dije—. No lo habíamos hablado. ¿En qué estabas pensando? ¡¿Por qué no me dijiste nada?!

—Era la ocasión —afirmó Bettý—. Creo que todo irá bien. Van a tardar en encontrarlo.

—¡Dios mío, Bettý! ¿Qué hemos hecho? —suspiré—. ¿Qué hemos hecho?

—Nada, Sara —dijo Bettý—. Recuérdalo. Nada. No hemos hecho nada. Ahora lo que más importa es que nos ajustemos a la historia. Tómas se fue con la moto y no volvió. Recuérdalo. Es lo más fácil. Tómas se fue con la moto y no volvió.

—Oh, Bettý...

—Lo sé, cariño.

La escuché aspirar el humo griego. Deseaba estar a su lado. Acurrucarme junto a ella. Estar con ella. Sentir su fuerza.

—¿Puedes venir? —pregunté.

Silencio al teléfono.

—¿Bettý?

—No —dijo—. Tenemos que actuar con cautela. Ahora mismo no podemos permitirnos chismorreos de nadie. Después, cariño, después estaremos juntas.

—Bettý —lloriqueé al teléfono.

—Todo saldrá bien, Sara. Tenemos que estar unidas y atenernos a la historia. Solo entonces saldrá bien. ¿Entendido?

Yo lloraba.

—¿Entendido? —repitió en tono brusco.

—Sí —dije—. Tenemos que estar unidas. Lo sé.

—Todo saldrá bien —dijo—. Confía en mí. ¿Lo harás? ¿Vas a confiar en mí?

—Sí —dije—. Es que... Confío en ti...

—No estaremos en contacto las próximas semanas.

—No.

—Tú trabajabas para Tómas y eras amiga de la familia.

—Sí.

—Yo era su buena y fiel mujer.

—Sí.

—Se armará mucho revuelo cuando den con él...

—Sí —dije—. Se armará mucho revuelo.

—Leó y tú ibais a venir juntos, pero al final Leó no pudo.

—Sí —dije.

—Por eso viniste sola —dijo Bettý.

—Sí.

Entonces reparé en lo que había oído. ¿Leó? ¿Había dicho Leó? ¿Por qué mencionaba a Leó?

—Yo no iba a ir con Leó —repuse—. ¿Qué quieres decir? ¿A qué viene que menciones a Leó?

—Puede que les parezca sospechoso que estuviéramos las dos solas con Tómas. ¿Entiendes? La gente podría imaginarse historias sucias... nosotras dos y él... Y eso no queremos que ocurra. Ya he hablado con Leó y...

—¿Que has hablado con Leó? ¡Pero si acabamos de llegar a Akureyri!

—... está dispuesto a hacerlo. Está dispuesto a decir que iba a ir contigo pero que al final no pudo. Es mejor así.

—¿Por qué Leó? ¿Sabe algo? ¿Le has dicho...? ¡¿Le has dicho algo?!

—No sabe nada —dijo Bettý—. Lo hace por Tozzi. Se lo he pedido. No se lo dirá a nadie. No quiere que se hable mal de Tómas. Corren

todo tipo de rumores y Leó está dispuesto a acallarlos.

—Pero ¿no ha querido saber por qué tiene que mentir? ¿No le ha parecido sospechoso? ¿Estás loca involucrando a otros en lo ocurrido? ¿Estás loca hablando con Leó? Ahora sospechará algo y...

—No ha preguntado nada —dijo Bettý—. No va a sospechar nada. Enseguida ha entendido lo que quería decir y estaba dispuesto a evitar que se manche el nombre de Tozzi.

—¿Leó?

—Es mejor así.

—¿Por qué no has hablado antes conmigo?

—No tenía tiempo.

—Pero...

—Confía en mí —dijo Bettý—. Confía en mí. Todo irá bien.

—Pero...

—Confía en mí.

No tenía elección. Confiaba en ella. Siempre había confiado en ella.

Entonces me explicó la nueva versión que no habíamos ensayado: que Leó iba a venir conmigo a la cabaña del amigo de Tómas, pero al final no había podido.

22

Un día mi abogado me anunció que había recibido una visita. Se había quejado de que no siempre lo llamaban para estar presente cuando me interrogaban y había montado un escándalo. Me explicó que, para compensarlo, le habían dado permiso para aquella única visita.

—No he solicitado ninguna visita —dije.

Me sonrió con su maletín desde la puerta de la celda, como si me estuviera haciendo un favor de incalculable valor.

—Vino ella a verme —dijo—. Pensé que sería bueno que os vierais.

—¿Quién? ¿Ella, quién?

—Tu madre —dijo.

—¿Mi madre?

—Sí. ¿De qué te sorprendes?

—¡¿Que mi madre quiere verme?!

—¿Quiere? —dijo—. Está aquí conmigo. Te espera fuera —añadió en tono triunfal.

—¿Aquí? ¿Mi madre está esperándome aquí?

—Venga, mujer —dijo mi abogado.

—No me llames mujer —le advertí. Lo hacía de vez en cuando y me sacaba de mis casillas.

—Está bien —dijo.

—No tengo ningún interés en verla.

No me habría quedado tan de piedra ni aunque me hubiera dicho que mi padre había resucitado. Mi madre y yo no nos llevábamos bien. Me evitaba. Mi querido hermano me había contado que mamá iba diciendo por ahí que ya no era su hija.

—Claro que quieres verla —dijo mi abogado, que no sabía nada de mi relación con ella—. ¡Es tu madre!

—No —dije—. Dile que se marche.

Se quedó sin habla.

—Fue ella la que vino a hablar conmigo —dijo finalmente—. Me he tomado bastantes molestias en organizar esta visita. No sé lo que hay entre vosotras, no lo sé, pero tu madre parece una mujer encantadora que está muy preocupada por su hija. Habla con ella. Te irá bien.

—¿Por qué quiere verme?

—Pregúntaselo tú misma —dijo mi abogado.

—No me soporta —dije.

—Habla con ella. Te sentará bien.

Estaba más delgada de lo que la recordaba. Había envejecido.

Llevaba tanto tiempo sin verla cara a cara que la imagen que guardaba de ella no se ajustaba con la realidad. Al verla delante de mí pude comprobar cuánto maltrata el tiempo a la gente. Incluso a una mujer tan guapa como mi madre. Todavía se teñía de rubio y usaba sombra de ojos. Con la edad le habían salido arrugas; tenía el rostro alargado y las manos viejas y venosas. Esbozó una sonrisa que quedó reducida a una simple mueca.

—Aquí la cachean a una —dijo.

Ni un saludo. No hizo intención de acercarse a mí o darme un abrazo. Ni dedicarme unas palabras de consuelo o simplemente de reprobación. Solo se quejó.

—No debe de ser agradable —dije—. ¿Por qué has venido?

—¿Es que no puedo visitar a mi hija sin tener que dar explicaciones?

—No lo has hecho hasta ahora.

Guardó silencio. Las dos guardamos silencio.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo —dijo.

—No.

Volvimos a permanecer calladas.

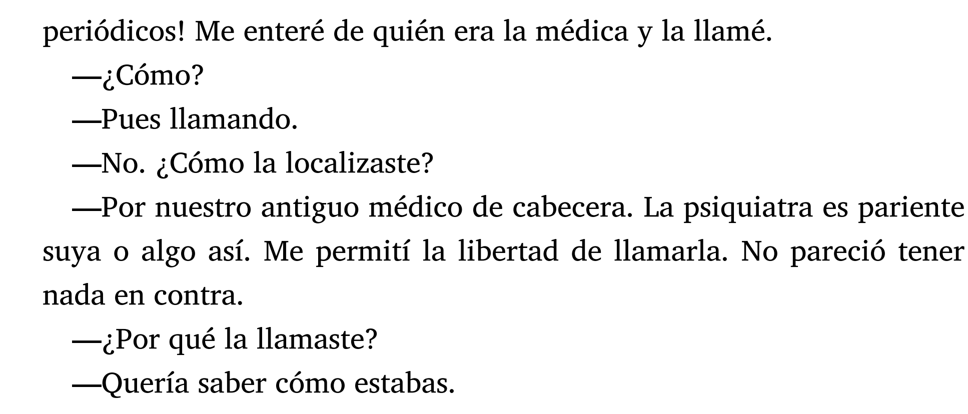
—He llamado a la médica —dijo finalmente.

—¿La médica?

—La que te ve aquí en la cárcel.

—¿La psiquiatra? ¿Has llamado a la psiquiatra?

—Un sol de mujer. Leí en los periódicos que te estaban haciendo un psicoanálisis, o algo así. ¡Qué no habré leído ya sobre ti en los



periódicos! Me enteré de quién era la médica y la llamé.

—¿Cómo?

—Pues llamando.

—No. ¿Cómo la localizaste?

—Por nuestro antiguo médico de cabecera. La psiquiatra es pariente suya o algo así. Me permití la libertad de llamarla. No pareció tener nada en contra.

—¿Por qué la llamaste?

—Quería saber cómo estabas.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Eres mi hija.

—Esa a la que no puedes ni ver. ¿Es que ya no te acuerdas? ¿Ya no te acuerdas de que soy una invertida? ¡¿Lesbiana?! ¡Una degenerada!

—No hay necesidad de hablar así —dijo—. No hace falta que te pongas así solo porque quiera hablar contigo.

La miré y estuve a punto de descargar toda mi cólera. Verter sobre ella toda la ira, la rabia, la angustia y el miedo que llevaba acumulados y soltarle cuatro cosas. Pero no dije nada. Ella tenía la mirada perdida en algún lugar detrás de mí, como si no se atreviera o no pudiera soportar mirarme a los ojos.

—Perdona —dije.

—¿Lo hiciste? —preguntó—. ¿Eso que dicen los periódicos?

—¿Has venido aquí para saberlo?

—No. No me creo lo que dicen los periódicos. No me creo que pudieras hacer algo así. No mi hija.

—¿Tu hija?

—Sí, mi hija.

—¿Tu hija la bollera?

Me miró.

—Nunca pude entenderlo —dijo.

—Nunca lo intentaste.

Estaba siendo más severa de lo que quería.

—Quizá no —dijo—. Quizá podamos arreglar un poco las cosas.

—¿Arreglar?

—Hablar las cosas. Tal vez podamos sentarnos y hablar de ello, de ti

y de nosotras. Sé que no he...

Vi que estaba pasando un mal rato.

—Debes de estar desconsolada —dijo—. ¿Quieres contarme lo que pasó? Sé que no eres capaz de hacerle nada malo a nadie.

—¿Estás segura? No sabes nada de mí. Llevas años evitando saber algo de mí. Te has avergonzado de mí durante mucho tiempo y seguramente ahora más que nunca.

—Aun así, he venido a verte —dijo—. Sé que no te he mostrado mucha comprensión...

—Mucha comprensión —repetí en tono irónico.

—... y que seguramente tengo toda la culpa de que no estemos en contacto, pero me gustaría cambiar eso. Me gustaría ayudarte.

—¿No crees que ahora es un poco tarde?

—Nunca es demasiado tarde —dijo.

—¿Qué te dijo la psiquiatra?

—Me dijo que nos iría bien vernos y hablar.

Titubeó.

—Que te vendría bien. Te sentirías bien.

—¿Y de pronto te entraron remordimientos de conciencia?

—Yo...

—¿Te dijo que podrías haberte portado mejor con tu pobre hija, a pesar de cómo era?

—Ella... He hablado también con tu hermano.

—No quiero saber nada de tu ayuda —dije levantándome—. Ni antes ni ahora. Nunca. ¿Te ha quedado claro? No te has preocupado por mí en todos estos años y ahora ya no pintas nada en mi vida. ¡Nada! Es demasiado tarde. ¿Entiendes? Demasiado tarde. ¡Para ti y para mí!

Di una patada a la puerta y esta se abrió inmediatamente. Guðlaug, la carcelera de los zuecos, estaba de guardia.

—Quiero volver a la celda —pedí.

—Puedes quedarte más tiempo —dijo mirando a mi madre.

—No me interesa —respondí mientras salía. Entonces me vino a la cabeza algo de lo que había dicho y, al llegar a la puerta, me giré y le grité—: ¡Y puedes decirle a mi hermano que se vaya a la mierda!

23

Hallaron el cadáver de Tómas cinco semanas más tarde. Habían caído fuertes lluvias en la zona. A pesar de que oficialmente la búsqueda se había dado por terminada, el equipo de rescate de Akureyri no había tirado la toalla y había acudido con sus perros al lugar de los hechos. Finalmente los esfuerzos dieron resultado. Descendieron por la grieta, sacaron el cadáver e izaron la moto atándola con cuerdas. Actuaron imprudentemente, pero los jóvenes del equipo de rescate pensaban que habían realizado toda una hazaña encontrando el cadáver. La policía estaba furiosa. En tales circunstancias debe llamarse a la policía judicial. Deberían haber informado inmediatamente del hallazgo del cadáver sin tocar ninguna posible prueba.

Cuando por fin se dio el aviso a la policía, el cadáver iba de camino a Akureyri en un helicóptero. La moto de nieve se encontraba al borde de la grieta y los hombres del equipo de rescate reconocieron haberla manipulado.

Yo apenas había sabido nada de Bettý durante todo ese tiempo. Intentaba llamarla, pero nunca cogía el teléfono. Habíamos quedado en no estar mucho en contacto después de lo sucedido. Sin embargo, me daba la impresión de que me evitaba deliberadamente. Tal vez mi paranoia se mezclara con el atroz sentimiento de culpabilidad que me asaltaba, me desgarraba y me corroía hasta el punto de querer ir yo misma a la policía para contarles lo que había ocurrido. Todo. Desde el instante en que había visto a Bettý por primera vez en la sala de cine de la universidad hasta el momento en que la había ayudado a borrar nuestras huellas al borde de la grieta.

Era incapaz de trabajar. Trastornada, volví a Reikiavik, al nuevo apartamento que me había comprado. Deseaba a Bettý. Deseaba hablar con ella, sentir su apoyo, escuchar su voz tranquilizadora, dejar que me dijera que todo iba a salir bien. Deseaba oírla decir que todo

llegaría pronto a su fin. Que todo quedaría enterrado en el olvido y que podríamos estar juntas, siempre. La necesitaba tanto que me hallaba al borde de la locura. Trataba de contactar con ella. Trataba de encontrar esas palabras de consuelo que sabía que tenía para mí, pero era como si se la hubiera tragado la tierra.

Ella era mucho más fuerte que yo. Estaba claro que no me necesitaba para superar aquella terrible tragedia. No tenía ninguna razón para llamarme. Ni una palabra. Nada.

Lo último que le había oído decir había sido: «Confía en mí».

Fui al despacho de la empresa en Reikiavik, pero no sirvió más que para hacer acto de presencia. En realidad, me era imposible trabajar. Después de una reunión en la que había estado completamente en las nubes, mis compañeros me dijeron que me fuera a casa a descansar: «Cógete vacaciones. Te quedan todavía algunos días».

Un día, antes de que hallaran el cadáver de Tómas, me llamaron del departamento judicial de la policía de Reikiavik para acudir a un interrogatorio. Dijeron que era rutinario. El caso se investigaba en calidad de desaparición. No les había dado tiempo a tomarme declaraciones en el norte y era el momento de hacerlo. El agente que me lo explicó por teléfono era muy simpático. Me preguntó si podía pasarme por su despacho a la mañana siguiente. Me entraron sudores fríos.

Bettý y yo habíamos ensayado juntas nuestra declaración y era consciente de que debía ajustarme a ella, pero, por otra parte, no tenía ni idea de qué sabían ellos ni qué podrían preguntarme. No tenían por qué saber nada, pero yo estaba convencida de que mi cara de falsedad lo diría todo. Nunca supe mentir de forma convincente. Hasta ahora. Me he vuelto toda una profesional.

Parecían haber hablado ya con Bettý. Uno de los agentes era Lárus, quien más tarde me interrogaría a menudo. Al otro no lo he vuelto a ver desde entonces. Creo que Lárus lo había llamado Sigurður. Cuando llegué creo que estaban hablando sobre un tal Erlendur y el hallazgo de un esqueleto en el lago Kleifarvatn.

Me preguntaron sobre mi relación con Leó. Recordé las palabras de Bettý y las repetí. La única relación que guardábamos era que los dos

trabajábamos para Tómas y nos habíamos hecho amigos de él y de Bettý a causa del trabajo. Tómas y Leó eran grandes amigos. Bettý y yo éramos buenas amigas. Teníamos pensado hacer una excursión los cuatro, pero en el último momento Leó no había podido venir. Los agentes asintieron.

—¿Y tenía intención de probar la moto? ¿O sea, Tómas?

—Era nueva, que yo sepa.

—Sí, era nueva —dijo Lárus.

—¿No había nadie más?

—No, nadie.

—Solo vosotras dos y él. ¿Solíais ir los tres solos?

—No. Leó no pudo venir.

—Es verdad, ya nos lo ha dicho Bettý.

Le agradecí mentalmente que se le hubiera ocurrido lo de Leó. Estaba en todo.

—Fue Tómas el que organizó la excursión —aclaré. Los agentes asintieron.

Me preguntaron por una serie de detalles y creo que supe estar a la altura de las circunstancias. Fingí estar afligida, hablaba en voz baja y los miraba con cara de estar apenada y abatida, aunque sobre todo lo hacía para disimular mis nervios y contener el miedo.

Yo pensaba que Bettý estaba en Akureyri desempeñando su papel de viuda desconsolada, pero me enteré de que estaba en Reikiavik y traté desesperadamente de dar con ella. Seguía sin cogerme el teléfono. Pasé con el coche por delante de su casa de Þingholt, pero no vi ninguna luz encendida ni ninguna presencia. Esperé en el coche, pero no la vi aparecer.

Me sentía ridícula. Como si hubiera perdido el poco juicio que me quedaba. Hasta llevaba gafas de sol. Pasé con el coche por el hotel Saga y me puse a espiar para ver si la encontraba. No sé qué idea tenía en la cabeza. No sabía qué pensaba hacer si la veía. ¿Iba a bajarme de un salto y salir corriendo hacia ella? ¿La iba a llamar?

No había ni rastro de ella. No sabía de otros sitios en Reikiavik en los que pudiera estar. Siempre estaba en el hotel o en Þingholt o en mi casa. Le había dado una llave de mi apartamento y a veces venía para

darme una sorpresa.

No sabía qué hacer. Me consumía la incertidumbre. ¿Y si entraba en el hotel y preguntaba por ella? ¿Levantaría sospechas? ¿Podría ir luego en mi contra? ¿Por qué la gente no nos podía ver juntas? Antes de lo ocurrido éramos amigas. La gente nos veía juntas. Entonces, ¿por qué no podíamos seguir haciendo lo mismo? ¿No sería igual de sospechoso que nos dejáramos de ver radicalmente, que de repente perdiéramos el contacto? Me moría por hacerle a Bettý todas esas preguntas y escuchar de su boca que todo iba a salir bien.

Me sentía muy sola. Me sentía terriblemente sola.

Sentada en el coche frente al hotel Saga, me rompí la cabeza sin llegar a ninguna conclusión. Traté de encontrar una excusa para entrar en recepción y preguntar por Bettý. Ya lo había hecho otras veces y con una sonrisa en los labios. Pero en ese momento podría ser peligroso. ¿O no? ¿Qué tenía de peligroso? Éramos amigas. Podíamos vernos. Podía preguntar por ella en el hotel. ¿Por qué no podíamos haber quedado ahí?

Salí del coche. Gracias a Dios me acordé de quitarme las gafas de sol antes de llegar a recepción. Mi corazón dio un respingo al ver que detrás del mostrador había una mujer que no había visto antes. No me reconocería. Todo iba bien. Pero en cuanto llegué al mostrador, sonó el teléfono y lo cogió. De una sala detrás de ella apareció mi amiga, la rubia sonriente de pechos grandes que siempre parecía seguirme con la mirada cuando me dirigía a la suite, como si fuera de camino a participar en una orgía.

Era demasiado tarde para dar media vuelta. Me había visto.

—Bettý no está —voceó desde la entrada.

Qué tonta puedo llegar a ser. Me enfadé con ella. Ni que no pudiera tener otra cosa que hacer en su hotel que quedar con Bettý. ¿Qué más le daba lo que pudiera estar haciendo allí? ¡¿Qué coño hacía entrometiéndose en mi vida privada?! Ni que fuéramos amigas. Alguna vez había hablado con ella del tiempo al llegar al hotel, por educación. Estaba a punto de decirle que tenía una reunión con un hombre en el bar del hotel, cuando de repente se puso a hablar de Tómas.

—¿No te parece horrible lo de Tómas? —exclamó—. ¡Qué tragedia! La gente debería ir con cuidado al hacer esas cosas. Se cometen muchas insensateces en ese tipo de viajes.

No llegué a entender si sabía que yo iba con ellos en aquel fatídico viaje. Pero no me dio tiempo a reflexionar.

—Bettý estuvo aquí hace tres días, solo una noche —me explicó sin haberle preguntado nada.

—Ah —dije.

—Sí, estaba destrozada, la pobre. Casi ni me saludó.

«Hombre, claro —pensé para mí—. En eso estaba ella pensando, en saludarte, imbécil».

Sonreí.

—Me alegro de verte —dije adentrándome más en el hotel. Podía salir por el ala este—. Tengo una reunión aquí...

—Necesita mucho apoyo —dijo la recepcionista—. Tiene que ser horrible que te ocurra algo así.

—Sí —dije—. Tiene que serlo.

—Por eso está bien tener buenos amigos —señaló.

—Sí.

—Él sí ha venido alguna vez al hotel —dijo—. El que iba con ella. El que la vino a buscar.

—Hasta luego... —dije marchándome en dirección al restaurante.

Sabía que me estaba siguiendo con la mirada y procuré no parecer estar tensa. Su voz resonaba en mi cabeza. El que la vino a buscar. Uno que ha venido alguna vez al hotel.

Me detuve.

Al haber entendido por fin que no me apetecía hablar con ella, la recepcionista se había inclinado sobre la pantalla de su ordenador sin ser consciente de lo que había dicho, del alcance de sus palabras. Se extrañó cuando alzó la mirada y me vio al otro lado del mostrador. Sonreí.

—¿Este hombre era...? —dije fingiendo que algo no me venía a la cabeza. Esperaba que ella terminara la frase. Pero no me salió bien la jugada.

—¿Quién? —preguntó.

—El que iba con Bettý —dije—. ¿Era quizá un tal Helgi? ¿Lo conoces?

—No —dijo.

Quizá estaba molesta por lo seca que había sido antes con ella. Vi que no iba a servirme de gran ayuda y yo no podía llamar todavía más la atención.

—Vale —dije—. Muchas gracias.

Se relajó la expresión de su rostro.

—Nunca me acuerdo de cómo se llama —dijo—. Un tipo muy desagradable. Venía a verla a menudo. Cuando Tómas no estaba aquí.

—¿Venía a ver a Bettý?

—Sí. Un tío insoportable. Una vez la emprendió con un camarero del hotel por una tontería. Le echó una bronca monumental y a punto estuvo de pegarle. Un pirado.

Debía ir con cuidado. No podía mostrar un interés excesivo.

—Sí —dije como si hubiera caído de repente—. Sería este hombre… ¿cómo se llama…?

—Sí —dijo—, ahora caigo. Se llama Leó. Ahora me acuerdo. Leó. Se suele alojar aquí cuando está en Reikiavik. En el hotel no lo traga nadie.

24

Clic-clac... clic-clac... clic-clac...

Tumbada en la oscuridad, pierdo la cuenta de los pasos conforme se van alejando. Los pensamientos se arremolinan en mi cabeza. Vienen y van sin que pueda controlarlos. Me bombardean por todos lados y me gustaría reprimir los más persistentes para no tener que hacerles frente nunca más. Intento borrar de mi mente todas las ideas que me están torturando últimamente y pensar en algo distinto, pero es difícil. Irrumpen en mi cabeza hasta cuando trato de sentarme con papá y el sol que entra por la ventana ilumina las flores que le estoy llevando. Me mira desde su cama, agarrotado por el dolor.

Observo sus manos, que una vez fueron fuertes y bonitas. Siempre me acuerdo de cómo se las lavaba, prolongada y cuidadosamente, como un cirujano.

Ya no puede ni hablar. La respiración es breve. Sé que no está contento de tener que marcharse y eso es lo peor de todo. Se lo veo en los ojos. En esa mirada que me dice en silencio que la muerte es injusta.

La muerte de Tozzi no fue menos injusta. Lo sé. Nadie merece morir como Tozzi. De un modo tan grotesco. Sin haber sospechado nada. De repente. Asesinado. Da igual qué clase de persona sea uno. Nadie debería morir como Tozzi. He tenido tiempo para pensar en ello. He tenido tiempo para arrepentirme y lo hago con sinceridad. Me arrepiento sinceramente de lo que hice. Sé que no vale de nada decirlo a toro pasado, pero lo digo de verdad. Me arrepiento sinceramente. A pesar de lo que me hizo. Ahora sé que aquel suceso solo era una parte más de aquel intrincado crimen.

He destruido todos los recuerdos que guardaba de los últimos días de papá. Cada vez que pienso en él, se interpone la imagen de Tozzi. Al menos papá tuvo tiempo para despedirse y dejar sus asuntos

cerrados antes de esperar largas y tormentosas noches hasta que la muerte lo viniera a buscar. Cerró cuentas con su vida y, aunque le disgustaba tener que rendirse ante la muerte, al menos tenía a su enemigo bien identificado. Tozzi, en cambio, no sabía quién era. Bettý y yo representábamos para él la muerte y lo habíamos enviado a las tinieblas mientras gemía. ¿Habrían cambiado las cosas si todo hubiera terminado de otra manera? ¿Me habría arrepentido igual? ¿Acaso habré dejado de conocerme a mí misma? ¿Es que me he conocido alguna vez?

Visualizo la escena como una pesadilla de color blanco.

Trato de quitármela de la cabeza, pero no puedo. No puedo. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Cómo pudieron salir así las cosas?

Nos miraba desde el fondo de la grieta, indefenso. Lo habíamos arrastrado inconsciente hasta el borde. Bettý lo había llevado en la parte trasera de su moto. Yo la había seguido en la otra moto. La zona de grietas no estaba lejos. Bettý conocía bien el terreno. No sé cómo. Quizá había estado más veces con Tozzi en verano. Lo único que sé es que estaba muy bien preparada.

Pensábamos que estaba muerto cuando lo arrojamos por la grieta. Su cabeza se estrelló contra las rocas, se escuchó un espantoso ruido sordo y quedó de espaldas. A continuación se produjo un inquietante silencio. Pero, de repente, lo escuchamos gemir. Intercambiamos una mirada. Nos asomamos al borde y vimos que nos estaba mirando. Nunca podré olvidar su expresión de dolor, su incomprensión, el miedo. Era la misma cara de dolor de mi padre cuando yacía moribundo. Parecía querer llamarnos. Luego cerró los ojos.

—Igual lo podemos salvar —le dije a Bettý.

—No seas tonta —dijo—. Está muerto.

—No sabía que te ibas a lanzar sobre él. ¿Qué cable se te ha cruzado?

—¿A qué crees que habíamos venido aquí arriba? —dijo siseando—. ¡¿A jugar a las cartas?! No evites tu responsabilidad. Estamos juntas en esto. Estamos juntas —repitió—. Cuanto antes te des cuenta, mejor. ¿Entiendes?

Me miró fijamente.

—Ese es el hombre que te ha violado —dijo—. El hombre que me ha pegado todos estos años. El hombre que se interponía entre nosotras. Ahora nos hemos deshecho de él. Somos libres.

—Está bien —dije—. Está bien, Bettý.

Evito pensar demasiado en el momento en que ella me besó en la boca al borde de la grieta mientras me abrazaba y me decía que aquello era lo que las dos queríamos y deseábamos que ocurriera. No sé cuánto tiempo pasamos allí, con el cadáver de Tozzi bajo nuestros pies. A decir verdad, no tengo conciencia del paso del tiempo hasta que llegamos a la granja y mentimos diciendo que Tozzi había desaparecido. Bettý tomaba todas las decisiones. Era como si supiera a la perfección lo que estaba haciendo. Como si lo tuviera todo calculado al milímetro. Hasta las condiciones meteorológicas jugaban a su favor.

Cuando recuerdo lo sucedido, veo a Bettý arrodillada junto a Tómas tras haberle dado el primer martillazo. Entonces lo golpeó con fuerza en la cabeza dos veces más. Quería asegurarse. Cuando regresamos a la cabaña, quemó en la chimenea su mono térmico, impregnado de sangre, y dejó que la tormenta se llevara las cenizas.

¿Qué ganamos arrepintiéndonos? A mí no me sirve de nada. Me arrepiento y le pido a Dios que me perdone, pero no me siento mejor. Un día vino a verme un pastor. Lo había solicitado. Hablé con él sobre la muerte y sobre papá. Me dijo que rezara. Recé. Seguía sufriendo. Mi alma no está tranquila. Quizá cambie todo si digo la verdad. Si digo qué ocurrió en realidad. Contárselo a Dóra. Confesarlo todo. Quizá así me sienta mejor.

¿Pero qué tengo que confesar?

¿Qué es lo que tengo que confesar? ¿Tengo que confesar que amo a Bettý? Porque ese es el único crimen que he cometido en toda esta historia.

Ojalá supiera lo que debo confesar. Creo que me ayudaría mucho saberlo.

Sé que Bettý me estuvo evitando durante las semanas que pasaron hasta que encontraron a Tómas. En todo ese tiempo solo logré

contactar con ella por teléfono una vez. Le pregunté acerca de Leó.

—¿Dónde estás, Bettý? —fue lo primero que le dije. La había llamado a uno de sus números de teléfono móvil. La había llamado una y otra vez, pero sin resultado. Por algún motivo, esa vez lo cogió de repente.

—No deberíamos estar hablando —dijo. Había estado fumando. Se lo notaba en la voz. También había bebido.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Por qué me esquivas?

—¿Es que te hace falta preguntarlo? —dijo—. Me pondré en contacto contigo en cuanto pueda. Cuando vaya bien. ¿Entiendes? Tienes que ser consciente de lo que has hecho. Tienes que ser consciente de que debes ser precavida.

—¿Qué hacías con Leó en el hotel? —pregunté.

—¿Leó? ¿En el hotel?

—¿Qué ocurre con Leó? —pregunté—. ¿Qué pinta él de repente en todo esto?

—¿De qué hotel me hablas?

—No me mientas, Bettý —dije bajando la voz—. Sé que estabais juntos en el hotel Saga.

—¿En el Saga? —dijo pensativa—. No estábamos juntos en el hotel Saga, solo me vino a buscar el otro día. Tenía una reunión sobre Tozzi y la empresa. No me vengas ahora con paranoias. Por el amor de Dios, déjate de tonterías.

—¿Solo fue a buscarte?

—¡Pues claro! Déjalo ya.

Nos callamos.

—¿Les has dicho algo de Leó? —me preguntó—. ¿A la policía?

—Sí —respondí—. Les dije que iba a ir conmigo a la cabaña donde estabais tú y Tozzi. Ya lo sabían. Tú también se lo habías dicho.

—¿Y?

—Y me parece que me creyeron. ¿No podríamos vernos? Aunque solo sea una vez.

Se lo supliqué. Nada deseaba más que verla y estar con ella.

—Imposible, cariño —dijo en tono dulce—. Cuando haya pasado todo… Tienes que ser fuerte. Sé fuerte como yo y todo irá bien.

Me calmé. Aun así, había algo que no me dejaba del todo tranquila. Algo que había dicho y que no había llegado a entender.

—Cariño, me tengo que ir —dijo.

—¿Qué has querido decir con eso de que tengo que ser consciente de lo que he hecho? —dije—. ¿Qué significa eso?

—¿El qué?

—Has dicho que tenía que ser consciente de lo que había hecho. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué lo has dicho así? Como si lo hubiera hecho yo.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—¡Ahora mismo! Has dicho: «Tienes que ser consciente de lo que has hecho». ¿Qué insinúas con eso?

—Tranquilízate, Sara, no sé de qué me estás hablando. Y no podemos seguir hablando así por teléfono.

—Como si yo estuviera sola en esto, ¿es eso lo que quieres decir? ¡Que lo hice yo sola! ¡¿Es eso lo que estás insinuando?!

Colgó el teléfono. Le grité. ¡Bettý! ¡Bettý! ¡Bettý! Pero ya no estaba.

Poco después de aquella conversación, comencé a recabar información. Entendía que Bettý quisiera evitar el contacto durante un tiempo ya que era demasiado arriesgado, pero no me tranquilizaba saber que había estado con Leó en el hotel Saga. En el lugar de nuestros encuentros. Según Bettý, solo la había ido a buscar y yo me había conformado con su explicación. Podía ser verdad, pero dos días después había dejado de valerme.

Un día me encontré por casualidad con un antiguo jefe de personal de Tozzi. Nunca nos habían presentado, pero él me conocía por algún motivo. Pensé que me habría visto alguna vez en alguna fiesta de Tozzi.

Fue en la Casa Nórdica. Había salido a dar una vuelta y sin darme cuenta había llegado hasta el campus universitario y la Facultad de Derecho donde había estudiado hacía siglos, o esa era la impresión que me daba. Tras dar un paseo por Vatnsmýri, me senté en la cafetería de la Casa Nórdica y, sin haberlo percibido, se acercó hasta mí aquel hombre, el jefe de personal. Tenía unos cincuenta años, un

aspecto corpulento, y se presentó como Óskar. Le di la mano.

Ya no era trabajador de la empresa, dijo que lo había dejado justo cuando yo comenzaba a trabajar para Tómas, pero se acordaba de haberme visto en un cóctel, tal y como me había imaginado. Se había convertido en docente en la Facultad de Empresariales, si mal no recuerdo.

—Tuvo que ser horrible lo que pasó allá arriba —dijo claramente a sabiendas de que yo también estaba allí cuando murió Tómas. No le pregunté cómo se había enterado. En las noticias solo se hablaba de unos «invitados» de Tozzi, pero no mencionaban a nadie. Los cotilleos se encargaron de completar las lagunas, sorprendentemente bien en la mayoría de los casos.

—¿Sabías que yo estaba allí con él? —le pregunté.

—Uno oye tantas historias —dijo—. Tengo entendido que estabais tú y Bettý, su mujer. Sois muy buenas amigas, ¿no?

—Preferiría no hablar del tema —dije y añadí que estaba esperando a alguien. Fingí mirar el reloj para dar a entender que quería estar sola. Me pregunté si su afirmación de que Bettý y yo éramos muy buenas amigas habría ido con segundas. No sé si me ruboricé. Miré por la ventana de la cafetería y contemplé el estanque que había junto al edificio.

—No, claro —dijo sin hacer la menor intención de irse—. Qué horror marcharse así. Y que no te encuentren.

—Lo encontrarán —aseguré.

Estaba a punto de echarme a llorar. Fuera no soplaba el viento y la superficie del estanque era lisa como un plato.

—Bueno —dijo pareciendo haberse percatado por fin de que quería que me dejaran sola—. No quería molestarte. Me alegro de verte. ¿Crees que seguirás en la empresa?

—Supongo que sí —respondí.

—Seguro que a Bettý le gustaría. Luchó mucho para que te contrataran.

Asentí con la cabeza, contenta de que por fin se marchara. Dio media vuelta y salió de la cafetería. Lo seguí con la mirada y vi que se detenía junto a unos objetos de arte que había en el vestíbulo del

edificio. Había una exposición sobre antiguos utensilios que empleaban los cazadores de focas en Groenlandia.

Sonreí para mis adentros. La gente siempre cree saberlo todo cuando, en realidad, no tiene ni idea. Bettý no había luchado para que me contrataran. Había sido el mismo Tómas Ottósson Zöega quien había querido que trabajara para él por mi formación como abogada especializada en asuntos europeos y había enviado a Bettý para hablar conmigo. Los rumores habían tergiversado la historia.

Los rumores...

Eché un vistazo al vestíbulo, me levanté y me dirigí hacia él. Estaba ensimismado mirando unas vitrinas que contenían antiguos aperos de hierro y se sorprendió al verme de repente a su lado.

—Fue Tómas —expliqué—. El que quiso que trabajara en la empresa. No Bettý. Lo habrías entendido mal. Solo quería... Se dicen tantas cosas y hay tantos malentendidos... Solo quería aclararlo.

—Por supuesto —dijo—. Igual es que no lo recuerdo bien, no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene —dije quedándome ahí parada, incómoda, sin saber si debía añadir algo más o simplemente desaparecer.

—Era solo por lo que... —dudó.

—¿Qué?

—Era solo por lo que Tómas me había dicho en su día cuando me contó que te unías a la empresa.

—¿Qué te dijo?

—No quiero que te ofendas —advirtió—. De hecho, se equivocó. Sé que has sido de gran ayuda en la colaboración con los alemanes, por ejemplo.

—No sé a qué te refieres —dije—. ¿Qué te dijo Tómas?

Caminó hasta la siguiente vitrina, miró en su interior y estudió los distintos modelos de antiguos cuchillos groenlandeses para despellejar focas.

—Me dijo que no sabía qué hacer contigo y que ponía en duda que fueras a poder ayudar en algo.

—¿Cómo?

—Dudaba de que fueras a poder ayudar en algo.

—¿Eso te dijo?

—Te repito que estaba equivocado. Le dije que no se sabía nunca lo que podía pasar si te contrataba. Pero la verdad es que no estaba muy contento con tener que hacerlo. Le costaba ver el motivo.

—Pero, entonces… ¿por qué me contrató?

Hice la pregunta sin reflexionar, desconcertada por las palabras del antiguo jefe de personal. Pero yo misma di con la respuesta antes de que él abriera la boca.

—Tengo entendido que se vio forzado —dijo el hombre.

Me quedé con la mirada clavada en el cuchillo de despellejar mientras un sinfín de pensamientos se acumulaban en mi cabeza. Pero todos se detenían en Bettý, en el momento en que entró en la sala de cine y la vi por primera vez.

—Por lo que tengo entendido, su mujer le había dicho que serías un buen miembro del equipo por tu especialización en el Espacio Económico Europeo. Y…

Titubeó.

—¿Y qué? —dije con la mirada todavía clavada en el cuchillo.

—Y él cedió.

25

Al pensar en ello me di cuenta de que lo único que sabía de Bettý era que la amaba casi más que a mi propia vida. Probablemente no sea sano amar a alguien como yo amaba a Bettý. En mi caso, terminó en catástrofe.

Bettý casi nunca hablaba de su pasado. Era como si no existiera. Sin embargo, de mí extraía todo lo que podía; le contaba cosas que nunca le había contado a nadie sobre mi madre y mi hermano, o sobre mi padre y su agonía. Cada vez que quería cambiar las tornas y hacer que me contara cosas suyas, ella zanjaba la conversación diciendo que no tenía nada que contar.

Aun así, alguna vez que otra recordaba cosas de su infancia o de su adolescencia. Pero apenas lo hacía. Daba la impresión de que solo guardara malos recuerdos, algo que no era de extrañar teniendo en cuenta el entorno en que se había criado: la vida en el barrio de Breiðholt, una madre borracha y un padrastro que abusaba de ella.

Un día me habló de la primera chica con la que había estado. Se llamaba Sylvía. Lo único que sabía de ella era que se habían conocido en el edificio donde vivían, compartían rellano. Bettý decía que habían practicado algunos juegos sexuales, normalmente en el cuarto de las lavadoras, en el sótano del inmueble. Sylvía tenía dos años más que ella. Estuvieron juntas medio año, hasta que Sylvía se mudó. Esa era la versión de Bettý.

Cuando traté de localizar a Sylvía, ni siquiera sabía si realmente se llamaba así. Comencé buscando en la guía telefónica y encontré varias mujeres registradas con ese nombre. Llamé a una conocida mía de la asociación LGTB y le pedí que consultara si en sus listas había alguna Sylvía. Encontró una. Aparecía en la guía. La llamé por teléfono. Nunca había oído hablar de Bettý.

Llamé de nuevo a mi conocida y le pregunté si sabía de alguna

Sylvía que no fuera miembro de la asociación. Dijo que buscaría y que me llamaría. Dos días después recibí noticias suyas. Se había tomado bastantes molestias, había hablado con varias personas hasta que oyó hablar de una mujer llamada así que, al parecer, vivía en el barrio de Árbær. Volví a consultar el listín telefónico. Había una Sylvía que vivía en Árbær. Llamé. Respondió. Le costó un rato entender el motivo de mi llamada. Creo que iba un poco borracha. De repente pareció saber de quién le estaba hablando. Se acordaba bien de Bettý.

Le dije que era miembro de la redacción de una revista que pensaba publicarse con motivo del aniversario del instituto donde Bettý y ella habían estudiado. Querían un número espectacular, así que los de la redacción estaban reuniendo anécdotas que hubieran tenido lugar en las aulas y fotos de antiguos alumnos. Sylvía no parecía mostrar ningún interés, dijo que no tenía nada que contar. Pero, cuando poco a poco conseguí centrar la conversación en su vieja amiga Bettý, picó el anzuelo.

Sylvía vivía sola en un pequeño apartamento oscuro. La ventana del salón daba a un jardín trasero donde se veía un columpio solitario en un gran cajón de arena que nadie empleaba. Sylvía estaba nerviosa, fumaba como una carretera y parecía diez años mayor de lo que era. Cuando me invitó a su casa me pidió que pasara por la licorería para comprarle dos botellas de vodka. Las recibió con entusiasmo cuando se las di, pero en ningún momento hablamos del pago. Creo que sus perspectivas de conseguir vodka habían sido la verdadera razón por la que me había invitado a ir. Se sirvió inmediatamente una copa de vodka solo; me invitó con la mirada, pero rechacé la oferta con la cabeza. Se bebió la copa de un trago, se sirvió otra y nos sentamos. Se tranquilizó un poco. Dijo que trabajaba como enfermera a domicilio. Después de una larga charla sobre el instituto y los viejos tiempos, encaucé la conversación hacia Bettý, primero con cautela, pero luego sin rodeos.

—¿Conoces a Bettý? —preguntó.

—Muy poco —dije brevemente—. La llamé por lo del proyecto y ella me dio tus datos.

Sylvía asintió y bebió un sorbo de su copa.

—No la he visto en años —comentó—. Igual… habrán pasado quince o así. Se mudó al norte, ¿no?

—Sí —dije—. ¿Cómo era Bettý cuando la conociste?

No quería que me sonsacara ninguna información, pero tampoco quería mostrarme excesivamente interesada.

—Era fantástica —dijo Sylvía—. La chica más lista que he conocido en mi vida. No se achantaba ante nadie. Les enseñaba los dientes a los chicos. Sabía defenderse sola.

Le pregunté si tenía alguna foto de Bettý de cuando eran adolescentes.

—Nooo —dijo Sylvía pensativa—, creo que no. No tengo fotos de aquellos años. En mi casa no se hacían fotos y me da que en la suya tampoco. Su padre…

—¿No era padrastro? —pregunté.

—Sí, el cerdo ese. Se escuchaban los gritos de la madre de Bettý a kilómetros de distancia.

—¿Bettý tenía hermanos?

—Nooo. O sí, pero no de sangre. Tenía dos hermanastros. Problemáticos. Eran mayores y Bettý no tenía ningún tipo de relación con ellos. Creo que uno estuvo en la cárcel de Litla Hraun.

Sylvía se levantó y se sirvió otra copa. No sentía ninguna necesidad de explicarme por qué bebía vodka a palo seco a mediodía. Probablemente hacía tiempo que no se andaba con ese tipo de reparos.

—Siempre había soñado con hacerse rica —dijo sentándose de nuevo—. Cuando la conocí, Bettý solo tenía esa meta en la vida: hacerse rica. Quería que de mayor le saliera el dinero por las orejas. Quería tenerlo todo y vivir como una reina. Hablaba a menudo de lo que haría cuando fuera millonaria. Quería vivir en alguna isla de un país soleado y no volver jamás a este país de mierda.

Sylvía sonrió.

—Eso lo soñamos todos, creo —añadió antes de beber otro sorbo de su copa—. «País de mierda», lo llamaba. No soportaba el frío y las miserias del invierno. Era una chica inteligente. De verdad. Pero aun así había… algo…

—¿Qué?

—No sé cómo se dice… ¿Bipolaridad, quizá? A veces no tenía ningún sentido de la moral. Pensaba poco en cualquier cosa que no fuera ella misma. Provocaba enfrentamientos en nuestro inmueble y en el instituto, y acosaba tanto a los otros chicos que algunos no se atrevían ni a cruzar la puerta de sus casas. Pero luego era muy simpática y divertida, y de alguna manera…

Sylvía comenzaba a experimentar los efectos del alcohol y había bajado el tono de voz. Dejó la frase colgando y se quedó absorta con la copa vacía en la mano, como inmersa en unos recuerdos que tenía olvidados y enterrados.

—Quizá sepas cómo era, ¿no? Puede que todavía lo sea.

—¿Cómo era?

—Iba con chicas. ¿Todavía lo hace?

—No la conozco…

—Estaba bien así. Tenía todo el derecho del mundo.

Sylvía se levantó, fue a buscar la botella de vodka y la dejó en la mesa frente a ella. Estaba medio vacía.

—Bettý también iba con chicos. Iba con chicas y chicos. Era muy precoz…

Sylvía me miró.

—Igual no debería hablar así de ella. ¿Se me está escapando algún secreto?

—No me lo parece —dije con cautela, por decir algo.

—Me enteré de que había abortado.

—¿Abortado?

—Una amiga de mi hermana trabaja para un médico…

—Había oído que no podía tener hijos —interrumpí.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues yo había oído otra cosa —dijo Sylvía, empeñada—. Pensarás que estoy mintiendo. Pensarás que es mentira todo lo que estoy diciendo.

—No —dije—, para nada, es solo que, yo… Son noticias nuevas para mí, pensé que…

Sylvía apuró su copa.

—¿Sabes cuándo fue? —pregunté.

—Hará unos tres años o así.

—¿Sabes lo de Tómas, su pareja? —dije.

—Sí, lo he visto en las noticias.

Estaba desconcertada. Recordaba perfectamente que Bettý me había hablado de las dificultades que tenían Tómas y ella. Me había contado que había tenido un aborto natural y que la fecundación artificial les daba problemas. ¿Es que sus mentiras podían alcanzar esos límites?

—Doy por hecho que no irás a decir nada de esto en la revista, ¿no? —dijo Sylvía—. Que no dirás nada de lo del aborto ni de que antes había ido con chicas o que nunca más contactó con nadie, nunca.

Sylvía se sirvió una copa más y se levantó con ella en la mano.

—¿Alguna vez dijo…? No, eso sería muy raro…

—¿Qué? ¿Qué dijo?

Sylvía se acercó a la ventana del salón y miró el columpio y la caja de arena del jardín trasero.

—Nunca hay niños jugando en ese jardín —comentó—. Nunca veo niños aquí.

—No, es…

—¿Te ha hablado de mí? —me interrumpió pensando que yo venía de ver a Bettý.

Tardé un momento en entender lo que quería decir.

—¿Te ha hablado de mí? —repitió.

—Te manda saludos —le dije. Me menosprecié por haberle mentido.

26

Guðlaug me sacó de la celda clic-claqueando y me condujo por el pasillo de la prisión hasta la sala de interrogatorios. Me daban ganas de decirle que dejara sus zuecos de madera y se comprara unas sandalias de suela blanda, pero en las películas se aprende que conviene no hacer enfadar a los carceleros.

Esa vez me esperaban Dóra y Lárus. Había alguien detrás del espejo. Lo sabía porque se les veía muy amables, sobre todo a Lárus, que de lo contrario no lo era en absoluto, e iban bien vestidos. Es más, hasta parecía que Dóra tenía mejor aspecto. Miré al espejo y, como siempre, no encontré más que mi propia imagen en aquella sala espantosa. Me pregunté si en aquella ocasión no sería el mismísimo jefe de la policía nacional quien se escondía detrás.

Lárus encendió la grabadora. Leyó en voz alta el número del caso, la fecha y la hora. Acababan de dar las diez. De la mañana, supuse. Ya me daba igual.

—Hemos hablado de la supuesta violación de Tómas, Sara —dijo Lárus con visibles dificultades para proceder de modo formal—. Niegas que se tratara de una violación.

—¿Es una pregunta? —dije.

—¿Tómas te violó? —preguntó Lárus.

—No —dije—. No lo hizo.

—En el caso de que sí lo hubiera hecho, ¿dirías que habría sido una razón suficiente para matar a Tómas?

—¿En el caso...?

—No te salgas por la tangente —dijo Dóra—. Tenemos bastante que hacer.

—Sí —dije—. Me parece que habría que matar a todos los violadores, pero no hubo ninguna violación.

—Contamos con el testimonio de tu amiga —dijo Dóra.

—Miente —dije—. ¿Es que no lo entendéis? ¡¿Es que no vais a entender nunca que es mentira todo lo que dice?!

—Cálmate —dijo Lárus.

—Cálmate tú —espeté—. Bettý se hizo practicar un aborto. ¿Os lo ha contado? ¿Le habéis preguntado al respecto? ¿Le habéis preguntado por qué abortó?

—¿Eso qué tiene que ver con el caso? —preguntó Dóra.

—¿Que qué tiene que ver con el caso? —dije—. Vosotros sois los policías. Averiguadlo. Averiguad por qué le decía a Tómas que no podían tener hijos. Preguntadle si no es verdad que Tómas deseaba tener uno y por qué no habían podido. Y luego le preguntáis por qué tuvo que abortar.

—No nos consta nada sobre ningún aborto —dijo Lárus.

—¡¿Ah, no?! ¡¿Es que os hace falta una noticia de cinco columnas en los putos periódicos para facilitaros el trabajo?!

Intercambiaron una mirada.

—¿Pero qué clase de policías sois? No he visto cosa igual. Si no os lo dan todo masticado, no os enteráis de nada.

Lárus lanzó una mirada fugaz hacia el espejo.

—Bettý abortó —dije calmándome ligeramente—. Me dijo que Tómas y ella no podían tener hijos. Pero aun así sé que abortó. Solo hay dos posibles explicaciones. Puede que se hubiera quedado embarazada de Tómas, pero por algún motivo abortara y luego le mintiera para hacerle pensar que no podían tener hijos.

—No veo adónde quieres ir a parar con todo esto —dijo Lárus—. ¿Qué relevancia tienen para el caso sus problemas para tener hijos?

—Le mintió a Tómas. Podían tener hijos, pero Bettý no quería. Por alguna razón se encargó de que no tuvieran hijos y simular que no podían. Me figuro que tomaba anticonceptivos sin que él lo supiera, pero le fallaron.

—¿Pero por qué lo habría hecho?

—Eso preguntádselo a ella —dije—. Vosotros sois los polis. No tengo por qué hacer vuestro trabajo. Preguntadle por qué Tómas no podía tener hijos con ella. Consultad los informes del hospital, hablad con los médicos. Yo solo oí hablar de un aborto, pero quizá hubo más.

—¿Estás afirmando que no quería tener hijos con Tómas? —preguntó Dóra.

—Preguntadle por qué no quería formar una familia con Tómas. Por qué solo le interesaba su dinero, su riqueza, sus mansiones, los viajes, los cruceros.

Miré hacia el espejo.

—¡Hablad con ella!

—Ahí detrás no hay nadie —dijo Dóra.

—¡Sí, claro! —exclamé.

—¿Cuál era la otra posible explicación? —dijo Dóra—. Has dicho que podían haber ocurrido dos cosas. Que se hubiera quedado embarazada de Tómas o…

—¿Tú qué crees?

—Me gustaría saber lo que crees tú —dijo Dóra.

Sonreí. Lárus paseaba la mirada entre Dóra y yo. Parecía haber perdido el hilo.

—Que se hubiera quedado embarazada, pero el niño no fuera de Tómas.

—¿Que el niño no fuera de Tómas? —dijo Dóra repitiendo mis palabras.

—¿De quién habría sido, entonces? —dijo Lárus paseando la mirada entre nosotras.

—Tengo una ligera idea, pero…

—¿Qué idea? —preguntó Dóra.

Guardé silencio.

—Creo que no ganas nada callándote —dijo Lárus.

—Tampoco veo que gane nada hablando con vosotros. No es conmigo con quien tenéis que hablar. Es con Bettý.

Dóra dirigió una mirada a Lárus con una expresión que no supe descifrar.

—Tenemos buena relación con Bettý —dijo mirándome a los ojos.

Le sostuve la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No hace falta que te preocupes por Bettý —dijo Lárus.

—¿Está aquí?

Me miraron sin responderme.

—¿Es que Bettý está aquí?

Permanecieron callados.

—¿Está detenida? ¿Está aquí, en alguna celda? ¿La tenéis detenida como a mí?

No respondieron. Clavé la mirada en los ojos de Dóra, que me observaba desde su silla con cara de cansancio. Me giré hacia Lárus y me pareció ver una ligera sonrisa en sus labios. Volví a mirar a Dóra y vi que deslizaba la vista en dirección al enorme espejo. Lo hizo rápidamente, sin mover la cabeza. Me estaba insinuando algo. Me incorporé, la miré a los ojos y de pronto entendí la señal que me estaba dando.

Me recliné sobre la silla. Giré la cabeza y miré el espejo.

Sentí su presencia.

Bettý estaba al otro lado del cristal.

27

Como era de esperar, el hallazgo del cadáver de Tómas provocó mucho revuelo en los medios de comunicación. Yo llevaba la radio encendida en el coche cuando escuché la noticia. Estaba esperando en un semáforo y me olvidé de todo lo demás. Recuperé los sentidos cuando alguien golpeó el cristal de la ventanilla. Me había quedado quieta con el semáforo en verde y el conductor de atrás me dedicó una buena sarta de improperios. Arranqué a toda pastilla saltándomelo en rojo y a punto estuve de tener un accidente. Me detuve en el arcén y me quedé hipnotizada pensando en lo peor que podía ocurrir cuando comenzaran a examinar el cadáver. En lo más hondo de mí, esperaba que dictaminaran que Tómas había muerto como consecuencia de un accidente para que así nosotras quedáramos libres.

Iba al encuentro de una mujer que no había visto nunca y que no conocía de nada. Me había costado unos días localizarla, pero por fin lo había conseguido con ayuda del Registro Civil, el Ayuntamiento de Akureyri y una asociación cuya existencia desconocía y que se encargaba de elegir a la mujer más bella del norte de Islandia. Se llamaba Stella y se había mudado a Reikiavik; tenía dos hijos y estaba separada. Vivía en un edificio en el barrio de Grafarvogur y era directora de una guardería. Me había dado sus datos por teléfono y añadió que podía pasarme por su casa sobre las siete. Me dio la impresión de que no las tenía todas consigo cuando le expliqué que quería hablar con ella sobre concursos de belleza, pero al final aceptó. Quizá sentía curiosidad. Igual que yo.

Todavía era rabiosamente guapa y guardaba cierto parecido con Bettý: su espeso pelo negro, su tez morena, sus labios carnosos y sus ojos castaños. Sin embargo, también tenía un aire infantil. Algo más inocente. Se mantenía en buena forma. Seguramente iba al gimnasio. No se le notaba que tuviera dos hijos. Pensé que había que ser un

completo idiota para echar a perder una relación con una mujer así.

Estaba preparando la cena y, cuando la vi entrar en la cocina por delante de mí, me fijé en que cojeaba ligeramente. Dijo que los niños estaban jugando fuera.

Le miré la pierna y recordé la historia del concurso de belleza.

—Me da un respiro —dijo sonriendo—. Tengo suerte de que mis hijos no sean de los que se pegan todo el día en casa. No podría imaginármelos desperdiciando su infancia delante del ordenador o de la televisión.

—Claro —dije con una sonrisa. Me cayó bien inmediatamente—. Ya no se ven niños jugando en la calle.

—¿Por qué estáis escribiendo sobre concursos de belleza? —preguntó sentándose junto a la mesa de la cocina—. ¿Es que todavía le interesan a alguien?

Me senté a su lado. Le había mentido al llamarla diciéndole que trabajaba para una pequeña editorial del norte que quería publicar un reportaje sobre concursos de belleza en Islandia. Era una mentira distinta a la que había usado con Sylvía, pero seguía la misma táctica. Nunca he sido muy buena mintiendo. Stella parecía haberme creído, pero no estaba segura de si debía invitarme a su casa o no. Percibí enseguida que no tenía muchas ganas de hablar del concurso. Finalmente había cedido y fui a verla a su casa, pero una vez allí le noté el mismo recelo que mostró al teléfono. Daba la sensación de que haber participado en el concurso solo le traía malos recuerdos. Todavía estaba dolida después de tantos años.

—Creen que siempre existe un interés —dije haciendo referencia a mis supuestos editores—. Además, hay muchas fotos y sale mucha gente. Piensan que se podrá vender. Queremos tocar tanto los grandes concursos como los más modestos, al menos los más importantes.

—Solo participé en dos, allí en el norte —dijo—. Quedé segunda la primera vez y luego fui descalificada en el segundo, o más bien no pude participar.

—Eso era precisamente lo que había oído. Algo de eso se decía en Akureyri.

—¿Es que todavía se habla de esa historia?

—Tuviste un accidente o algo así, ¿no?

—No fue un accidente —dijo Stella—. Cojeo desde entonces. Pero preferiría dejar ese tema. Espero que no vayas a escribir nada sobre eso.

Guardé silencio.

—¿Has hablado con Bettý? —me preguntó de repente.

—¿Bettý?

—La que ganó el concurso —explicó—. El segundo en el que participé.

—Sí —dije sin estar segura de si debía aclarar si conocía a Bettý o no.

—He oído en las noticias que han encontrado a su marido —dijo Stella—. Llevaba semanas desaparecido.

—Sí, ¿el armador? —pregunté—. Yo también lo he oído en la radio al venir hacia aquí. ¿Era el marido de Bettý?

—Siempre había querido cazar a un hombre rico —dijo Stella.

—¿Qué tipo de chica era esa tal Bettý?

—Bettý estaba hecha una zorra —dijo Stella endureciendo el rostro —. Tortillera, ¿lo sabías? Cuando la conocí iba con chicos y chicas.

Negué con la cabeza.

—Me acuerdo de una participante a la que había engatusado. Una chica normal y corriente que vivía en Dalvík. Dio un cambio radical al conocer a Bettý, la idolatraba. Así es Bettý. Cuando atrapa a alguien, ya no lo suelta. Una vez lo intentó conmigo. Y eso que era guapa y sexy, pero me parecía una persona despreciable. Cosa que no ha cambiado lo más mínimo. Se lo puedes decir cuando la veas.

—Por lo visto no habéis sido nunca grandes amigas —dije por decir algo.

—¿No te has enterado de lo que me hizo?

Negué con la cabeza.

—No quiero que lo escribas en la revista, pero me parece bien que lo sepas en caso de que la vayas a ver. Siempre lo negó, pero yo sé que fue ella. Ella y ese novio suyo.

—¿Novio?

—Era una furcia.

—¿Qué novio?

—Siempre había querido hacerse rica —dijo Stella. Parecía haberme dejado de escuchar—. Y al final lo ha conseguido. Va a heredar una fortuna, ¿no?

Le iba a responder, pero me cortó.

—Me enfurezco cada vez que pienso en lo que ocurrió.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ocurrió?

Stella levantó una pierna y se acarició el tobillo.

—Me lo tuvieron que fijar con clavos —explicó—. No lo puedo mover.

—¿El tobillo, quieres decir?

—Sí, el tobillo. Se me hizo añicos. Me lo recompusieron, pero se quedó rígido. No lo puedo mover. Es como una especie de bulto. Ocurrió dos días antes del concurso. Bajaba en bicicleta hacia Oddeyri. Era última hora de la tarde. No había nadie por la calle y apenas había tráfico. De pronto escuché un coche detrás de mí. Me metí en el arcén. No había acera. Me giré y vi que el coche se acercaba a toda velocidad. Entonces dio un volantazo hacia mí y embistió mi bicicleta. El tobillo quedó entre el parachoques y la rueda. Se hizo pedazos.

Guardó silencio.

—Ese tío podría haberme matado.

—¿Ese tío?

—Sí, el novio de Bettý. Lo vi antes de que me atropellara. Se lo conté a la policía. Lo interrogaron, pero él lo negó todo. La policía no podía hacer mucho. Yo no podía demostrar nada.

—¿Y sabes quién era?

—Sí.

—¿Y quién era?

—¿Su novio? ¿El novio de Bettý?

—Sí.

—Se llamaba Leó.

—¿Leó?

—Sí, Leó. Es de aquí, de Reikiavik.

De pronto tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. La

miré fijamente sin entender todavía lo que acababa de decir. No sabía lo que significaba, pero sí sabía que era algo espantoso. Algo terrible. Leó y Bettý. Tuvo que repetírmelo tres veces.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, ¡ay! Es que me he mordido la lengua.

Tenía que decir algo. Me había puesto roja como un tomate y se me saltaban las lágrimas.

—¿Cómo sabes que fue Leó? —balbuceé haciendo como que me dolía la lengua.

—¿Que cómo sé que fue Leó? —repitió Stella—. Bettý me llamó después de haber ganado el título. Llamó al hospital. Me preguntó cómo tenía el pie. Así era ella. Estaba tarada, yo creo que se drogaba. Y luego, encima, me suelta eso. Va y me suelta eso.

—¿Te soltó el qué?

—Saludos de Leó. Eso me dijo: «Saludos de Leó».

Guardamos silencio. La puerta se abrió y dos niños entraron corriendo hacia su madre.

—Luego me colgó —dijo Stella acariciándose levemente el tobillo.

Tenía la mirada clavada en el espejo de la sala de interrogatorios.

—¡¿Está ella ahí detrás?! —grité.

—Tranquila —dijo Lárus—. Ahí detrás no hay nadie.

—No te alteres otra vez, Sara —dijo Dóra—. No ganas nada. Lo sabes. Solo te irás derecha a la celda.

—¿Qué os ha estado contando?

—Bettý no está ahí —dijo Lárus—. ¡Cálmate!

Me levanté sin desviar la mirada del espejo. Ellos se levantaron también. La puerta de la celda se abrió y apareció el carcelero.

—Tranquilízate —dijo Dóra con voz sosegada.

—¡¿Qué os ha dicho?! —grité frente al espejo.

—¡Siéntate! —ordenó Lárus buscando con la mirada la ayuda del carcelero.

—Siéntate —dijo Dóra con toda la serenidad del mundo—. No hay nadie detrás del espejo. Son imaginaciones tuyas. Y si hubiera alguien, no sería Bettý. Te lo aseguro. Créeme. Bettý no podría estar nunca

detrás del espejo.

Me calmé un poco y la miré.

—¿Me estás mintiendo?

—No —dijo Dóra.

—Todo el mundo me miente —dije—. Todo el mundo me ha mentido desde el principio.

—Está bien —dijo Dóra—. Siéntate y hablemos de quiénes te han mentido y qué mentiras te han contado.

—Todo el mundo me ha mentido continuamente —dije.

La tensión se relajó ligeramente en la sala. El carcelero permaneció en la puerta sin saber qué hacer. Dóra le hizo una señal para que se retirara. Lárus se volvió a sentar. Dóra y yo nos quedamos de pie mirándonos a los ojos y algo me decía que me entendía. Me calmé y me hundí de nuevo en mi asiento.

—Todo el mundo me miente —repetí.

—Tenemos el testimonio de un hombre —dijo Dóra con cautela—. Escuchó a Tómas Ottósson Zöega decir cosas sobre ti. Te voy a decir lo que es, pero no debes exaltarte. ¿Entendido? Si no, volverás a tu celda.

—Ya estamos hartos de tus numeritos —se quejó Lárus.

—¿De qué estás hablando? ¡¿Qué testimonio?!

—Tómas le dijo a ese hombre, un compañero suyo de pesca, que te gustaba en plan duro. ¿Sabes a lo que me refiero?

—¿Duro?

—Y con violencia —dijo Lárus.

—¿De qué estás hablando?

—De sexo —dijo Dóra.

—¡¿De sexo?!

Permanecieron en silencio en sus sillas.

—¿De mi vida sexual? ¿Alguien iba hablando por ahí de mi vida sexual? ¿Un compañero de pesca de Tómas?

—¿Es correcto? —preguntó Dóra.

—No, no lo es —respondí—. Es mentira. Otra de esas malditas mentiras. ¿Por qué debería ir hablado Tómas de mi vida sexual? No sabía nada de ella.

Tenía que haber sido cosa de Bettý, igual que todo lo demás. Al parecer le había dado a Tómas informaciones falsas sobre mí. Lo mismo que estaba haciendo con la policía.

—Tenemos declaraciones de que se trataba de otra cosa —continuó Lárus.

—¿Cómo que de otra cosa?

—Que teníais una relación amorosa —dijo Dóra—. O más bien una relación amor-odio, como creo que fue expresado.

—¡¿Tómas y yo?!

—Que culminó en una violación —añadió Lárus.

—Así tenías motivos para poder vengarte de él, una razón para matarlo.

—¿Quién os ha contado todo eso? Os lo he dicho ya mil veces. No hubo ninguna violación. ¡Tómas y yo no teníamos ninguna maldita relación amorosa!

No sé cómo describirlo. De todo lo que me ha pasado y todas las situaciones en las que me he visto involucrada, no encuentro nada más doloroso que aquella violación —y soy incapaz de contar lo que ocurrió—. El dolor se clava en mi alma. Y la única manera de sobrellevarlo es hundirlo en mis entrañas todo lo que pueda.

Pero, de vez en cuando, algunos fragmentos de lo ocurrido afloran a la superficie y hacen que me retuerza del horror. Sus manos sobre mi cuerpo. Su aliento impregnado de alcohol. Su peso cuando se me echó encima en el suelo. Mis intentos desesperados de darle patadas. El dolor cuando me penetró…

Y el sufrimiento.

Todo ese sufrimiento que ya no puedo contener.

Pasamos un largo rato en el silencio más absoluto. Me miraban con cara de compadecerse de mí. Estaba cansada. Cansada de tanta mentira. De tanto jugar al escondite. Más que cansada.

—¿Es que todavía no lo sabéis? —pregunté finalmente.

—¿Saber el qué? —dijo Dóra.

—Lo mío con Bettý —dije.

—¿Qué ocurre con Bettý y contigo? —preguntó Lárus.

—Éramos nosotras las que teníamos una relación amorosa —dije—. Era ella la que le ponía los cuernos a Tómas conmigo, no al revés. Bettý y yo estábamos juntas.

28

No recuerdo cómo regresé a casa después de mi encuentro con Stella. No recuerdo cuánto tráfico había. Me había despedido de ella con la cabeza en otra parte. Stella me preguntó si me encontraba bien. Se había dado cuenta de que estaba ansiosa, pero no sabía por qué. Pobre Stella. Me tumbé en el sofá de casa, desfallecida y desconcertada. Ya no sabía qué pensar. Me encontraba totalmente perdida. El mundo daba vueltas ante mis ojos y no podía agarrarme a él por ningún lado.

Leó y Bettý.

Todo el tiempo. Leó y Bettý. Y luego yo, que era quien debía cargar con las culpas.

Paralizada en el sofá, trataba de encajar todas las piezas. ¿Cuándo habían comenzado a tramar el asesinato de Tómas? ¿Cuando Bettý se mudó con él? ¿Cuando su relación comenzó a deteriorarse? ¿Y cómo entré yo en escena? ¿Por qué yo?

El teléfono sonó en la oscuridad de mi apartamento. Caminé a duras penas hasta el aparato y respondí. Era el director ejecutivo de la empresa en Akureyri. Necesitaba que le respondiera sobre un asunto jurídico del que yo me estaba ocupando y me preguntó cuándo lo iba a tener listo. Le mentí y le dije lo primero que se me pasó por la cabeza para quitármelo de encima. Entonces se puso a hablar de Tómas y de que por fin habían hallado su cadáver. Yo lo escuchaba sin prestarle atención y se me ocurrió preguntarle sobre Leó. Me anduve por las ramas mencionando la larga amistad que unía a Tómas y Leó.

—Leó y Tómas no eran especialmente amigos —se apresuró a decir el director—. Leó comenzó a trabajar en la empresa hace unos cuatro años y enseguida se convirtió en su mano derecha, se ocupaba de todo. Se lo metió en el bolsillo con su palabrería. Así es Leó. Tiene mucha labia.

Por su forma de hablar, me dio la impresión de que aquel hombre

no sentía mucha simpatía por Leó.

—Entonces, ¿por qué lo contrató? —pregunté.

—Porque quiso Bettý.

—¿Bettý?

—Dijo que era un pariente suyo o algo así.

—¿Un pariente suyo?

—Sí.

—Leó no es ningún pariente suyo —mascullé entre dientes. Mi rabia no le pasó desapercibida y le despertó la curiosidad.

—¿Por qué tanto interés por Leó? —preguntó extrañado.

No sabía qué decir y le colgué. Arranqué el teléfono y lo tiré al suelo.

Contuve las lágrimas.

Tenía que ver a Bettý. Tenía que hablar con ella. Tenía que oírselo decir de su propia boca. Tenía que decírmelo.

Me sobresalté al oír que sonaba el móvil en el salón. Era la melodía inicial de *Sonrisas y lágrimas*. Me dirigí hasta la mesa y observé el teléfono mientras aquel estúpido tono penetraba en mis oídos. No iba a dejar de sonar. Lo cogí y respondí.

—Llamamos de la policía —anunció una voz al otro lado de la línea.

—¿Nos estás diciendo que mantenías una relación lésbica con Bettý?

Estaba claro que Lárus no me creía.

—¿Bettý y tú? ¿Juntas? —dijo Dóra.

Dóra siempre con clase. Siempre tan educada. No perdía nunca los nervios, pasara lo que pasase. ¿Estaría tan sola como yo? Sus manos reposaban sobre la mesa; busqué un anillo de casada, pero no lo encontré. Me daba la impresión de que estaba sola. Se le notaba en la cara. Apenas sonreía. Pero quizá es que nadie sonreía en aquella sala.

—Creo que Bettý es una persona insaciable —dije mirando a Lárus —. No le importa que sean chicos o chicas, hombres o mujeres. Bettý solo piensa en ella y a la pequeña Bettý le gusta todo.

Desde sus asientos, esperaron a que añadiera algo más. Miré hacia el gran espejo. Tenía la sensación de que ella todavía estaba al otro lado. Era solo un presentimiento. Tal vez no estaba allí.

Probablemente nunca había estado allí. A veces pensaba en ella con tanta intensidad que podía sentir su presencia.

—Yo no maté a Tómas —dije—. No fui yo. Os lo he dicho miles de veces.

—¿Entonces quién fue? —preguntó Dóra.

—Fue Bettý —afirmé—. Fue Bettý quien mató a Tómas y lo tiró por la grieta. Ya os lo he dicho un millón de veces.

Lárus sonrió. Por lo visto era posible sonreír en aquella sala tan desagradable.

—Bettý no dice lo mismo —dijo—. Asegura que fuiste tú. Y tiene coartada.

—Y luego está lo del martillo —señaló Dóra.

Percibí que sentía pena por mí.

—Sí, claro —dije—. El martillo. Ya os he explicado lo del martillo.

—Lo que pasa es que no te creemos —dijo Lárus—. Así de sencillo.

—Y no te hagas ilusiones de que lo vayamos a hacer —dijo Dóra.

Stella recordaba el nombre de la chica de Dalvík que había participado en su día en el concurso de belleza. La que estaba loca por Bettý. Stella pensaba que todavía vivía en Dalvík, pero en la guía telefónica no aparecía nadie registrado allí con ese nombre. Tenía un nombre poco común. Quizá por eso Stella se acordaba. Mínerva.

Había pocas mujeres con ese nombre en Reikiavik, así que comencé a llamarlas, siguiendo mi metodología anterior. La tarde estaba avanzada. No sé muy bien qué es lo que andaba buscando ni por qué quería torturarme escuchando más historias sobre Bettý, pero me parecía que debía reunir toda la información posible sobre ella.

Hablé con tres Mínervas antes de dar con la que buscaba. Se acordaba de Bettý, pero, a diferencia de Sylvía y Stella, me colgó el teléfono inmediatamente. Consulté su dirección y salí en coche hacia su casa.

Mínerva vivía en una gran vivienda unifamiliar en el barrio de Fossvogur. En el garaje doble había aparcados dos vehículos relucientes: un jeep y un BMW. En la puerta apareció una mujer de la edad de Bettý. Estaba claro que no esperaba visitas.

—He llamado antes —dije—. Por lo de Bettý.

Sin mediar palabra quiso darme con la puerta en las narices, pero se lo impedí.

—Seré breve —dije.

—Vete de aquí —dijo.

—Tienes que ayudarme.

—¿Quién es? —oí decir en el interior de la casa y, a continuación, vi que un adolescente aparecía en la entrada.

Mínerva abrió la puerta.

—Nadie —le aclaró al chico—. Pasa —me dijo a mí.

Permanecí indecisa un instante.

—Dile a papá que tengo que usar un momento el recibidor. Ha venido una mujer para recaudar dinero para un viaje de estudios.

Mínerva era rápida mintiendo. Cuando el muchacho hubo desaparecido, ella me llevó a un despacho que había junto a la entrada y cerró la puerta.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz baja.

—Solo información—dije—. Sobre Bettý. La conociste en el norte.

Miré a mi alrededor y, a juzgar por una foto, su marido debía de ser dentista.

—¿Por qué preguntas por Bettý? —dijo—. ¿Quién eres?

—Una amiga suya —respondí mientras buscaba en mi cabeza una mentira más verosímil. Pero ella me ahorró el esfuerzo.

—La conocí allí en el norte —dijo dando muestras de querer terminar cuanto antes y librarse de mí.

—Participaste con ella en un concurso de belleza, ¿verdad?

—Bettý no era amiga mía —puntualizó—. Nadie puede ser amiga suya. No es de fiar.

—¿Iba con un chico de Reikiavik llamado Leó?

—Leó —resopló—. Ese desgraciado.

—¿Qué ocurre con Leó?

—La manejaba como quería. La tenía en su poder. Bettý me dijo que siempre estaría en deuda con él por lo que había hecho por ella. Su padrastro intentó violarla. ¿Lo sabías?

—Sí, cuando vivía en Breiðholt.

—Leó era su amigo de la infancia. Él la salvó de aquel hombre. Le dio una paliza. Creo que estuvo a punto de matarlo. Su padrastro la había tocado alguna vez. Leó era la única persona en la que Bettý confiaba plenamente.

—No has estado en contacto con ellos desde entonces, ¿no?

—Ni una vez —dijo Mínerva—. Yo...

—¿Qué?

—Me embaucó —dijo.

—¿En qué sentido?

Me miró.

—No sé qué hago contándote esto —dijo de repente.

—Creo que a mí también me ha embaucado —confesé.

Me miró fijamente y asintió en señal de que entendía lo que quería decir.

—No es trigo limpio —me advirtió—. Ten cuidado con ella.

—¿Fue Leó quien atropelló a Stella antes del concurso?

—Les pareció divertidísimo.

—¿Divertidísimo?

—Que les saliera bien la jugada —dijo Mínerva.

La puerta del despacho se abrió y apareció el marido de la foto.

—¿Queréis café? —preguntó.

Mínerva se levantó.

—No, cariño, ya se va.

Luego me miró rogándome en silencio que me marchara. Me sentí como si me hubiera presentado en su casa con algo sucio y ella quisiera que me lo llevara de inmediato.

29

Llovía. Frente a la casa de Bettý, en Þingholt, había una farola estropeada. La luz parpadeaba bajo la lluvia e iluminaba la calle emitiendo fogonazos fluorescentes a intervalos regulares, a modo de pequeños relámpagos. Yo aguardaba acurrucada en el asiento de mi coche, aparcado a una distancia prudencial. No sabía si Bettý lo reconocería. Las luces de la casa estaban apagadas. Llevaba tres horas allí sentada sin apartar la vista del resplandor intermitente de la farola. No sabía dónde estaba Bettý. Quizá simplemente estuviera en el norte. Pero yo tenía que hacer algo, no podía quedarme en casa esperando de brazos cruzados.

Sabían que Tómas no había muerto de forma accidental. El policía que me había llamado me había dicho que quería hablar conmigo aquella misma tarde. Quería interrogarme. Le pregunté cuál era el motivo. Me dijo que había novedades referentes a la investigación del fallecimiento de Tómas Ottósson Zöega. Hablaba despacio y en tono formal. Me asusté al oír la palabra «fallecimiento». Ya no se hablaba de la desaparición de Tómas, sino de su muerte.

Tras mi encuentro con Mínerva, conduje en la penumbra sin rumbo fijo. No recobré todos los sentidos hasta que de repente me di cuenta de que había salido de la ciudad. Di media vuelta y se me ocurrió ir a Þingholt para ver si podía encontrarme con Bettý.

La luz de la farola parpadeaba bajo la lluvia. Tenía frío. Pensaba en Bettý y en la manera en que había conseguido montarlo todo. No sabía qué estaba tramando Bettý exactamente, pero sabía que me estaba metiendo en más problemas de los que me hubiera podido imaginar. Y lo hacía mientras decía que me amaba.

¿Quién era esa mujer? No solo había sido capaz de cometer un asesinato, sino que lo había preparado como cualquier otra cosa y ahora sus acciones se volvían contra ella. Contra nosotras. Yo no había

sido más que un juguete en sus manos. No sabía que pretendía matar a Tómas en aquel viaje. No sabía que tenía la intención de materializar todo lo que habíamos comentado medio en broma y despreocupadamente. Nunca habíamos hablado de eso realmente en serio. No que yo recuerde. Era más como un juego. Como todo lo que hacíamos. Como la infidelidad. Como el sexo.

Un taxi entró por la calle y se detuvo frente a la casa de Bettý. Pasó un largo rato parado junto a la acera. Distinguí la silueta del conductor y de alguien sentado en el asiento trasero. La puerta se abrió y bajó el pasajero.

Era Bettý.

Me incorporé en mi asiento. El taxi se marchó y Bettý caminó hacia su casa. Abrí la puerta del coche y eché a correr. Cuando ella estaba ya a punto de cerrar la puerta de la entrada, subí a saltos los escalones e interpuse la mano.

—¡Bettý, tengo que hablar contigo!

Se dio un susto de muerte y me miró desconcertada, como si hubiera visto un fantasma.

—Déjame entrar —dije—. Me ha llamado un policía. ¡Tengo que hablar contigo!

Reflexionó un instante y pareció optar por entreabrir la puerta y dejarme pasar. Se asomó para comprobar si alguien me había visto y cerró la puerta.

—Te dije que me dejaras en paz —dijo enfadada girándose hacia mí —. No nos pueden ver juntas.

—¿Por qué no? —quise saber—. Todo el mundo sabe que somos amigas. Todo el mundo sabe que estábamos juntas cuando Tómas murió. ¿Por qué no vamos a poder estar en contacto? ¿Seguir como siempre? ¿Por qué no, Bettý? ¿No será precisamente más sospechoso hacer lo contrario? ¿Que no hablemos?

—Pasa —dijo sin responder a mi avalancha de preguntas. Llevaba un abrigo de visón que dejó colgado en el respaldo de una silla. Debajo llevaba un vestido color burdeos que no le había visto antes.

—¿Quieres una copa? —preguntó.

Asentí. Eché una mirada a mi alrededor recordando todas las veces

que Bettý y yo habíamos estado solas en aquella casa. Todo seguía igual y, sin embargo, todo había cambiado.

—¿Por qué me has estado evitando? —pregunté.

—Ya lo sabes, tonta. Lo hemos hablado ya mil veces. Sabes bien lo que hemos hecho.

—Sé lo que has hecho tú —puntualicé—. Pero no estoy segura de saber lo que he hecho yo.

Me trajo una copa de un licor italiano.

—¿A qué viene ese tono? —dijo—. ¿Es que no somos amigas?

Se sentó en el amplio sofá del salón. Sacó los cigarrillos y encendió uno. Inhaló el tóxico humo azulado; al expulsarlo, se había vuelto casi blanco.

—¿A ti qué te parece? —pregunté sentándome frente a ella en una silla. Había encendido una bonita lámpara de pie cuya luz, la única en toda la casa, proyectaba su pálido resplandor sobre nosotras, que una vez habíamos estado tan cerca. El humo griego bailaba un lento vals bajo la luz antes de disiparse. Por la calle pasaba algún que otro coche solitario.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué quería el poli ese?

—Dijo que quería verme inmediatamente. Esta misma tarde. En relación con la investigación del cadáver de Tómas. ¿Tú sabes algo?

—No —dijo Bettý—. Llevo fuera toda la tarde.

—¿Dónde has estado? —pregunté—. ¿Así vestida? ¿Una viuda contenta y feliz que no ha tardado nada en empezar a divertirse de nuevo?

—¿Por qué te pones así?

—¿Te acuerdas de una mujer llamada Sylvía? —dije inclinándome hacia ella—. Una buena amiga de otros tiempos. ¿La recuerdas?

Bettý me miró y me pareció ver que sus labios esbozaban una sonrisa. Pensé que me lo había imaginado, pero de inmediato me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Daba la impresión de que se estaba riendo de mí.

—¿Qué has estado haciendo? —dijo dejando asomar su reluciente dentadura blanca—. ¿Es que has estado jugando a los policías?

—Me contó lo del aborto.

—¿Lo del aborto?

—Sí, el que te hiciste.

—¿Qué sabrá ella de mí?

—¿Te acuerdas de Stella? —dije.

—¿Stella? —Betty arqueó las cejas. Después negó con la cabeza.

—Tienes que acordarte de ella. Cojea. Una mujer encantadora. Se te da un aire físicamente. Morena y delgada. Lo bastante guapa como para ganar un concurso de belleza. Es más, seguro que la podrían haber elegido como la chica más simpática.

Bettý me miró y entendió de quién le estaba hablando. Apagó el cigarrillo.

—¿Qué tal le va a Stella? —preguntó, y percibí que ya no mostraba tanta seguridad en sí misma.

—Tiene el tobillo un poco rígido. Y no te enviaba precisamente saludos.

—¿De qué hablaste con ella? ¿Es que has estado curioseando por toda la ciudad? ¿Te estás volviendo loca? ¿No te podías quedar quieta en casa unas semanas sin necesidad de ponerlo todo en peligro? ¿Pero qué narices te pasa?

—Un día me encontré por casualidad con un hombre.

—¿Que te encontraste con un hombre?

—Me dijo que no era Tómas quien había querido contratarme, sino tú. ¿Es eso cierto? Tú me habías dicho que Tómas te había encargado expresamente que hablaras conmigo para que trabajara para él. Y ahora me entero de que Tómas no quería tenerme en la empresa. Era una estrategia tuya.

—¿Y eso qué más da?

—Depende de cuándo empezara todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? ¿Cuándo empezara el qué?

—Todo. Depende de cuándo hubieras tenido la idea por primera vez. ¿O a lo mejor no fuiste tú quien la tuvo? Tal vez fue otra persona la que te la susurró al oído. Todos esos millones tan tentadores. Los miles de millones que él tenía. ¿No podría haber algún modo de que te agenciaras unos cuantos sin tener que aguantar a Tómas?

Bettý me miró en silencio. Le veía reflejado en la cara que se estaba

preguntando cómo debía reaccionar ante mi ataque de rabia y ante el hecho de que hubiera estado buscando información sobre ella por mi cuenta. No le debía de pasar inadvertido el estado de conmoción en que me encontraba.

—¿Qué decías de un aborto? —dijo—. No me acuerdo de ninguna Sylvía. No sé quién te habrá contado esa mentira, pero…

—Y luego está lo de Leó —dije—. ¿Qué me dices de Leó? ¿Cómo hiciste para que Tómas lo contratara? ¿Cómo pudo convertirse en la mano derecha de Tómas? ¿Cuándo empezó todo esto, Bettý? ¿Y por qué me elegiste a mí? ¿Por qué precisamente yo?

Bettý me miró sin perder la calma en ningún momento y estiró el brazo para alcanzar los cigarrillos. Sacó uno de la cajetilla y lo encendió con su mechero dorado. Después cruzó las piernas y se alisó el vestido. No tenía ninguna prisa. Mi paciencia se estaba agotando.

—¿De dónde venías? —pregunté.

—Tienen a Tómas en la morgue de Barónstígur —dijo antes de dar un sorbo al licor italiano—. Por lo de la autopsia. Querían…, ¿cómo se dice?…, que identificara el cadáver. Me han enseñado el cadáver, cariño. Me han enseñado lo que le hiciste a Tómas. Me he venido abajo y he confesado haber mentido por ti. Me ha sentado tan bien poder decir al fin la verdad.

—¿Que has confesado? ¿Tú?

—Sí.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Qué les has contado?

—Les he hablado de ti y de Tómas —dijo Bettý—. Por fin les he dicho la verdad, y ¿sabes qué, Sara? Qué bien tener la conciencia tranquila. Me han mostrado cómo lo mataste. Me han dicho que lo golpeaste en la nuca con alguna especie de maza o un martillo pequeño. Lo dedujeron inmediatamente. Al ver el golpe. De hecho, pensaban que habían sido tres. Estaba también el forense. Unos policías de lo más amables. Muy serviciales, Sara. De veras. Con mucha empatía hacia las viudas.

—¿Que has hecho qué?

—Les pareció relevante saber que yo había llegado a la cabaña un día después que vosotros dos.

—¿Cómo que un día después? ¿Tú? Fui yo la que llegué un día después.

—Les he dicho que me había tenido que quedar en Reikiavik y que había ido a la mañana siguiente. Tómas y tú habíais pasado solos toda la noche.

—¡Pero si fuisteis tú y Tómas los que llegasteis juntos! Yo lo hice el día después.

—Tú puedes afirmar lo que quieras, claro está —dijo Bettý—, pero no buscan gran cosa como coartada. Leó se encarga de la mía. Estuvimos trabajando en el despacho preparando el viaje a Londres que habríamos hecho si tú no hubieras matado a Tómas. Cuando llegué a la cabaña el día después, estabas desesperada porque Tómas había desaparecido y querías que dijera que yo había estado con vosotros todo el tiempo. Dijiste que se había ido con la moto de nieve y que no había vuelto. Buscamos sin cesar, pero no había ni rastro de él y finalmente te convencí para denunciar su desaparición.

—No me lo puedo creer —gemí—. ¡Fuiste tú quien lo mató!

—En este momento piensan que solo pudiste hacerlo tú —dijo Bettý.

—¿Por qué se han creído ahora, de repente, que tú llegaste el día después? Habías dicho otra cosa.

—Les he dicho que me rogaste que lo hiciera. En aquel momento me parecía que daba igual. Estabas demasiado alterada porque Tómas había desaparecido y necesitabas apoyo. Somos buenas amigas. Decidí apoyarte. Al enterarme esta tarde de que, en realidad, lo habías asesinado, ya no podía seguir mintiendo, claro.

—¿De verdad crees que vas a salirte con la tuya?

Bettý sonrió.

—Algo me dice que todo se sostiene por sí mismo —dijo—. Leó se ha encargado de ello.

No entendí bien lo que quería decir con eso, pero sabía que era peligroso. Poco a poco fui entendiendo algunas cosas que antes me habían intrigado, como cuando Bettý me había preguntado, antes de que comenzáramos a seguir a Tómas en la moto de nieve, si había contactado con alguien la noche anterior o si alguien me había visto

salir de la ciudad. O como cuando me había pedido que dijera a la policía que yo iba a ir con Leó pero al final él no había podido. Todas aquellas mentiras calculadas al milímetro para que recayeran en mí todas las sospechas.

—En su última tarde vivo, Tómas le dijo algo a Leó antes de salir de la ciudad —prosiguió Bettý—. Sin que nadie lo oyera, le dijo que iba a verte por la noche. A solas. ¿Te acuerdas de cuando te pregunté si te había visto alguien salir de Reikiavik, si habías parado en algún sitio de camino, si habías visto o hablado con alguien la tarde anterior a tu llegada?

Asentí, todavía con la cabeza en otra parte, todavía tratando de ensamblar las piezas.

—Desde ese mismo instante, Tómas era ya hombre muerto —dijo Bettý.

Apagó el cigarrillo cuidadosamente.

—A la primera —dijo—. ¿No te parece extraordinario?

En la sala de interrogatorios, Dóra me miraba dando muestras de que no se creía ni una de mis palabras. Sentado a su lado, Lárus sostenía su enigmática sonrisa de siempre.

Había pasado un día desde el último interrogatorio. Quería contarles la verdad. Sabía que Bettý no lo estaba haciendo. Había mentido desde el principio.

—¿Qué había querido decir Bettý con eso? —preguntó Dóra—. ¿Con eso de «a la primera»?

—No lo sé —admití—. A lo mejor que lo habían planeado así y todo les había salido bien. Igual tenían otros planes para ocasiones posteriores. ¿Es que no lo entendéis? ¡Se trataba de que siempre recayeran en mí todas las sospechas! ¡Tenéis que daros cuenta! ¡Es obvio! Ya os lo he dicho. ¡Os lo he dicho todo! Tenéis que creerme. ¡Dóra! ¡Me están convirtiendo en su cabeza de turco!

—¿No te das cuenta tú misma de lo absurdo que suena? —dijo Lárus—. No hay nada que apoye tu declaración. Al contrario, todos los indicios apuntan hacia ti.

—Sara —dijo Dóra—. No hemos hallado ninguna prueba de que

Bettý abortara.

—Habrá hecho que el médico mienta. Ella es así. Todo el mundo hace cualquier cosa por ella.

—Ni siquiera sabemos qué médico fue —dijo Dóra con calma—. No hay ningún informe en los hospitales.

—Pudo haber ido a un centro privado.

—El tal Leó fue sospechoso de haber atropellado a Stella en su día, pero todo quedó en una palabra contra la otra. Tú no tienes ninguna coartada para la tarde y la noche que pasaste a solas con Tómas en la cabaña.

—Y luego está lo del martillo —dijo Lárus—. ¿Qué otra cosa vamos a pensar?

30

Miré a Bettý fijamente. De alguna extraña manera, todo lo que decía parecía consistente. Aunque era la primera vez que escuchaba la mayoría de las cosas y algunas de ellas no las había comprendido inmediatamente, sí había entendido lo suficiente como para tener claro que me hallaba ante la maquinación de un asesinato en la que yo estaba destinada a cargar con todas las culpas.

—¿Por qué me haces esto? —suspiré.

Bettý se levantó.

—Ahora deberías marcharte —me dijo.

—¿Tú y Leó todos estos años? ¿Llevabais mucho tiempo tramándolo? ¿Fue él quien tuvo la idea? ¿Y por qué yo?

Bettý dudó un momento.

—Fui yo quien te elegí —confesó.

—¿Me elegiste?

—Algunos abogados hablaban de ti. Decían que eras lesbiana. Se acordaban de ti, de la facultad. Me pareció... Me daba morbo.

—Entonces, ¿estaba todo planeado de antemano?

—Casi todo.

—¿Y la violación? ¿También estaba...?

—Le dije que te gustaba en plan duro. Que lo deseabas, que querías acostarte con él pero que le costaría algún golpe que otro. Le expliqué que estabas dispuesta. Así que solo tenía que juntaros. Conocía a Tómas. No perdería una oportunidad así. Además, yo sabía que él te tenía ganas.

—¿Qué...? ¿Se puede saber qué tipo de monstruo eres? ¡Tómas te pegaba! Dejabas que te agrediera y...

Bettý negó con la cabeza.

—¿Y los moratones? ¡Los vi con mis propios ojos!

—Leó y yo... —dijo Bettý—. Teníamos que ponerte de mi lado,

hacer que odiaras a Tómas para que...

—¿... para que no fuera inmediatamente a la policía después de que lo mataras? ¿Para que jugara al escondite contigo hasta que pudieras...?

—... culparte de todo lo sucedido —completó la frase.

—¿Era Leó el que te pegaba?

—Vete a casa, Sara.

En el piso de arriba se escuchó un portazo y a continuación unos pasos que bajaban por la enorme escalera. Miramos hacia los escalones y vimos bajar a Leó. Iba descalzo y llevaba unos pantalones negros y una camisa azul. Parecía recién levantado. Posó la mirada primero en una y en otra, y finalmente la fijó en Bettý.

—¿Todo bien?

—Ya se iba —dijo Bettý.

—Les conté que Leó y yo íbamos a ir juntos a la cabaña —dije.

—Ya, cariño, lo sé. Pero a Leó no le suena de nada esa historia, cosa que a la policía le pareció muy interesante. Igual que la manera en que también trataste de hacer que Leó mintiera por ti. Le contó a la policía tu relación con Tómas, que tenía sus altibajos.

Leó caminó hasta Bettý. La besó en la mejilla y la abrazó como para mostrarme el amor que los unía.

—¿Y qué habría pasado si hubieran registrado el caso como un accidente?

—Nada —dijo Leó—. Exactamente eso: nada. Solo que te habrías librado de todos los problemas en los que te vas a encontrar ahora.

—De verdad pensé que no lo descubrirían —dijo Bettý—. Pero ¿qué sabe una de medicina legal?

—Entonces, ¿todo era mentira? —dije—. Tómas nunca te había puesto los cuernos. Nunca te levantó la mano. Y podías tener hijos perfectamente. Solo que tú abortabas.

—A Leó le parecía que lo de tener hijos lo complicaba todo.

—¡No me lo puedo creer! No puedo creer que seas así. Que alguien pueda ser así...

—Yo, de ti, me iría a casa —dijo Bettý.

—Nunca se sabe lo que puede encontrar la policía —dijo Leó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Entre la ropa sucia para lavar. O en el trastero, detrás de la caja donde guardas la decoración de Navidad.

—¿De qué estás hablando? ¿Has estado en mi casa?

—Vete corriendo a casa —dijo Bettý—. Antes de que lo encuentren.

—¿De que encuentren el qué?

Caminé hasta detenerme frente a ellos y miré a Bettý fijamente. Ella desvió la mirada, pero la obligué a mirarme a los ojos agarrándola del mentón.

—¿Qué me has hecho, Bettý?

—Vete a casa, Sara —dijo.

—¿Bettý?

Bettý se liberó de mi mano.

—¿Y nosotras?

—¿Nosotras?

—Nosotras. ¡Nosotras dos! ¿Qué pasa con nosotras? ¿Lo habías planeado todo antes de conocerme? ¿Nunca fue nada más? ¿No hubo nada entre nosotras?

—Sara...

—¿Me utilizaste todo el tiempo? ¿También cuando... cuando estábamos juntas... cuando...?

Se encogió de hombros.

—Sé que no soy buena persona. Lo reconozco. No soy la mujer que tú quieres que sea. No soy como tú, que siempre estás deseando que te quieran. A mí eso no me aporta nada. Nada.

Me miró haciendo un mohín.

—Pobrecita Sara, solo quería a alguien que la quisiera. Alguien como su papá.

Quise escupirle, pero tenía la boca seca.

—Lárgate antes de que a Leó se le agote la paciencia —dijo Bettý—. Te ha tenido celos todo este tiempo. No podía soportar que durmiéramos juntas.

Dirigí la mirada hacia Leó.

—¿Qué has estado haciendo en mi casa?

—Ya lo verás —me dijo. Luego me dio un empujón—. ¡Deja en paz

a Bettý!

—¿Qué razón iba a tener yo para matar a Tómas?

—La violación que me contaste —dijo Bettý. Se acercó hasta mí y me acarició la mejilla—. Aquella espantosa violación que no quisiste denunciar por mucho que yo te lo pidiera. Y te oí decir que lo querías matar.

—¿Y, entonces, qué? ¿Tú eres la amada esposa que trató de reconciliarnos?

—Tómas tenía muchos defectos, Sara. Lo reconozco abiertamente ante la policía.

—Pero yo no hice nada. Tú lo sabes.

—Sara, trata de entenderlo de una vez por todas. Tú no tenías que hacer nada. Solo tenías que existir.

Le retiré la mano de mi cara.

—¡Bettý!

—Lo sé —dijo—. A veces yo también te echo de menos. Echo de menos esa lengüecita.

Se inclinó hacia mí hasta acercar su boca a mi oído y entonces me susurró con voz ronca:

—Lames mejor que nadie.

Conduje a casa a toda prisa. Entré corriendo y fui directa al cuarto de la lavadora para buscar entre la ropa sucia, pero no encontré nada. Abrí el trastero. Sonó el timbre de la puerta. Miré por la ventana. Delante de casa había tres coches de policía esperando en silencio, pero con las luces giratorias encendidas. Golpearon la puerta. Gritaron mi nombre.

—¡Sabemos que estás ahí! —voceó alguien.

Volqué la caja de la decoración de Navidad. Rompí el cartón.

En el rellano aporreaban la puerta y llamaban al timbre.

Me quité de encima toda la decoración y me deshice en sollozos en el trastero. Busqué por el suelo y por las paredes. En una de ellas estaba colgada la caja de hierro donde se encontraba el cuadro eléctrico de la casa y me di cuenta de que la habían forzado.

Oí cómo rompían la puerta.

Habían entrado.

Los oí acercarse.

Abrí la caja del cuadro eléctrico y entonces apareció ante mí.

El martillo que había matado a Tómas.

… UN TIEMPO DESPUÉS

Me condenaron por el asesinato de Tómas Ottósson Zöega. Ya he cumplido dos años de condena y me quedan otros siete. Si me porto bien.

Así que tengo tiempo de sobra para volver a pensar en lo ocurrido. Repasarlo todo.

Nunca me creyeron. Identificaron mis huellas por todo el martillo. Lo había agarrado, poseída por la angustia y la rabia, y había agredido al agente que me había encontrado en el trastero. Obviamente, aquello no me ayudó en el juicio. Todo lo que declararon Bettý y Leó fue considerado cierto desde el principio. Jugaban con ventaja. Sabían desde el primer momento lo que estaban haciendo. Había sido su víctima sin que ni siquiera se me hubiera concedido la oportunidad de defenderme. Ni a mí ni evidentemente a Tómas.

Mi abogado hizo lo que pudo. Una de las preguntas que planteó fue: ¿qué necesidad habría tenido de llevarme el arma del crimen desde el norte y guardarla en mi trastero? ¿No era mucho más plausible que alguien hubiera entrado en mi casa para hacer que se me acusara? Las preguntas al respecto constituyeron un punto clave durante el juicio, pero no escucharon nuestros argumentos. El fiscal llamó a la psiquiatra, quien consideraba probable que la razón para haber guardado el arma fuera que, en el fondo, yo quería confesar la verdad. Lo acabaría haciendo cuando me desbordara el sentimiento de culpabilidad. Los policías declararon que seguramente había querido deshacerme de la prueba concluyente, pero no lo había logrado. No me había atrevido a esconderla en las cercanías del lugar del crimen, así que decidí llevármela. Cuando entraron en mi casa, estaba precisamente tratando de deshacerme de ella.

El juicio, como cabía esperar, suscitó un gran interés. Desde sus asientos, los parientes de Tómas Ottósson Zöega no dejaban de mirarme. Bettý nunca hizo acto de presencia, salvo cuando fue llamada como testigo. Apareció vestida de negro. Yo la miraba fijamente en silencio mientras soltaba todas sus mentiras, pero ella no

me miró a mí ni una sola vez.

La violación fue otra de las cuestiones en las que más insistió el fiscal. Al final confesé en los interrogatorios que Tómas me había violado. Dóra me lo sonsacó. Ya no me quedaban fuerzas. Quería que terminara la prisión preventiva y decir toda la verdad, me creyeran o no. Así que les conté el momento de la agresión. El fiscal se encargó de que la violación se considerara el móvil principal del asesinato de Tómas. Supuestamente, yo habría actuado con premeditación, habría urdido y ejecutado mi plan con cuidado y habría ocultado mis acciones y mis huellas desde el principio. El juez concluyó que quedaba demostrada mi intención criminal. Apelé al Tribunal Supremo. El fallo fue el mismo.

Me condenaron a prisión. Dieciséis años. Nueve si me portaba bien.

Sé que Bettý y Leó son quienes deberían estar aquí y no yo. Sé que es tremendamente injusto tener que pasar encerrada todos estos años por un crimen que no cometí. Pero también sé que no soy totalmente inocente. Sé que estaba dispuesta a cometer aquel asesinato con Bettý. Yo la habría encubierto. Era cómplice, no lo puedo negar. Pero, ante todo, soy culpable de haberme dejado embaucar.

Bettý logró escapar, pero quiero pensar que quizá exista alguna fuerza superior que imparta justicia. ¿Quién sabe?

Más tarde se supo, al leer el testamento de Tómas, que Bettý no se llevaba nada. Había eliminado su nombre pocos días antes de morir y ella no recibió ni una corona. Tómas se había encargado de que así constara explícitamente, algo que a Bettý no le vino mal en el juicio. Mi defensa consistía precisamente en sostener que Bettý había asesinado a Tómas por el dinero, porque sabía que heredaría su fortuna. Pero esa hipótesis no servía de nada con el nuevo testamento, que Bettý afirmaba conocer. Su relación no había sido buena en los últimos años. Estaban a punto de separarse.

Si bien su papel de viuda era increíblemente convincente, yo me daba cuenta de que no podía disimular su decepción. Para mí era una sensación maravillosa, dentro de todo mi calvario, verla en la sala y saber que iba a quedar despojada de todo, que volvería a ser tan pobre como antes de conocer a Tómas.

Las palabras de Bettý eran ciertas: su relación no iba bien y sabía que Tómas la abandonaría sin dejarle nada. Sabía que le quedaba poco tiempo. Había encontrado una cabeza de turco y lo tenía todo bien preparado. Todo estaba listo. Había conseguido hacer todo lo que se había propuesto, pero le falló el único detalle que importaba: cuando lo consiguió, ya era demasiado tarde.

Según las últimas noticias que tuve de ella, había vuelto a Breiðholt con Leó.

Quizá eso sea alguna forma de justicia.

Acaba de ser la hora de las visitas. Un nuevo carcelero que no conozco me ha acompañado a la sala de visitas. Yo sabía quién me esperaba. Mamá viene a verme de vez en cuando. Es la única visita que recibo. Ha cambiado. Por muy extraño que parezca, nuestra relación se ha fortalecido desde que entré en la cárcel. De hecho, está en su mejor momento desde que nos separamos. No menciona la homosexualidad. Me pregunta qué tal estoy y me trae algún detalle cada vez que viene. Dice que me cree. Todo lo que digo. Dice que siempre he sido honesta y que no podría haber hecho nada de lo que se me acusó. Dice que me conoce bien. Las cosas son simples en la vida de mamá. Son blancas o negras. No llego a darme cuenta realmente de lo importante que es ella para mí. Qué bueno es saber que está conmigo en los momentos difíciles. Algún día se lo diré.

Voy a portarme bien. Sé que es mucho tiempo. Avanza lentamente en estos días infinitos en los que no sucede nada. Los días se convierten en semanas y las semanas en meses. Y en algún momento, aún muy lejano, habrá pasado ya otro año.

Pienso en ella a menudo. La mayoría de esos pensamientos me hieren en lo más hondo. Aunque no siempre lo hacen. Pienso en nuestra relación. En los momentos que pasamos juntas antes de que todo se desmoronase. Cuando me encontraba bien con ella. Me hacía sentir bien. Mejor de lo que jamás me había sentido. Eso es lo que me dio, a pesar de todo.

Estoy tumbada en mi celda. Es de noche. Han apagado las luces y un extraño silencio invade toda la cárcel. He aprendido a apreciarlo.

El silencio y la oscuridad son ahora mis amigos.

Como cada vez que pienso en lo ocurrido, en la soledad de mi cama, Bettý me viene a la cabeza. Me hago un ovillo bajo el edredón. A veces los pensamientos me asaltan con tanta fuerza que me hacen llorar.

¡Cuánto la echo de menos!

Cuánto echo de menos sus dulces besos sobre mi cuerpo.

Oh, Bettý…

ARNALDUR INDRIDASON

ERLENDUR SVEINSSON

1. Hijos del polvo

Se acaban de producir dos muertes en Reikiavik y el inspector Erlendur Sveinsson es el encargado de investigarlas. La primera es la de un profesor jubilado que ha muerto víctima de un incendio. Hay indicios de que se puede tratar de un asesinato. La segunda es el aparente suicidio de un exalumno del profesor que estaba ingresado en un hospital psiquiátrico.

2. Rosas muertas

En la tumba de Jóns Sigurðsson, el histórico héroe de la independencia islandesa, acaban de encontrar el cadáver de una muchacha asesinada. Nadie sabe quién es ni las razones de su muerte. Es un lugar muy extraño para encontrar a la víctima de un crimen. Quizá se trate de algo mucho más grave. Algo que puede afectar a todo el país.

3. Las Marismas, RBA

Al inspector Erlendur Sveinsson le han ordenado desplazarse al barrio de Las Marismas: acaban de encontrar un hombre asesinado. En su escritorio, escondida, hay una vieja foto en la que se ve la tumba de una niña de cuatro años. Detrás de esa foto y de la muerte de ese hombre se oculta una tormentosa historia familiar.

4. La mujer de verde, RBA

En las afueras de Reikiavik han aparecido los restos de un esqueleto humano. Todo indica que hace tiempo que fueron enterrados. El inspector Erlendur Sveinsson tiene que esperar a que los arqueólogos hagan su trabajo. Escarbar en el pasado significará ir desenterrando poco a poco un antiguo drama familiar.

5. La voz, RBA

Se acercan las Navidades y en uno de los hoteles más populares de Reikiavik se ha cometido un asesinato. Ha muerto apuñalado uno de los porteros, que se solía disfrazar de Papá Noel por esas fechas. El inspector Erlendur decide hospedarse en el hotel para resolver el caso, mientras también intenta lidiar con sus problemas familiares.

6. El hombre del lago, RBA

Tras un terremoto, el nivel del lago Kleifarvatn ha ido descendiendo progresivamente. Eso ha dejado al descubierto los restos del cuerpo de un hombre que estaban medio enterrados en el lecho del lago. El cráneo tiene un agujero y cerca del cuerpo hay un aparato de transmisiones de radio con inscripciones en ruso. Todo indica que la investigación policial tendrá que remontarse hasta la época de la guerra fría.

7. Invierno ártico, RBA

Es enero y el implacable invierno domina Islandia. La policía ha recibido una llamada porque acaban de encontrar el cadáver de un muchacho en estado de congelación. Ha sido apuñalado en el estómago y ha muerto desangrado, por lo que el inspector Erlendur Sveinsson y sus compañeros deben comenzar una investigación.

8. Hipotermia, RBA

Una fría noche de otoño aparece una mujer ahorcada en su residencia de vacaciones. Todos los indicios parecen indicar que se ha suicidado, pero el inspector Erlendur se acaba obsesionando con el caso. No es lo único que preocupa al policía. Tarde o temprano, él también deberá afrontar fantasmas del pasado que le atormentan.

9. Río negro, RBA

En un piso del centro de la capital islandesa aparece el cadáver de un joven. Le han cortado el cuello, pero no hay signos de robo ni de lucha. Las únicas pistas significativas que aparecen en el escenario del crimen son un chal femenino y un bote de narcóticos. Muy probablemente la víctima estaba lejos de llevar una vida ejemplar.

10. Cielo negro

Mientras el inspector Erlendur está de vacaciones, los problemas del agente Sigurður Óli se multiplican. Su vida está lejos de ser ideal. Y para colmo, un amigo le pide un favor que le va a producir más quebraderos de cabeza: debe hacer una visita de advertencia a un par de chantajistas. Algo aparentemente sencillo… si no fuera porque encuentra a uno de ellos bañado en un charco de sangre.

11. Costas extrañas

El inspector Erlendur ha aprovechado que está de vacaciones para visitar la zona en la que creció, en la parte oriental de la isla. Y también para buscar respuestas a una serie de interrogantes del pasado que jamás fueron resueltos. Cuando desaparecen personas siempre hay que cuestionarse cuáles fueron las causas de ello y, a veces, quiénes fueron los responsables.

12. El duelo

En verano de 1972, se celebra en Islandia el campeonato del mundo de ajedrez que enfrenta a Bobby Fisher y Boris Spassky. La isla se ha llenado de extranjeros y la guerra fría está en su apogeo. En ese ambiente, encuentran a un hombre asesinado en una sala de cine. El inspector Marion Briem, mentor del joven Erlendur Sveinsson, se encarga del caso.

13. Noches de Reikiavik

El joven Erlendur Sveinsson acaba de entrar en el cuerpo de policía y se enfrenta a las duras noches de Reikiavik. Al caer el sol, las calles se transforman hasta convertirse en un universo extraño. Allí la muerte de un vagabundo no importa a nadie... A nadie excepto a Erlendur, que demuestra tener una intuición y una determinación poco frecuentes.

OTROS TÍTULOS DE ARNALDUR INDRIDASON EN RBA

Bettý

Si Bettý entra en tu vida, ya nada volverá a ser lo mismo. Ella es una mujer de una belleza única. Y también posee algo más. Una mujer de las que no se olvidan nunca, de las que saben lo que quieren y a las que no puedes responder con un no. Por una mujer como ella cualquiera podría llegar a cometer una locura y buscarse la perdición.

Pasaje de las Sombras, Premio RBA de Novela Negra 2013

Una inquilina preocupada avisa a la policía porque hace tiempo que no ve a uno de sus vecinos. Cuando entran en su apartamento, encuentran su cadáver en la cama y unos recortes de prensa fechados en 1944. En ellos se sigue la noticia del asesinato de una joven, que fue estrangulada y posteriormente trasladada a la parte posterior del Teatro Nacional de la ciudad. ¿Hay alguna relación entre la muerte del hombre y la de esa chica, ocurrida hace más de sesenta años?